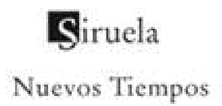

PENSILVANIA
Juan Aparicio Belmonte
Siruela Nuevos Tiempos

PENSILVANIA

JUAN APARICIO BELMONTE

Juan Aparicio Belmonte

Pensilvania



Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: abril de 2022

En cubierta: Edward Hopper (1939), Cape Cod evening,
© Active Museum / Active Art / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-73-9

Conversión a formato digital: María Belloso

Me acabo de enterar de que has muerto y ha transcurrido la película de mi vida desde mi memoria más remota hasta hoy, querida Rebecca. Dicen que esto ocurre con la muerte personal, en el último o penúltimo estertor, pero a mí me ha ocurrido con la tuya. En la carta, Martin me anuncia que te acordaste de mí en los días finales y que le pediste que me enviara la biblia que ahora tengo entre manos. Es una versión bilingüe y está dedicada por ti y por Jim. Traduzco la dedicatoria:

> «Juan, el Señor tiene un plan para tu vida y solo cuando busques hacer su voluntad serás verdaderamente feliz». Proverbios 1, 7; 1 Corintios 1, 18 y 19; 2 Timoteo 2, 16, y 1 Timoteo 2, 5.

A veces pienso que los once meses que viví en tu casa fueron el periodo más crucial de mi vida.

En su versión española, esta biblia es una traducción de Casiodoro de la Reina del año 1569, revisada en 1602 por Cipriano de Valera; y en su versión inglesa es una traducción autorizada, dice la portada, por el rey Jaime. La cosa promete, se me ha ocurrido pensar.

Cuando me pongo autobiográfico siempre termino mintiendo, porque la tendencia a exagerar es muy acusada en mí. Y la exageración es la puerta por la que se cuela la mentira, solías decir tú, en una de las pocas frases tuyas ajenas a la divinidad ni inspiradas por tus madrugadoras lecturas bíblicas.

Me veo en un pasillo largo y oscuro. Siete años. Y un chaval con las fosas nasales dilatadas como cañones (ya estoy exagerando) me amenaza. Se acerca mucho a mí, me mira desde arriba.

Yo le digo:

—Déjame, chaval. —Y le empujo con timidez.

Él me arrincona. Más que miedo, me produce perplejidad, incluso ganas de reír.

Empiezo tercero de EGB, y mi madre me ha comprado un babi de niña. Bonita manera de llegar nuevo a clase.

Bonita manera de colonizar un colegio.

El babi tenía un pespunte que cruzaba en horizontal el pecho y también tenía una longitud inadecuada, porque mi madre había cortado la tela del blusón, que le parecía demasiado largo, para que

no me llegara mucho más abajo de la cadera.

Pero, claro, el babi imitaba las hechuras de un vestido.

Fui al colegio con un vestido corto.

Fui al colegio en minifalda.

El niño abusón hoy es fotógrafo de prensa y fotógrafo artístico y sigue teniendo grandes los agujeros de la nariz, pero ya no los abre como entonces. Al menos, no delante de mí (quizá sí de sus becarios y subalternos).

Recuerdo la guardería, unos años antes. La guardería Inpe, en Ciudad Lineal. Era una guardería anarquista, una guardería progre, en la que los niños hacíamos lo que nos daba la gana. A ti te habría horrorizado, Rebecca.

Éramos niños anarquistas, aunque no supiéramos quién era Buenaventura Durruti ni Mijaíl Bakunin ni falta que nos hacía. Estábamos siempre en pelotas; nada más natural para un niño que quitarse la ropa. Lo único obligatorio y dictatorial era la siesta, una siesta fascista en la que yo jamás logré dormirme. Recuerdo a mi primo mayor, G., en calzoncillos en medio del patio de recreo, con los brazos en jarra, poderoso como Tarzán. Recuerdo un rescate. Me escondí con otro niño detrás de una colchoneta apoyada en la pared cuan larga era, entró la profesora en el aula, una inglesa alta, quizá norteamericana como tú (quizá canadiense o irlandesa), y descubrió a mi compañero de escondite. En el patio de recreo los chavales gritaban mi nombre. Me veo bajando las escaleras del edificio. Tengo una misión: rescatarlos. En el patio, sobre la arena blanca, bajo un sol tibio, sorteo a un enemigo, luego a otro, soy como un jugador de *rugby* o fútbol americano que esquiva cuerpos, como Han Solo entre meteoritos, corro más con el corazón que con las piernas, pero soy efectivo, y cuando al fin voy a tocar la mano del primero de los presos, romper la cadena y liberarle a él y a todos los demás, mi primo me atrapa.

No pasa nada.

Era natural ser atrapado por Tarzán.

Quizá la profesora era alemana. Tal vez sueca o danesa. Pero no. Creo que era inglesa. A lo mejor galesa. Era extranjera, eso seguro. Extranjera. Extranjero. Con esta palabra, entonces, los españoles aludíamos a quienes eran más rubios que nosotros; o sea, a los europeos del norte, a los guiris. Los extranjeros de más abajo eran simplemente moros.

Sé que era un niño tímido, de una timidez fundamental, feroz, agobiante, de una timidez que persistía cuando entré en tu casa, Rebecca. Supongo que era un niño tonto a veces y listo otras. En

tercero de EGB, aquella primera evaluación tras la mudanza, suspendí nueve asignaturas. Lo suspendí todo, incluso gimnasia, más conocida por Educación Física.

El colegio, para mí, fue la cárcel. Los profesores eran los carceleros, algunos duros y despiadados; otros bondadosos, ecuánimes, incluso algunos me tenían simpatía y yo les tenía un afecto que aún perdura, pero no dejaban de ser carceleros. El colegio fue mi primera cárcel, o sea, mi primera oficina (sí, Rebecca, las oficinas también son cárceles). Nunca me gustó el colegio nuevo, igual que nunca me han gustado las oficinas nuevas. Jamás. O quizá solo en cuarto y quinto de EGB, que tuve una gran profesora. Pero siempre fue mi cárcel.

Aún lo es.

Soy ese niño condenado al colegio, condenado a padecer un recibimiento hostil, ese niño cuya madre le obliga a subir la escalera que desemboca en el aula repleta de extraños, de presos como yo, presos veteranos. El terror dura lo que el tramo de escalera. En cuanto entro en la clase, me tranquilizo. Todavía recuerdo el rostro afilado y sereno del compañero de pupitre, que me habló como si nada hubiera sucedido y yo acababa de pelear a vida o muerte contra mi madre. Lo bueno de los niños es que cumplen con naturalidad la máxima de los ascetas. Se concentran en el presente. Viven como peces, como ranas, como lombrices, como hormigas, o sea, como sabios, como faquires, como *sennins*, como santones orientales. No necesitan meditación ni *mindfulness* ni paroxetina ni toda una vida de sacrificio y estudio; tampoco *whisky* con hielo ni ginebra con tónica (si me permites la broma). El pasado desaparece pronto en su cerebro y aparecen las amenazas, las recompensas, los terrores, las alegrías de la inmediatez, de lo que palpita en el puro presente. Viven en una selva marcada por el instinto del aquí y ahora. Al cuerno con la doctrina *vipassana*, un niño no necesita eso. Entonces, yo entré en clase y me zambullí en la conversación con un compañero de pupitre atento para descubrir luego el rostro feo de una profesora malhumorada:

—¿Quién te ha comprado ese babi?

Las risas fueron estrepitosas.

Y me olvidé de lo que había sucedido poco antes para recordarlo ahora —la pelea con mi madre, en aquella escalera lúgubre—, tantos siglos después, en esta carta que te escribo.

Y que ya no podrás leer.

Si por algo la vida adulta se vuelve aburrida es por la niñez, que deja su impronta de aventuras para convertirse en un parangón inalcanzable. Si quieres seguir siendo un niño toda tu vida no te metas

a artista, como dice el tópico, sino a *Pablo Escobar*. Ningún niño se pasa el día escribiendo, ni siquiera dibujando, los niños se pasan el día matando hormigas (en la tierra, antes; en el ordenador, hoy) o matándose entre ellos (pium, pium). Pero, cuidado, si te pillan haciendo con los hombres lo que hacías con las hormigas no irás al despacho del director a recibir una regañina, sino que te llegará un disparo de la CIA, en el mejor de los casos, o la tortura, en el peor. O cadena perpetua. O todo junto. Pablo Escobar es uno de los pocos hombres que, en vida adulta, emuló con su acción la psicopatía del niño que fue.

En la niñez se experimenta todo el abanico de emociones que nos puede proporcionar la vida adulta, un abanico que suele quedar muy empalidecido por las directrices de la civilización; todo el abanico al que acudiremos durante la etapa adulta. Llamamos vida a lo que viene después de la niñez, y es mentira, la vida es la niñez; el resto es inercia, la de continuar en la batalla hasta la muerte, pero ya no hay emociones tan intensas como entonces. Con la infancia se aprende a detectar la injusticia, a padecerla tantas horas como dura un día, a comprender que el universo es tan limitado como inicuo, y que nada garantiza la ecuanimidad ni la honradez.

—Dios las garantiza, pero el hombre es imperfecto —me dijiste tú.

Y yo, ¿qué hice?

Irme a ver *El show de Bill Cosby*.

En primero o segundo de EGB, aquella profesora, Melisa, me quitó un juguete. No recuerdo cuál. Quizá un coche en miniatura, quizá una araña de plástico, tal vez una canica roja.

Alguien la avisó de que yo estaba llorando.

—¡Pues que llore!

Yo lloraba en mi pupitre como se llora cuando ha muerto un ser querido, con hipo y con mocos, con un desconsuelo imposible de contener.

En un solo día el niño experimenta la vida entera de un adulto, con sus alegrías y sus penurias.

Al terminar el colegio me acerqué a la profesora para pedirle que me devolviera el juguete, como era su costumbre.

—Ay, perdona, se lo di a Pilar.

Esa señora marcó mi corazón con una puñalada que no cicatriza, que todavía hoy sangra. Todavía hoy la recuerdo. Ella, Melisa, es parte de un aprendizaje esencial, supone un arquetipo que me habla de injusticia y de comportamiento indecoroso.

Melisa, su nombre me sabe a hierba, de la que crece en el campo. Pero qué hierba, Melisa, una similar al cardo, alta y fea. Las

emociones del niño, del niño que fui, son tan permanentes como dudosos los recuerdos que las acompañan. Pilar es un nombre que pudo no ser tal, pero Melisa es una emoción que revivo sin que se me escape un matiz. Melisa es el arquetipo humano de la injusticia. He conocido muchas Melisas en mi vida laboral, durante mi vida de preso, casi todas hombre.

Tu nombre me sabe a hierba, Melisa, de la que crece en el campo. A cardo negro.

¿Y a qué me sabe tu nombre, Rebecca? Tu nombre me sabe a fanatismo, pero tu nombre también es dulce como el amor. Es raro, es curioso pensarlo. Tu nombre es amor.

Amor de madre. Tú no eras un cardo, claro que no. Eras más bien una flor aromática y frondosa, aunque con espinas. Como una madre.

Lo malo de ser escritor es que vives para que la gente te lea y basta que haya un lector, uno solo, para tener un problema. De modo que el escritor vive para buscarse problemas. ¿Y si le molesta mi libro a este o a aquel, a esta o aquella? Pero yo nunca escribo para molestar, sino para molestarme. Si lo que escribo me molesta, me genera zozobra o inquietud, me toca las narices, es que he dado en el clavo, en un clavo, en algún clavo.

A veces he hojeado una novela mía ya publicada y, oh, mejor no hacerlo.

Vuelve a molestarme, pero de otra manera.

Y escribo para comunicarme con alguien que no soy yo, para hacerme presente en los demás, porque, si no, ¿por qué corrijo los textos? ¿Por qué soy exhaustivo en mi repaso de los sucesivos borradores? ¿Por qué entrego el texto final a una editora para que lo edite y publique y a la imprenta con miedo a la errata, a la frase inconclusa, al fallo estructural, al qué dirán?

Nunca me pregunto para qué escribo, sin embargo, y me irrita la pregunta. La respuesta es tan sencilla…

¿Para qué vive uno? Uno vive porque sí y para los demás. Uno escribe novelas también porque sí, y también para los demás; uno escribe como podría estar redactando wasaps contra la última ocurrencia del cuñado, o como podría estar construyendo castillos con mondadientes, para nada, para darse el gusto y luego también para darle un pequeño regalo a la vanidad, porque también el constructor de castillos con mondadientes necesita un aplauso, una sonrisa, una palmada en la espalda, el parabién del prójimo.

Y sé que escribo para nada —y no hablo de estupor existencialista, sino de nada en sentido material—, porque nada o casi nada he

logrado con la escritura salvo un montón de amigos en Facebook a los que, sin embargo, apenas les gustan mis *posts*.

Si quieres gustar en Facebook o en Twitter, hazte ministro de Cultura o subdirector del Cervantes, o ponte a repartir favores (pero esto solo puedes hacerlo con el cargo). Los escritores no gustamos salvo cuando tenemos un cargo, que lo mismo puede ser el de ministro de Cultura o Asuntos Sociales que el de autor de *best sellers*. Y tanto para lo uno como para lo otro se necesita esfuerzo y suerte. (La suerte es del que la persigue, suelen decir quienes nacieron con ella metida dentro del pan, debajo del brazo).

La suerte no existe, sino que depende de Dios, me decías tú, y de rezar, de rezar mucho, y acabo de recordar uno de mis últimos combates de lucha libre en el instituto. Vinisteis a verme Jim y tú (y no sé si también Martin), y gané a aquel negro temible contra todo pronóstico. Estuve sobre mi sudoroso y tozudo contrincante segundos que se me hicieron minutos, pero el tío no se rendía, no pegaba su espalda a la lona por más que yo presionara, la combaba con enorme resistencia, hasta que el árbitro, por fin, me dio la victoria tras un postrero embate de furia.

—Rezaba por ti, le pedía al Señor: dale fuerzas, por favor, dale fuerzas para ganar —me dijiste al llegar a casa.

Así que al afroamericano lo derrotó el Señor y no yo. Pobre chaval. Él pensaba que estaba luchando contra mí y resulta que lo hacía contra el Espíritu Santo. Qué abuso de poder por nuestra parte, Rebecca.

El escritor solo debe escribir de lo que conoce, se dice también, que es la manera sencilla de parafrasear a Vargas Llosa: el escritor no elige los temas, los soporta. (Frase que tal vez se le ocurrió antes a Flaubert).

Es buena la frase, pero como te dé por soportar el tema del aburrimiento nos vas a aburrir a todos contigo, colega. Así que cuidado con Robbe-Grillet y sus ocurrencias.

También dicen que la imaginación es la loca de la casa, y luego se quejan de machismo con razón o sin ella. Si fuera masculina, la imaginación sería el aventurero del lugar. O no. La locura es vocablo femenino, pero tiene tan buena prensa entre los artistas que algún poeta menor, como no se sentía poeta del todo, se fue a vivir al manicomio de Mondragón (un lugar del País Vasco, Rebecca, en el norte de España). Finalmente no se sabía si estaba loco por poeta o si era poeta por loco. Daba igual. Ahí está la obra sensacionalista de Leopoldo María Panero para que juzgue el lector presente y futuro, para que juzgues tú, Rebecca (desde el más allá):

Hombre normal que por un momento
cruzas tu vida con la del esperpento
has de saber que no fue por matar al pelícano
sino por nada por lo que yazgo aquí entre otros sepulcros
y que a nada sino al azar y a ninguna voluntad sagrada
de demonio o de dios debo mi ruina.

A mí me gusta, qué quieres que te diga.

Y qué bien le queda María a su nombre, Leopoldo María, le proporciona el aderezo que necesita su biografía de loco y de poeta. María por la Virgen, madre de Dios, esa mujer que para ti no merecía mayor consideración que cualquier otra. Haber parido virgen al mismísimo Jesucristo, ya ves tú qué mérito.

Hasta la vida más sensata nace de la insensatez de un hombre y una mujer en feliz o infeliz cópula; de la misma insensatez nacen las mejores ficciones. La ficción no es más que memoria que se recicla con la alteración insensata, feliz o infeliz, del trabajo imaginativo, que no proviene de la cabeza, sino de las terminaciones nerviosas de las falanges, pues la verdadera imaginación está en la actividad de los dedos que pulsan las teclas. No hablo del bolígrafo porque ya no existen escritores que lo usen salvo para dejar notas en la nevera. Entonces, cuando yo agarro el Bic negro o azul y garabateo algo en el bloc no estoy escribiendo nada, sino que voy a arrancar la hoja para dejar una nota en la nevera: «Acuérdate de comprar melocotones». El mensaje es para ella (Alessia) o para mi yo futuro. O estoy tomando aire para empezar a escribir en el ordenador, que es la metáfora sencilla para expresar que allí también se corre hacia una meta: el final de la novela o del cuento, el principio del repaso al borrador.

Porque una vez que termino la novela falta todo el trabajo real: repasar una y otra vez el borrador hasta hacer que no sea ya solo un borrador, sino algo que pueda permitirse publicar un editor con o sin criterio, insensato o sensato, infeliz o feliz, independiente o pendiente del gran grupo multinacional al que se deba.

Nada hay más perro que un perro que ladra. Esto no significa nada, pero lo significa todo, porque un ladrido nos sitúa en el centro mismo de lo perruno. Un hombre que ladra es tan raro que solo está en la imaginación del escritor fantástico y en el delirio realista del dictador cruel, que se puede permitir proyectar sobre la realidad bastantes fantasías, como un niño consentido. Se decía que Mao obligaba a sus subalternos a ladrar en prueba de fidelidad. La imaginación, en resumen, es nombrar cosas, pero no de cualquier manera, sino para

desbaratar la convención, para inventar más cosas, que a veces no son cosas, sino sintagmas más reales que las propias cosas. El perro es una cosa (en sentido amplio); los macarrones son otra. Los *macarrones perrunos* son una cosa nueva, que nacen de un sintagma insólito; intrépido, dirán algunos, estúpido, dirán otros (tan intrépido como estúpido, sentenciarán los más aristotélicos).

¿Quién no ha comido alguna vez macarrones perrunos?

Yo me tomé unos no hace tanto tiempo, en tu casa, Rebecca, con Jim ya muy deteriorado, en silla de ruedas y mudo. Me recibiste encorvada y sonriente, dando gracias a Dios por volver a verme, y cenamos esos macarrones perrunos, que me demostraron cuánto se había deteriorado tu habilidad culinaria. Y tuve la sensación de que algo muy injusto os había sucedido a Jim y a ti: un envejecimiento repentino, y esos macarrones perrunos eran el síntoma más leve de tu pérdida de facultades. A lo lejos, para colmo, ladraban unos perros que parecían reprocharnos el robo de su comida. Cuando llegué al hotel, esa noche, sentí calor en las mejillas. Eran las lágrimas que me caían como gotas de cera.

El problema de lo autobiográfico es que lo imaginativo se cuela en los recuerdos. Todo lo que uno recuerda es sospechoso. Los recuerdos son reflejos de la realidad. Pero, sin ánimo de ponerme filosófico, ¿qué es la realidad? Tiene mérito narrar la nada. Ya se ha ido. Volverá, pero no en este momento. Decía Marco Aurelio que solo el presente nos pertenece. Y el presente es la nada. No tenemos nada. No somos nada. La nada es el territorio del budismo y de la meditación, por eso si meditas desaparecen tus tensiones (se las traga la nada).

Los recuerdos tienen una cualidad esencial, que son una mentira tan vigorosa que se disfrazan de verdad. Hay más verdad en el corazón que en el cerebro, es más certera la emoción de un suceso que su captura fotográfica. El cerebro miente, tergiversa o se inventa los datos, es manipulable hasta el delito —los criminales siempre son inocentes— y solo mediante la narración logra consolidar su percepción de la realidad. El cerebro es una máquina de producir mentiras. El corazón no. En el corazón radica toda la verdad que llevamos dentro, y todo lo que recordamos solo tiene un lado real, el que proviene de ese órgano turbulento del que pende nuestra vida blanca o negra o gris, como la de la mayoría. Por eso es tan importante la emoción en un relato. No me cuentes que tu novio te dejó, les suelo decir a mis alumnas de escritura creativa (todas chicas, todas inteligentes, todas impactantes, todas atractivas), cuéntame la humillación, la tristeza, la emoción del suceso. Invéntate a tu novio, ponle otra cara, otro nombre, otra biografía y otra ciudad, pero sé fiel a lo que sentiste por culpa de su traición. Puedes cambiar a tu novio

por un juguete (el que te robó cualquier Melisa de tu infancia), puedes hacer de tu novio una mano que se pierde en un accidente de tráfico, una mano que te obsesiona y echas en falta, puedes transformar el desencuentro con tu novio en un tumor cerebral o de huesos, lo que no puedes cambiar es tu desolación, la que él te produjo cuando te fue infiel o se fue con otra, y eso es lo que debes transmitirle al lector. La herida es lo relevante, no la causa de tal herida; a partir de ahí, métela en el papel y que se reproduzca, que reviva allí. Novios y novias hemos tenido todos. Hombres y mujeres hay más que coches, dicen los cuñados (y tienen razón), lo que no hay tanto es gente capaz de narrar el dolor de una ruptura amorosa, porque una ruptura amorosa, por tremenda y lacerante que sea, no es más que una anécdota que se repite todos los días, a todas horas y en todas las latitudes del planeta. Es la anécdota más intrascendente del mundo. Ahora mismo debajo de mi balcón, bajo los geranios —que acabo de regar—, hay un hombre que llora. A ver si es capaz de hacer un relato con su dolor. A ver si es capaz de narrar y transmitir lo que le pasa; a ver si puede sacar provecho de ese dolor, darle una segunda oportunidad.

Lo dudo.

No me cuentes que Rebecca era una mujer fanática, que fue tu madre durante once meses cuando tenías dieciséis años, y que ejerció de tal en su mejor faceta, intentando darte afecto y una educación, pero una educación religiosa, evangélica, dañina, talibán; cuéntame los sentimientos que removió en ti. Qué difícil aplicarse el cuento, Dios santo.

No sé si puedo, querida Rebecca, no sé si puedo hacerte justicia ahora que te has ido.

Un recuerdo puede ser falso desde la perspectiva de los sucesos que recreamos, pero jamás lo será desde la emoción que revivimos. Mis recuerdos son sentimentales, y por ahí sé que jamás miento, pero el anecdotario quizá sea una mentira mayúscula, con seguridad aquel rescate de la guardería no fue tal y como lo rememoro, aquella primera incursión en el colegio tampoco, a lo mejor no subí ninguna escalera forzado por mi madre, aquella imagen de mi primo en calzoncillos es falsa, quizá no me llame como digo llamarme. Puede ser. Pero sentimentalmente todo es tan veraz como el sol y por eso mi primo sigue siendo Tarzán, incluso ahora que padece los cincuenta años.

La primera vez que mi hija mayor se escondió, con dos, tres o cuatro años —el dato es, de nuevo, irrelevante—, me di cuenta de que un episodio sustancial de mi vida infantil había sido una farsa.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Carmina? No la veo —decía yo.

Y ella se tapaba la cara con la cortina traslúcida.

Quedé perplejo ante mi propia ingenuidad. Hasta aquel momento la anécdota de mi ocultación en el rescate de la guardería había sido tan contundente que no me daba cuenta de que aquella profesora inglesa me vio perfectamente detrás del colchón, pero decidió hacer «como que no me había visto».

Lo que para ella no fue nada, sino producto de una elección caprichosa —venga, bah, voy a dejar que este niño se salga con la suya—, para mí constituyó una emoción casi épica, toda una experiencia que se adosó a mi identidad. Durante lustros consideré aquel episodio como un momento cumbre en mi vida personal, como un hito histórico, hasta que yo fui para mi hija la profesora británica y entonces comprendí la verdad.

Pero nadie le quitará a mi hija la emoción de no haber sido descubierta por mí. Aquello generó conexiones neuronales, sinapsis, carácter, confianza. O nada, no sé. Cada persona es un mundo. Y mi mundo no tiene por qué ser el suyo.

Quizá no fue Melisa quien me requisó el juguete para luego entregárselo a una niña, pero Melisa es sinónimo de deslealtad, de injusticia, de absurda severidad, de abuso gratuito.

Algo haría, pues.

Y encima la recuerdo fea, alta y vestida de negro, como un cardo del campo maltratado por el sol. La altura no es ningún defecto, todo lo contrario, pero sí si eres mala hierba; entonces, es un agravante del abuso. Las malas personas, mejor breves y pasajeras. Melisa era un dibujo de Carlos Jiménez, el gran autor de cómics. Así la recuerdo yo. Cuando abro *Paracuellos* veo a Melisa. Es decir, el arquetipo de Melisa ya lo creó Carlos Jiménez en su cómic memorable.

Tengo el dudoso honor de haber padecido a un personaje de Carlos Jiménez.

Era una época muy politizada aquella, años setenta y ochenta en España. Un amigo me recuerda con diez años diciéndole que Jimmy Carter era un tipo cojonudo y que no entendía por qué los norteamericanos habíais votado a Ronald Reagan. Los niños, claro, repetíamos en el recreo lo que escuchábamos en casa. Creo que en aquel tiempo tú no eras aún *born again christian* y votaste demócrata. Al menos, Jim se solía burlar de tu pasado demócrata.

España intentaba la transición a la democracia y la política se transformaba en el oxígeno que respiraban los niños, igual que respirábamos tabaco negro en el Seat durante los desplazamientos del mes de agosto. Mi padre despotricaba de Adolfo Suárez, como antes había despotricado de Franco (y le expulsaron de la universidad por ello), y como despotricaría de los que vinieron después. Mi madre

despotricaba menos, porque siempre ha tenido un punto de vista más templado. Conservo el recuerdo de la mayoría absoluta del PSOE en 1982, algo así como los demócratas de España. Por la noche había tenido que irme a la cama sin enterarme del escrutinio. Hay alondras y búhos, decía mi madre, y yo pertenecía a la clase de las alondras, es decir, de quienes se dormían rápido y se levantaban pronto, ambas cosas contra mi voluntad. Tantos años después sigo sin ponerle cara a la alondra; una especie de gorrión, creo, con el que comparto ritmos circadianos.

Me dormí aunque no quería dormirme, sentía la emoción latir en la casa como si las paredes vivieran, y toda emoción es adictiva, por eso tanta gente se apunta a las izadas de bandera y a los himnos nacionales (y a las celebraciones religiosas, Rebecca). Pero, alondra como soy, me quedé dormido en el sofá y desperté en la cama.

Al llegar por la mañana al salón, mi padre seguía frente al televisor, igual que lo había dejado de noche, como un búho. Recuerdo su alegría: «Hemos sacado mayoría absoluta», en primera persona del plural, y me mostró el dedo pulgar en el único día de su vida en que se identificó con la victoria electoral de un partido político. El colegio, un reducto nacional católico, parecía un velatorio. Una profesora se quejó con amargura, dijo que la gente había votado a Felipe González por guapo. La mujer tenía un gusto estético un tanto raro, la verdad, amén de una voz atronadora (la apodábamos la Tormenta). Un compañero de clase me dijo que el PSOE lo haría tan mal que en cuatro años gobernaría *la derecha* y cuando decía *la derecha* él pensaba más en Blas Piñar, un célebre ultraderechista, que en Manuel Fraga, el líder de los conservadores españoles. O quizá en ambos. Unos lustros después volví a encontrármelo y seguía gobernando el PSOE. Él se había afiliado al partido, lo cual me hizo comprender que se había alejado de la ideología de su familia o que tuvo razón y, en cierto modo, ganaron los suyos, pero de otra manera.

Con excepción del tiempo en que estuve en tu hogar, Rebecca, pasé de la infancia a la universidad casi sin enterarme, que es como decir que mi adolescencia fue silenciosa, no dejó huella, no grabó una muesca en mi corazón. No recuerdo nada de la adolescencia. Nada bueno. No recuerdo que me gustara nada de aquella época, por eso mantengo en barbecho las emociones que se derivan de ella. Prefería, en aquel tiempo, que todo fuera distinto, pero sin saber por qué, por un rencor difuso, sin destinatario, el de sentirme abandonado por el mundo, y el mundo quizá era la infancia. No sabía qué había venido a hacer a la Tierra ni por qué andaba con dos piernas en vez de a cuatro patas. Recuerdo una borrachera en la que me puse a caminar a cuatro patas, de hecho, por un jardín urbano y una señora me preguntó por

qué lo hacía.

—Porque acabo de vomitar —le respondí, sencillamente.

No me gustaba la radio, pero me pasaba las noches escuchando a José María García, un locutor histriónico que era capaz de provocar mi indignación con su denuncia sobre el deterioro de un polideportivo en desuso en Alcantarilla, Murcia o Jaén. Que me hizo comprender muy pronto la importancia de la emoción en los relatos, en cualquier relato.

Me gustaban las chicas de una manera atolondrada, sin comprenderlas, sin saber cómo acceder a su mundo misterioso, en el que se intuían premios benéficos y saciantes, pero para el que la valentía necesitaba de un corazón sereno, de una voz templada y de unos ojos que supieran disimular el deseo. Un amigo y yo nos pasábamos el día hablando de ellas. Le pregunté con cierta culpa:

—¿Tú crees que los mayores están tan obsesionados como nosotros?

—No. Mi hermano tiene dieciocho años y no habla de mujeres.

Pero hoy sé que con ochenta y un años los hombres siguen hablando de ellas.

El deseo es más potente que la inteligencia, lo desbarata todo. Pero nadie me había enseñado que la tensión también estaba en la chica. Y aun así me recuerdo con dieciséis años en un bar muy conocido de Malasaña, La Vía Láctea, hablando con una chavala de ojos negros como el carbón, pero brillantes como la plata. Recuerdo que se lo dije, acuciado por una inspiración cervecera.

—Tienes unos ojos relucientes como la plata.

Y con esa frase me gané su simpatía.

Fue todo un aprendizaje para mí: un halago espontáneo, sincero, podía derrumbar muros muy altos.

Con el tiempo, tuve un amigo de rostro extraño, difícil de ver, que sin embargo se plantaba frente a las mujeres con enorme solvencia, pues era consciente del valor del piropo. Y cuando empezaba no terminaba nunca de piropear, se volvía insufrible y ligaba, vaya que sí. Sus elogios eran como una tuneladora que se abría paso hasta la intimidad de la víctima.

La chica llevaba cadenas en los pantalones, en la chupa de cuero y en la camiseta rota y negra, y yo era mod (una tribu urbana de origen británico, Rebecca, como todas las tribus urbanas de entonces). ¿Qué hacía yo con una heavy? Dieciséis años recién cumplidos, mi primera experiencia de cierta intimidad con una chavala y resulta que la chavala era de otra tribu urbana. Al llegar a casa despegué de las paredes los pósteres de The Jam y The Who. Había traicionado a los

míos. Siempre he tenido algo de fanático, como tú, algo de cuadriculado. Pero, joder, qué bien se sentía uno al abrazar y apretar el cuerpo de la chica. Y los Jam en la pared, mirándome con gesto acusatorio. Les podían dar mucha morcilla.

—Papá, ¿tú crees en Dios?

—No.

Así fue, *grosso modo*, el diálogo con mi padre con nueve o diez años sobre tema tan trascendental. Fue un diálogo raro, brusco, más teniendo en cuenta que mis ateos progenitores me habían matriculado en un colegio con reminiscencias nacional católicas (porque el colegio público de aquel pueblo era un barracón, y su horario, incompatible con su trabajo, alegaron).

La metáfora del gusano que se convierte en mariposa vale para la adolescencia, como vale para la adolescencia cualquier metáfora, en realidad. Y la transformación opuesta. He conocido a muchos niños mariposa, y lo digo sin segundas, que se tornaron gusanos y ahora caminan como si lo hicieran bajo tierra, con la cabeza hundida en los hombros, mirando hacia las profundidades de lo que fueron y ya no son. Abogados, enfermeros, informáticos, fontaneros, mecánicos, auxiliares administrativos, parados que tuvieron un pasado que idealizan delante de una cerveza, de un *whisky* o de un *gin-tonic* y, sobre todo, en la soledad de su pensamiento: cuando se ponen delante del ordenador en la oficina siniestra para imprimir la factura del cliente o la solicitud de empleo. El chico triunfador, la chica triunfadora, el niño fortachón, la niña resplandeciente corren el peligro de llegar a la vida adulta y perder su fuerza y su brillo, y transformarse en adultos con un orgullo herido y melancólico, con una vanidad lastrada por el presente, inadecuada, que solo pueden permitirse sacar a pasear cuando regresan los domingos a casa de sus padres para tomar la paella o el cocido familiar, y vuelven a ser ruidosos y abusones, y destacan como destacaron en el periodo perdido de su niñez o de su adolescencia, del que solo queda una nostalgia dañina. La infancia está bien, es mágica, pero la adolescencia es el periplo más problemático de un hombre. Aquel en el que uno, borracho, se tumba en medio de la carretera a las seis de la mañana para sentir qué pasa si no pasa nada. Y lo que podría haber pasado es un camión de la basura o un coche. Aquel en el que uno se pelea en el metro y da su merecido a un fanfarrón mayor que él, y se va orgulloso a casa con la nariz sangrando, como si escapara de las fosas nasales la misma sangría que ha bebido poco antes con cara de pasárselo bien, pero pasándolo mal. Aquel en el que uno hace botellón cuando aún no se le llama botellón.

Solo los grandes novelistas pueden hacer algo bueno y sustancioso con la adolescencia, porque la adolescencia requiere de mucha ficción para transformarse en un relato feliz. ¿Cómo narrar, por ejemplo, mi etapa en tu casa, Rebecca…? Fue una etapa…

Y, sin embargo, lo estoy intentando.

Preferiría narrar la infancia o la edad adulta, y en todo caso la adolescencia como transición, como pegamento fatídico entre ambas fases, pero me gustan los retos, me fortalecen, me envalentonan y me retienen frente al folio en blanco. Un adolescente es el personaje ideal para contrarrestar al niño y al adulto. Un adolescente es un hombrecillo con granos —siempre los granos, dentro o fuera del cuerpo— y mucha capacidad para hacer verosímil cualquier ocurrencia literaria, esa es su ventaja como personaje, su credibilidad, pero jamás será un personaje feliz. El adolescente puede volar muy alto en globo sin más explicaciones o suicidarse porque sí, porque es adolescente (y quizá también islandés, donde por lo visto se suicidan mucho y bien, o sea, demasiado), pero por eso nada de lo que haga se nos antojará un acierto ni un acto encaminado a su beneficio personal. En la verosimilitud de cualquier dislate que cometa, solo en esto, radica el interés del adolescente como personaje narrativo (que no es poco). Las tribulaciones del adolescente son un buen remanso de paz para quienes necesitan estudiarse mirando hacia el pasado. Sus tormentas emocionales son un maná para psicoanalistas, terapeutas gestalt, conductistas y toda clase de psicólogos rapaces. Yo prefiero la niñez porque si me pienso con dieciséis años me veo como soy ahora, un adulto imperfecto, o sea, un adulto como cualquier otro.

En tu casa me hice hombre, Rebecca.

Entonces, todo lo anterior es niñez y no adolescencia; entonces, la adolescencia no existió o quizá solo en tu casa o he sido un adolescente toda mi vida.

Siempre he preferido la psiquiatría a la psicología, el reposo en cama con aspirinas, ansiolíticos o somníferos al diván; los venenos a las divagaciones. Tener un psicólogo es comprarse un amigo, pero la depresión se cura sudando. Ir al hospital supone, curiosamente, iniciar una aventura depresiva, aunque la entrada siempre nos coge con la adrenalina alta. Ir al hospital puede ser también regresar a la infancia, a la infancia en cama, la fetén, esa que nos sitúa en el ombligo del entorno familiar. Pero también la adolescencia reaparece con toda su fuerza cuando la médico te recibe de pie para el interrogatorio. Es una médico alta, guapa y severa, como una Melisa joven y pálida, rubia, aristocrática, ligeramente verde por culpa del batín que reverbera en sus mejillas y en el que introduce sus manos largas y finas. Desde mi silla de ruedas balbuceo dudas, imprecisiones, creo que ya no me

duele el pecho y que el sudor de mis sienes se ha evaporado, pero no es que se haya evaporado, sino que se ha vuelto frío como la escarcha de la mañana. Llegan más médicos. Se forma un círculo de inquisidores atentos a mis palabras y mis gestos. Tengo síndrome de brujo. Sé que me van a quemar en la hoguera. Todo ha sido una impostura. Me he levantado a las ocho y media del sábado empapado en sudor y con dolor de tórax, después de soñar una conversación contigo, Rebecca.

—Estoy con Dios —me decías—. Y soy feliz a su lado.

Pero no tengo dieciséis años, como en el sueño, sino cuarenta y siete y no estoy en tu casa, sino en la mía, con Alessia durmiendo, hablando sola, suspirando a mi lado.

Era una conversación desagradable, porque tu descripción del cielo resultaba angustiosa, pese a tu sonrisa, no sé por qué, por esas cosas inefables de los sueños, y se vio interrumpida por la opresión del pecho.

Agarré el coche y, sin decir nada a Alessia, me fui al hospital con una extraña sensación de muerte, como si me fuera a reunir contigo enseguida.

—¿Ardor? —me dice la médico.

—Tal vez.

—¿Sí o no?

—Quizá.

Soy un adolescente de cuarenta y siete años abrumado por tantas preguntas que requieren respuestas monosilábicas, incapaz de concretar nada, porque cada vez que quiero hablar la médico o sus acompañantes me disparan otra pregunta. Pero finalmente me llevan a una salita y me hacen el electrocardiograma.

—Todo bien —murmura una enfermera.

Se lo dice a su compañera o a la pared, no a mí, que soy poco más que mobiliario para ellas.

La sospecha de que por una mera afección psicosomática —por una mera pesadilla— he ido al hospital, a trastocar toda la organización sanitaria pública madrileña, española y mundial, me carga la conciencia con todas las culpas que soy capaz de reunir (muchas, créeme). Tu muerte me ha afectado más de la cuenta. Porque contigo ha muerto mi madre, mi madre durante once meses largos e intensos, únicos. El sudor me baja por las sienes y me llena la boca de sal. Mis cejas no sirven para nada. Cuando me pegan unas pegatinas en el torso para controlar el ritmo cardiaco, cuando me introducen la yema del dedo índice derecho en el oxímetro, cuando siento la opresión del tensiómetro en el brazo izquierdo, descubro que el monitor suena con

ritmo regular y sus números permanecen estables. Me sacan sangre. Me hacen poner el sambenito de los pacientes ingresados, que no lo representa un capazo, sino el camisón que deja el culo al aire.

—Me da un poco de vergüenza… —le digo a la médico desde la cama.

—Tranquilo —responde con el rostro cada vez más verde—. Mientras estés tumbado, nadie te verá por detrás.

—No por eso… Porque os estoy molestando por nada.

Y ella se muestra comprensiva, hasta me toca la pierna para tranquilizarme:

—Estás donde tienes que estar.

La doctora se mueve de un lado para otro, interroga a pacientes recién llegados, consulta su ordenador, ríe la ocurrencia del médico ligón que tiene al lado, tras el mostrador en el que apuntan las incidencias hospitalarias. Vuelve a acercarse a mí y me dice que avise en casa, a mi pareja o a mis familiares, que los análisis señalan lesión cardiaca, en efecto, he sufrido un infarto o una angina de pecho, no saben aún, pero la troponina, encima del estrés cardiaco, se ha puesto estupenda, hiperbólica, fetén.

—¿Eso es una sonrisa?

—Sí, joder —digo—. Por un momento pensé que había venido a hacer el ridículo.

La médico pone cara de que el comentario es inadecuado. Pero yo no estoy de broma, sino diciendo la verdad. Ahora sí, tengo autoridad moral para ocupar una cama de hospital, qué alivio, nada me intranquiliza tanto como molestar sin causa, ocasionar gasto sin necesidad.

—Tengo la troponina por encima de lo normal —llamo eufórico a Alessia.

—*Di cosa stai parlando*? —me dice ella en su lengua materna, la que emplea cuando se enfada o cuando se acaba de despertar.

Las treinta y seis horas en Urgencias empezaron entonces. Un largo día y una larga noche de sudor cítrico, que parecía corroer mis brazos, mis mejillas y mis piernas mientras resbalaba hasta el colchón, dejando surcos en la piel y en la sábana. La fiebre venía cargada de humedad. No podía salir de la cama. Estaba atado a mi sudor por los cables de los aparatos. Me convertí en el observador del aquelarre sanitario de un sábado de septiembre, mientras mi cuerpo ardía y se inundaba, en extraña combinación. Vi llegar a muchachas casi niñas que se habían meado encima de puro borrachas, que no sabían balbucir su nombre, sino el de sus novios o amigos ausentes o el del demonio cuando los médicos les hablaban de telefonear a sus padres:

—Joder, no. A mis viejos, no.

Escuché la pregunta temerosa de un padre a la médico:

—Aparte de alcohol, doctora…, ¿mi hija había tomado algo más?

—Sí, hachís, speed y ketamina.

—¿Nada más?

—Un bocadillo de calamares.

—Es terrible.

—¿Verdad que sí?

—Sí, en casa jamás tomamos calamares y menos con pan.

No fue la conversación de la médico con el progenitor de una paciente, en puridad, sino la de dos médicos satirizando un episodio de su cotidianidad, la vida tal y como les acababa de ocurrir; una conversación que escuché en un estado de duermevela surrealista, donde no sabía qué parte de lo onírico se colaba en mi vigilia. Lo escuché en una duermevela calurosa, siempre el fuego y el sudor aquellos días de hospital. El humor sirve de alivio, porque conlleva situarse por encima de la desgracia y de la acritud, poner distancia con las cosas. Nada más lúcido que una sátira puntual y cruel en un ámbito laboral tan duro como el sanitario.

Un paciente de treinta años, ingresado por algún problema de intoxicación venenosa, quiso salir del recinto para fumarse un cigarrillo. No le dejaban y él insistía. Tenía su culo peludo delante de mí mientras él discutía con los sanitarios como si lo hiciera con su madre. El médico con el que hablaba (simpático y chuleta) le gritó que por él podía morirse en ese instante, pero que bajo su responsabilidad no iba a salir a fumarse nada, sino que permanecería en la cama o los celadores le atarían a ella. Y aparecieron dos celadoras salvajes, brutales y bellas, si crees que hay belleza en la halterofilia o el culturismo. El fumador volvió a su nicho, asustado. Y pidió la cuña para hacer de vientre, quizá como venganza.

Yo, mientras tanto, sudaba. Me dedicaba a sudar. Y a beber agua para volver a sudar. A veces veía cómo me miraban quienes pasaban de largo, sanitarios o familiares de pacientes, y en mi paranoia, creía que les asombraba la cantidad de líquido que expulsaba mi cuerpo.

El libro Guinness de los récords estaba a mi alcance.

Cuando el sudor se secaba, aparecía el frío, pero solo un momento; pronto otra oleada de calor surgía de mi piel y me llenaba de sal.

El mar estaba dentro de mí, un mar de lava, un mar agitado y violento.

Otro paciente, un suicida con trazas de estar intoxicado por todos los estupefacientes prohibidos y admitidos por la OMS, gritó que por favor no lo ataran a la silla de ruedas. (Un endemoniado, habrías dicho tú). Pero nadie le quería atar a ningún sitio, sino que formaba

parte de su identidad ser molesto. Su grito dolía, más teniendo en cuenta que eran las cuatro de la mañana. Era como si todo el sufrimiento del mundo se concentrara en su voz. A esa hora nadie está para soportar tanta desesperación. Y menos si uno se encuentra convaleciente y ahogándose en sudor.

Otros enfermos gritaron. El hospital, el mundo entero, gritó.

Se llevaron al loco, porque nos había vuelto locos a todos.

Mientras tanto, la máquina a la que yo estaba conectado expulsaba su música monocorde.

No podía dormir y no podía ir al cuarto de baño.

De vez en cuando, el monitor enloquecía y llegaban los sanitarios, a ver si me moría de una puñetera vez. Me desarropaban (y surgía todo el sudor en el pecho velludo), me auscultaban y se les pasaba la inquietud; los sanitarios volvían como si nada a sus ocupaciones tras el mostrador, comentaban el partido del Madrid, se burlaban de Belén Esteban, susurraban no sé qué acerca de alguno de nosotros, insultaban a Pedro Sánchez o a Pablo Casado o a Donald Trump o al presentador de *La Resistencia* o de *El Hormiguero*. La máquina les engañaba. No era mi corazón lo que andaba mal, sino las conexiones del electro, el pelo de mi torso impedía la recta circulación de la señal eléctrica, igual que los pecados impiden la comunicación divina con los hombres, Rebecca.

—¡No me aten, por Dios, no me aten!

Escuché por última vez, muy lejos, muy bajito.

Y luego nada: un canto de pájaros mañanero, como en el libro de Kurt Vonnegut, *Matadero cinco*: pío, pío, pi.

Se fue el demente con Dios y llegó el infierno a mi vera, pusieron a mi lado a un motorista. Era un chaval joven que había sobrevivido de milagro en un choque frontal contra un coche que circulaba en dirección contraria, a lo kamikaze. Solo se había roto el tobillo de la pierna derecha, pero por tres sitios distintos. Era el tercer accidente en moto de su vida, pese a su juventud. Le pedía perdón a su madre por ello, le decía que iba a abandonar las dos ruedas para siempre. Nos separaba una cortina y podía escuchar la voz de tenor del chico entreverada por la voz de contralto de mi conciencia: «No le hagas caso y duérmete: son las seis de la mañana y no has pegado ojo en toda la noche». El chico era todo un actor; resultaba admirable el énfasis narrativo con que mentía a su crédula progenitora. Sus palabras llegaban a su corazón (la oía gemir) y al mío. Le pedía perdón por una desgracia de la que era inocente. ¿Qué culpa podía tener él de que surgiera en su trayectoria un conductor suicida a las cuatro y media de la mañana?

Su culpa era montar en moto contra el deseo de su progenitora, haber montado en moto, amar las motos.

—Vi dos luces a lo lejos, mamá, y entonces me di cuenta de que era la muerte… Vi la muerte cara a cara, madre, ¿lo entiendes? ¡Cara a cara! He tenido la guadaña en el cuello por culpa de la moto.

La madre respondía con un susurro inaudible, corto, o con un gemido que alimentaba la capacidad dramática de su hijo.

—La Muerte tiene las cejas espesas y los ojos rojos como el carbón.

—…

—Carbón incandescente, mamá.

—…

—He visto la muerte con mis ojos, mamá, con estos ojos verdes que Dios me ha dado. Y su guadaña brilla como el oro.

Palabrería de actor, como el Felipe González de mi infancia, como el Ronald Reagan de tu juventud, Rebecca.

—…

—Son verdes, madre, claro que son verdes. De marrones, nada.

Luego vinieron los verdes de verdad, la pareja de la Guardia Civil, que le tomaron declaración.

—Vale, pero céntrate en los hechos —le dijo un agente.

El problema del chico no era su relato, porque en un hospital cualquier distracción se agradece. El problema fue que, cuando su madre y los guardias civiles se marcharon, el esfínter se le volvió loco. Y tenían que venir dos celadoras a limpiarle y ponerle una muda, lo que abría el tarro de las esencias. Comprendí a Sartre como nadie en aquel momento, se me hizo diáfana la claridad de su pensamiento: el infierno son los otros.

El hedor que me llegaba me hizo la vida lúgubre durante horas, días y meses, porque aún no he podido superar el trauma.

En tu casa, Rebeca, viví el trauma de Dios; en el hospital, el del infierno.

Cuando su madre se fue, en vista de que había mentido tanto, al chico le dio por expulsar toda la verdad que llevaba en las entrañas. Su novia, una jovencita apocada y miope, deambulaba por las Urgencias en busca de un celador o una celadora que quisieran hacerse cargo de la verdad de su novio. Pero los celadores son como los camareros, saben mirar sin ver, y sorteaban a la chica con enorme habilidad.

De manera que allí estaba la chiquita yendo de aquí para allá sin que nadie atendiera su ruego falto de convicción, ni el mío, que no iba dirigido a los sanitarios, sino a las altísimas esferas: «Por Dios, que alguien se lleve lejos a este cagón».

Es curioso cómo Dios llega a mis labios cuando necesito ayuda, Rebecca. Culpa tuya, sin duda. «No culpa mía, sino gracias a mí», habrías matizado tú. Es curiosa la tendencia que tengo a mencionar a quien no existe para pedirle favores o incluso para conversar con él de tú a tú, de nadie hacia Nadie. Si vas hacia la Nada, mejor irte relacionando con quien gobierna en ella antes de que te incineren.

—Hola, Dios, hazme hueco en tu reino. Voy hacia ti y espero que me incineren o, mejor no, que den mi cuerpo a la ciencia, religión en la que sí creo.

«Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad», 2 Timoteo 2, 16.

Perdóname, Rebecca, tienes razón.

Pocos días después de que me dieran el alta tras recuperarme de la peligrosa miocarditis (porque aquello no fue un infarto ni una angina de pecho, sino una miocarditis, es decir, una inflamación cardiaca producida por un virus misterioso), sufrí por fin el ataque al corazón. No respiraba bien y el pálpito de que me faltaba muy poco, nada, para irme hacia la Nada, para derrumbarme sobre la vitrocerámica, cuando acababa de encender el fuego con el fin de calentar unas lentejas a mi hija mayor, me hizo salir de casa sin avisarla. Ella estaba encerrada en su habitación mirando el móvil, supongo, o quizá leyendo *Memorias de Idhún*, de Laura Gallego, un *Señor de los anillos* español y con unicornios. Salí de casa sin saber hacia dónde iba. O sí lo sabía. Iba hacia una muerte discreta, detrás de algún seto, de algún contenedor de vidrio, detrás de algún cuatro por cuatro, una muerte que mi hija no presenciara. Tampoco quise llamar a Alessia; me la figuré agobiada en su oficina siniestra, atrapada en una oscura y pegajosa telaraña burocrática, jugando a ser un personaje femenino de Franz Kafka con acento italiano.

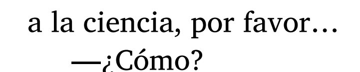
—¿Te ocurre algo?

Aturdido por el sol de la calle, pensé que un ángel me lo preguntaba. Pero no. Era una vecina cuyo marido regaba las plantas de su terraza tanto y tan mal que mojaba nuestra colada tendida, y no había manera de hacerle cambiar su costumbre.

—Que voy a morir en un rato y no quiero que mi hija me descubra con la cabeza metida en las lentejas.

La vecina abrió mucho los ojos, empalideció, se mordió los labios, se llevó la mano a la frente —cuántos anillos, pensé—, pareció que iba a morirse conmigo, pero no era esa la solidaridad que yo buscaba. Solo quería que me llevara a un escondrijo.

—Que mi hija no me vea… Y dile a mi mujer que done mi cuerpo


a la ciencia, por favor…

—¿Cómo?

—Llévame detrás de un seto.

Finalmente, la vecina se repuso de su palidez y me pidió el móvil para marcar el 112, pues ella no tenía el suyo.

—¿Qué siente? —me dijo la voz del teléfono, de los servicios sanitarios.

—La guadaña en el cuello… Tiene los ojos rojos como el carbón.

—El carbón es negro.

—No cuando está incandescente.

—Pero ¿no era un problema de corazón?

—Es una metáfora.

—Si no le importa, el diagnóstico lo haremos nosotros.

—¿En serio?

—Sí.

—No, de verdad, solo estoy sudando mucho, como carbón en el fuego, creo que me queda poco para abandonar el valle de lágrimas.

Cuando me quise dar cuenta estaba discutiendo con la Voz, ajeno a mi estado moribundo, revitalizado y con cierto enfado. Aun así, la mención de la miocarditis fue suficiente para que la Voz se tomara en serio mi situación y me anunciara que ella, la Voz en persona, se iba a desplazar hasta mi domicilio.

—Gracias —dije.

La Voz era una mujer guapísima.

Vinieron ella y tres operarios rudos, que parecían rusos de la KGB (uno de ellos recordaba a Vladímir Putin).

Pudieron constatar, haciéndome tumbar en el sofá de la vecina, que solo había sufrido un ataque de ansiedad.

Me sentí tan ridículo que rompí a llorar, porque nada me causa tanta rabia como hacer el ridículo, mientras la chica —la Voz— me explicaba con ternura profesional lo que significaba aquel electrocardiograma y yo no conseguía explicarle lo que era una metáfora. La miocarditis, según ella, no era un mal tan grave como para darse por muerto por un mero dolor de pecho, así que me dieron un ansiolítico y se fueron a buscar enfermos de verdad. No hay nada peor que no morirse cuando uno se lo anuncia al mundo. Es bochornoso. Si molestas al prójimo con el anuncio de tu muerte, muérete como Dios manda, que luego la vergüenza te hará llorar. Tenía el orgullo herido, no había estado a la altura, y la rabia me salía por los lagrimales. Al volver a casa, olía a quemado. Me había dejado encendida la vitrocerámica, el caldo de las lentejas se había consumido, formando en el fondo de la cazuela un engrudo negro, y mi hija seguía encerrada en su habitación ajena a mi vía crucis, ajena

a su inminente intoxicación por humo y ajena al fin del mundo. Apagué el fuego, puse la cazuela bajo el grifo y abrí las ventanas.

—¿Qué hay de comer? —me preguntó ella, al cabo de un rato.

—Vamos al Burger King.

—¡Bien!

—¿Sabes qué? El otro día murió un vecino delante de mí.

Esa era la anécdota que mi vecina se merecía, pero yo le hurté su relato, le hice la cobra narrativa. Y en cambio:

—¿Sabes qué? El otro día un vecino me dijo que se iba a morir. Llamé al 112 y nada. Todo mentira.

Un relato menor, ridículo, que solo da para una risita en la sobremesa o, quizá, para que te miren con estupor, pensando «¿A qué viene esto ahora?». El relato bueno, el de mi muerte, daba para contárselo a los nietos:

—Cuando yo era joven, o no tan joven pero sí mucho más que ahora, un hombre murió en mis brazos. Se fue quedando frío poco a poco… Me pidió que, por favor, le dijera a sus hijos que velaría por ellos desde el más allá, que no los abandonaría nunca… Y finalmente expiró con un «Y done mi cuerpo a la ciencia, por favor».

Lamentaba no haberle dado el muerto que se merecía, pero no es fácil hacerse el muerto fuera de un escenario (ni siquiera dentro, hay que dejar de respirar o respirar muy muy despacio).

Después de aquel episodio, la vecina, cada vez que me veía en el portal o en la calle, me rehuía.

—Que en el próximo ataque elegiré a otra víctima, compañera, no te preocupes —le dije no hace mucho.

Sonrió, incluso se rio un poco bajo la luz tartamuda de la farola. Yo venía algo bebido de una cena con amigos y dando tumbos, o sea que a lo mejor no sonrió y soñé despierto que mi broma daba en la diana.

Cuando se hace un chiste se está queriendo caer bien no solo a los demás, sino a nosotros mismos, queremos vernos alegres, desenvueltos y desenfadados, y estoy seguro de que el día que abandone este valle de lábaros guerreros y lázaros espirituales (por no repetir el cliché «valle de lágrimas») intentaré hacer sonreír a quien tenga delante.

—Jo, qué emoción —diré—, a ver en quién me reencarno.

Me parece un buen chiste negro.

Nada como el humor para salirse del presente —no siempre el lugar más propicio, por mucho que digan los gurús del *mindfulness*— y entrar en el territorio a veces deseable del pasado, donde se vive mejor si estás tocando con los dedos la tragedia del tránsito hacia la

nada.

—¡Allá voy!

—Nada, hijo, nada hacia la nada.

—¿Y cómo la reconoceré?

—Porque allí no hay nada.

—¿Nada de nada?

Siempre el humor y la muerte van juntos. El miedo que produce la muerte y el humor, como paliativo, a falta de otra cosa. Aunque solo nos haga gracia a nosotros.

Estábamos en la plaza de los Cubos, en el centro de Madrid. Éramos Argólida, el grupo de teatro de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense. Éramos malos estudiantes y mejores actores y estábamos a punto de vivir una tragedia que hoy a veces nos hace reír. Se ha vuelto comedia (tragedia más tiempo, según Woody Allen). Éramos un grupo de actores, como digo. Lo que quiere decir que estábamos siempre haciendo el payaso. Si los demás estudiaban, nosotros fumábamos y comíamos pipas en el auditorio de la facultad; si los demás comían pipas y fumaban en el césped del campus, nosotros estudiábamos el papel de la obra en el bar universitario, con las cervezas al lado y un horizonte de bocadillo de tortilla con pimientos verdes (pero el pimiento siempre lo extraíamos y tirábamos a la basura). Y en aquel momento también nos hacíamos notar, con gestos, gritos, imitaciones, pedorretas, carcajadas.

Entraron diez o veinte o treinta *skinheads* en el Burger King donde cenábamos porquería, para bajar toda la porquería que habíamos bebido las horas previas. Serían las doce de la noche, o las once o quizá la una. Qué más da.

El más histrión, el más loco de todos nosotros —el cabrón hoy gana una pasta al mes—, hizo un chiste sobre la melena cristiana de uno de los rapados, que obviamente no tenía melena ni ganas de pasar por cristiano. Las carcajadas dejaron paso a los hipos cuando el rapado sacó una pistola, que parecía más propia de tu Norteamérica que de nuestra España. Todavía veo a mis amigos con los ojos como platos y las nueces subidas en aquel Burger King convertido en *saloon* del Oeste. El rapado, un niñato de veinte años, se había ofendido y sacaba el cañón para hacernos vivir una película de vaqueros. En los años noventa, los cabezas rapadas españoles estaban más cerca de Hollywood que de Hitler, a quien confundían con Charlot, y mucho más que de Franco, a quien tomaban por un abuelete afeminado. En las películas que todos veíamos por la tele o en la pantalla de cine se habían pedido ser los malos; esa era la principal pulsión de su ideología, que era una ideología, pero sobre todo una querencia

estética.

Mientras la pistola brillaba como un diamante, mientras el tiempo se dilataba en espera de un disparo o de una burla que deshiciera el equívoco (no es una pistola, tranquilos; solo lo parece), mientras el cacharro bailaba con suavidad ante nuestras sonrisas congeladas, yo, en vez de aprovechar que los segundos se hacían minutos y los minutos horas para pergeñar una salida al conflicto, me fui cargando de adrenalina, de insensatez.

—¿De qué te ríes?

—De que sin pistola no te pondrías tan chulo —dije y, aunque lo dije alto y claro, me pareció que lo decía otra persona, un energúmeno o un idiota venido de un universo paralelo.

La valentía de los cobardes es la temeridad. Si eres un cobarde, y para colmo orgulloso —como era yo—, no es raro que la rabia te ciegue y te comportes como un suicida. De modo que yo actué de manera suicida ante mis compañeros de mesa —los iris como luciérnagas— y del sorprendido portador de la pistola.

Se arrugó. Se quedó perplejo ante mi reacción kamikaze.

Ji, ji, ja, ja, una palmadita aquí y otra allá. La pistola desapareció del aire, la burbuja de irrealidad se rompió y tanto la vida pedestre, bulliciosa de aquel local como su olor a carne quemada volvieron para hacerse presentes entre nosotros. Aquello era el Burger King, Madrid, España, ya no más un *saloon* del lejano Oeste. Y estábamos a salvo. Mi doble había sido certero con su bravuconada. Había llegado desde su universo al mío para salvarme y salvarnos. Había derrotado al fanfarrón de la pistola.

Pero había otro tipo, el más descerebrado de todos los rapados, que no quería dejar pasar la oportunidad de protagonizar una película de Steven Seagal. Y cuando todo había terminado, la tomó conmigo. Cuando ya parecía que habíamos llegado al *The End* del cortometraje, me golpeó en la espalda con una tozudez digna de mejor cabeza. Él de pie y yo sentado, me empujaba contra la mesa, sin dejarme descansar. Me animaba a *salir fuera* con ofensas cada vez mayores, me provocaba, se agachaba a mi lado para expulsar el calor de su halitosis en mis mejillas.

—Venga, tú, gilipollas, salimos fuera. Sin pistolas, sin armas… Venga, tú, cretino, a ver si es verdad que puedes…

Y, plaf, otro golpe en la espalda.

El humor es amigo de los descreídos y enemigo de los solemnes. Y en el fanatismo hay grados de solemnidad. A mí, en la espalda me tocaba soportar la mano del hombre más solemne del mundo, de don Solemne, un Solemne con mayúscula, violento y sin dos dedos de frente.

Acabé en el hospital.

—Es posible que pierdas el testículo —me dijo el urólogo joven, con gafas redondas de intelectual, que me atendió tras los primeros auxilios.

Otro solemne. O, quizá, la cosa no estaba para bromas.

Y supongo que no me habría hecho gracia un chiste en aquel momento.

Tras la patada, en la que sentí que el peso del universo se concentraba en mi huevo derecho, hice un chiste al agresor para atemperar su mala baba. El instinto tiene giros humorísticos que desconciertan hasta al verdugo. Está el detonante, que dicen los guionistas (la patada en los huevos), y el giro narrativo, la sorpresa (el chiste). La solemnidad a veces se recoge como la cabeza de una tortuga en su caparazón.

—¡Viva la Instituto Tecnológico de Massachusetts! —grité.

—Para ya, Nacho, que está delirando.

Y se fueron, dejándome tirado en el suelo, con la luna imperturbable sobre el lugar exacto de mi derrota: la plaza de los Cubos de Madrid.

Y yo:

—¡Viva la Instituto Tecnológico de Massachusetts!

Y el huevo grande, hinchado y blanco, como la luna imperturbable que me contemplaba.

Unos días después, los periódicos dieron cuenta del suceso. Hasta salí en radio y televisión; no yo, pero sí la noticia. «Detenidos dos de los "skins" que pegaron a unos jóvenes en una hamburguesería», tituló *El Mundo*. «Dos skins detenidos por una brutal agresión en una hamburguesería», *ABC*. «Dos rapados de Bases Autónomas pegan a un joven en un Burger King», *El País*. Aún la tengo. La firmaba Jan Martínez Ahrens: «La violencia *rapada* se sirvió en el Burger King. Fue el pasado 12 de enero y corrió a cargo de miembros armados del grupúsculo neonazi Bases Autónomas, quienes golpearon en los testículos a un joven. Dos de los sospechosos fueron detenidos este miércoles por la policía. Ayer pasaron a disposición judicial. La reconstrucción de los hechos muestra su agresividad. Los rapados, siete en total, irrumpieron sobre las 23:45 en una hamburguesería de la calle de la Princesa, en la denominada plaza de los Cubos. Tras unos minutos de vacilación, se dirigieron hacia unos jóvenes que consumían tranquilamente "¡Os voy a volar la cabeza!". V. V. P., de 20 años, soltó la amenaza al tiempo que encañonaba al asustado grupo con una pistola del calibre 45…».

Por la mañana simulé un ataque al corazón; por la tarde me fui a nadar. Pero la piscina municipal estaba cerrada, y Alessia me dijo que los cardiólogos habían desaconsejado cualquier ejercicio durante seis meses. A cambio, me sumergí en la vida social, que también es líquida y por tanto una forma de natación, y le regalé unos bombones negrísimos a la vecina. Buceé en «el aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias», frase críptica que empleaba mi profesor de filosofía callejera, el gran Piera, cada dos por tres, un viejo amigo que falleció tristemente en Cádiz tras una dolencia fulminante, de esos tipos cuya presencia no desaparece con su muerte, que revive en tu recuerdo sin saber muy bien por qué, de pronto, de golpe, en cualquier momento del día o la noche, siempre para darnos apacibilidad, y entonces te das cuenta de que aquel amigo te tenía un cariño grande, y dejó su semilla de bonhomía en ti y ahí crece y se desarrolla para dar sus frutos. Si había que decir un buenas tardes o un buenas noches, un gracias o un pésame sentido pero forzoso (en un funeral, por ejemplo) el gran Piera decía:

—Es el aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias.

Era todo un filósofo el gran Piera, un filósofo que solo se entendía él y ahí radicaba la gracia de sus aforismos. Había que oírle decir en la barra del bar, siempre con un ojo cerrado como Popeye, siempre con la complicidad del camarero, rendido a su labia, a su postura, a su corpachón, a su voz:

—Esto es el aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias.

El camarero ponía cara de comprender lo incomprensible. Y entonces el gran Piera aprovechaba la vanidad del tipo para lograr un trato de favor:

—Repónmela, anda, que la copa tiene un agujero y se me ha ido el vodka por abajo.

El vodka era el dios del gran Piera.

Y regresaba la copa al gran Piera con más dios que antes, y con mejores frutos secos, unas almendras, por ejemplo.

Se ganaba a los camareros como un crupier se gana los dineros de sus clientes, dándoles confianza; como los predicadores se ganan a sus seguidores, dándoles Dios. Pero yo no estaba delante del gran Piera, sino delante de la vecina que me había salvado la vida a mediodía sin que, en puridad, hubiera nada que salvar.

—Lo siento —le dije.

—Para eso estamos.

—Gracias.

—De nada.

—Pensé que me moría.

—Lo sé.

—No quise molestar.

—Vale.

No encontraba las palabras para expresar mi gratitud y mi arrepentimiento, mi vergüenza. A veces las palabras no llegan cuando se las convoca, y uno está tentado de lanzar un berrido o unos vocablos inventados, pero adecuados para expresar la emoción inefable.

—Lobun abalón —le habría querido decir.

Pero no me atreví.

—Gurubunda —me tendría que haber contestado ella.

Recuerdo que tú, Rebecca, tenías una pareja de amigos que en ocasiones rezaba en lenguas bíblicas, lenguas que ni siquiera ellos comprendían, entraban en éxtasis y soltaban palabros extravagantes por la boca (con acento norteamericano, eso sí).

—Yo le pido a Dios que me conceda ese don —me dijiste una tarde, durante uno de nuestros paseos por el bosque tenebroso.

Me sorprendió aquel rasgo de vanidad. Pero quizá querías comunicarte con Dios sin el límite de los significados, con el libre caminar de los significantes salvajes, sin la domesticación del vocabulario, del diccionario, de la convención pecadora de los hombres.

Como yo con la vecina.

Estaba en la búsqueda de un concepto inédito, nunca pronunciado ni escrito, en la captura de una locución deslumbrante, original, rezaba para que Dios me la concediera. Igual que Kafka había logrado generar un adjetivo insólito, al manejar las palabras con finura y desparpajo, para lograr describir lo kafkiano, o sea, nuestro mundo, yo estaba peleando por encontrar un término para mi mundo pequeño y concreto.

Finalmente, el concepto vino al rescate, pero no era una creación mía, sino del gran Piera. Había entendido lo que él quería decir. Todo cuadraba. El mundo, mi mundo, estaba bien descrito cuando le dije a la atribulada vecina:

—El aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias.

—¿Cómo dices?

—Te hice beber el aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias.

Y luego hablé mucho, demasiado, porque en realidad el sintagma solo era comprensible para mí.

La vecina sonreía con impecable educación.

—Perdona —me dijo, al cabo de un rato—. Tengo una empanada en el horno.

Y desapareció.

Qué casa tan desordenada, pensé, cuando la ausencia de mi vecina

me permitió ver las tripas de su hogar, en las que no había reparado cuando me tumbé en su sofá para recibir la visita de la Voz. Ves todos los días a una vecina de la que no sabes nada, solo que su marido riega tu ropa tendida, y de repente te encuentras, caja de bombones mediante, con las vísceras de su hogar. Un hogar con perro pachón gordo, viejo y apacible, con dos gatos negros y un canario desteñido. Un hogar catastrófico, que olía a mascota. En el que había una empanada en el horno a punto de quemarse, aunque no se oliera ni la harina ni el atún ni el tomate ni mucho menos el fuego.

¿Qué era el aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias en ese contexto? Muy fácil: la matriz rugosa del perfecto silencio. El teléfono graso del sueño generoso. La mirada simia del que moja gallinas en sopa cándida. No era nada, pero lo era todo. Era, en definitiva, la brocha golosa del señuelo blanco. O sea, mi manera de decirle que le había tocado lidiar con la más fea: socorrer a quien no necesitaba socorro. Auxiliar a quien debía estar en casa cocinando lentejas con chorizo para su hija. Sin saberlo, yo había interpretado a un infartado según el método Stanislavski de interpretación, el de James Dean y Paul Newman, y sin pasar por ninguna academia de arte dramático. Sin saberlo, yo era otra vez aquel chaval que se subió a un escenario y ganó el premio al mejor actor de la Universidad Complutense haciendo de Germán en *Lázaro en el laberinto* (de Antonio Buero Vallejo).

O sea que me arrepentía de haber actuado tanto, por el aceite lúgubre, y me sentía agradecido por su reacción cívica de auxilio, esas buenas tardes obligatorias.

Mientras me alejaba por aquel pasillo infinito, con el recuerdo amargo de la puerta cerrándose delante de mis narices —qué sorprendente brusquedad la de mi vecina para despedirse—, seguí rememorando el episodio de juventud que le había contado para explicarle el método Stanislavski: en el grupo de teatro de la Facultad de Derecho teníamos un director, que ostentaba o detentaba tal cargo sencillamente porque se postuló primero que nadie. Joven como nosotros, estudiante como nosotros, pero autoritario y competitivo como un político feroz, tenía el dedo índice siempre dispuesto a señalar con una acusación, una burla o un rechazo a quien se opusiera a sus intenciones, a menudo turbias y caprichosas. En el grupo reinaba el terror. Aquello era un régimen a lo Pinochet, a lo Trujillo, a lo Ceaucescu —dictatorial, en suma—, porque si te quejabas o protestabas o replicabas a una orden desaparecías sin dejar rastro, te borraban del plantel de actores principales y te convertías en el figurante tercero o cuarto, te desterraban a las sombras laterales del escenario; incluso te mandaban cargar con el mobiliario entre acto y

acto. El miedo nos movía. El miedo nos miraba. Los ojos de todos daban miedo, y eran producto del miedo. No criticabas al director porque creías que quien tenías delante era su partidario o, cuando menos, alguien dispuesto a delatarte por una palmada en la espalda o por una sonrisa del mandamás. Todos simulábamos ser sus fieles acólitos.

Pero un día un gesto, una palabra, un lejano eco de burla te hacían vislumbrar la pálida señal de una complicidad en el hastío. Otro día confirmabas la impresión yendo un poco más allá. Y paulatinamente se abría paso una retórica subterránea de la rebelión. Cuando te querías dar cuenta, la insurgencia estaba en marcha y el grupo se estaba conjurando contra el tirano como el fuego contra el bosque. A él solo le quedaba cerca su encantadora y astuta novia, la que había escalado dentro del grupo gracias a su vínculo sentimental (decían las malas lenguas). Era cuestión de tiempo que el matrimonio Ceaucescu cayera del pedestal. Pero antes: los escarceos postreros, los coletazos moribundos, la represión desesperada previa al último estertor.

Estábamos en el auditorio de un colegio mayor importante, el San Juan Evangelista, el Johnny, y Lázaro, el personaje protagonista de nuestra obra (que, por supuesto, interpretaba nuestro director), sufría un cólico en escena, carraspeaba, se tocaba el estómago como si tratara de contener la huida de las tripas, se mesaba el cabello dejando caer sobre las tablas algunos mechones. Estaba siendo espectacular su transformación en hombre lobo, salvo por un problema: no era lo que se esperaba del personaje. El director se estaba pasando con la improvisación, se salía del escenario y paseaba más allá del telón para luego volver al proscenio con el telón aún temblando, tosía, murmuraba imprecaciones inaudibles y era asombroso verlo desarrollar un papel que no era el suyo, pero que mantenía al público en vilo, hipnotizado, con un silencio perfecto. Yo tenía que salir a escena y no veía el momento, porque Ceaucescu demostraba que no solo era un tirano, sino también el mejor actor del mundo. En él teníamos a Marlon Brando, a James Dean, a Jack Lemmon, a Harvey Keitel, a Daniel Day-Lewis, a Fernando Fernán Gómez y a Javier Bardem juntos. Joder, qué tío. El universo entero estaba pendiente de aquel Lázaro insólito, brutal, y hasta el propio Antonio Buero Vallejo, a quien habíamos invitado para presenciar la obra desde la primera fila, se maravillaba —sus pupilas como luces en la niebla— ante el prodigio dramático de nuestro director, el mejor actor que nunca ha pisado la tierra.

Entonces, ocurrió:

—No puedo, lo siento —balbució—, no puedo seguir.

Nos miramos y el estupor de su rostro se extendió por el nuestro, el de todos los actores y actrices que observábamos la escena entre

bambalinas.

Queríamos que fuera un ataque de debilidad efímero, imperceptible para los espectadores, y yo aún me preparé para mi entrada, confié en la improvisación de un latiguillo que pudiera encauzar el desastre. Pero qué va. Hubo que suspender la obra. Hubo que excusar la lipotimia o el bajón de azúcar del director y protagonista (un ataque de pánico, en realidad), hubo que criticarlo gravemente cuando él y su novia se apartaron para llorar en un rincón y aceptar su derrocamiento lamiéndose las heridas, tras habernos jodido la obra delante del mismísimo autor (a quien tanto nos había costado traer).

Meses más tarde ese director dictatorial, ya derrocado, fue el primero en visitarme en el hospital tras la agresión de los cabezas rapadas, y pude ver en su gesto la generosidad que era también marca de su liderazgo. Era algo tiránico, sí, pero tenía su corazoncito y su carisma (y sabía alimentarlo).

Siempre hay un relato cerca de nosotros, da igual la hora y el lugar, basta una interrelación adecuada de elementos. Con cuatro basta: director, resentimiento, teatro y fracaso. El director como personaje, queridos alumnos, queridas alumnas. El resentimiento como motor de la acción. El teatro como escenario. Y el fracaso como destino inevitable del protagonista. Mujer, casa, desorden, empanada y horno. Aquí hay otro. Con cuatro o cinco elementos se pueden enlazar infinitos argumentos para un cuento, para una novela o para una vida desastrosa. Y si se mete un crimen, la cosa ya va sola. Una vez, con dos amigos, fui al Pirineo oscense para una semana (los Pirineos, como escenario, mis dos amigos y yo como personajes, la pereza, mi pereza oculta, como motor del relato y el regreso a Madrid como deseo oscuro, inaplazable). A pesar de mi juventud (veintiséis años o así), tenía la madurez suficiente y me preguntaba qué hacía caminando por esos riscos de Dios cuando podía estar en la cama o en el sofá de mi casa leyendo o viendo la tele o mirando al techo. Al cuarto día les comuniqué a mis dos amigos que no podía más, que me quedaba en el albergue.

—Estoy muerto —les dije, para apuntalar mi decisión.

Uno de ellos comprendió mi cansancio mortal. El otro, cuadriculado, repuso que no podía ser, que debía resucitar. Apartó los cafés y las tostadas, desplegó un mapa sobre la mesa de roble de la taberna rural y nos mostró los itinerarios kamikaze que había planificado para nosotros. Acto seguido, vomitó y cayó al suelo cadáver.

Qué alegría, tú.

Andancio, diagnosticó el médico. Reposo obligatorio.

Al día siguiente regresamos a Madrid con él, zombi.

Recuerdo el techo de mi habitación en cuanto me tumbé sobre la cama: tenía ronchas de humedad y una bombilla desnuda…

¡Era tan hermoso!

Mi amigo cuadriculado se fue a vivir a Australia.

Me pregunto qué locuras estará haciendo por allí.

También me lo preguntaba en el hospital.

En Urgencias cualquier recuerdo es grato; más aún si se trata de eludir el hedor de quien no para de hacérselo encima. Mi abuelo solía decir que lo peor de la guerra (y hablaba de la guerra civil española, claro) no radicaba tanto en los disparos del enemigo como en la incomodidad de las botas o del frío que traspasa el abrigo liviano o el olor del compañero de trinchera. Los recuerdos se relacionan con detalles de intendencia y una vez se asume el ingreso en el hospital o en el frente, salvando las distancias, lo importante no es la gran tragedia de la guerra o de la enfermedad, que se asume, sino el pequeño drama de los garbanzos duros como piedras y, encima, sin sal.

La comida sosa del hospital estaba bien, dentro de lo malo; lo que estaba mal, muy mal, era la sinceridad intestinal del vecino de cama, que me iba matando poco a poco.

—Señorita —le dije a una enfermera—. No puedo más.

—Es lógico. El hospital cansa.

Pero creo que no me entendió o no quiso entenderme.

Y se fue dejándome solo con aquel dolor.

La promesa de una habitación en Cardiología se demostró imposible a las once de la mañana, querida Rebecca, y eso que le pedí ayuda a Dios.

—No hay habitaciones.

No me dio la mala noticia la médico alta, guapa y severa, con la que había establecido una complicidad del puro convivir con su presencia, sino su sustituto barbudo y colorado. Sus mofletes eran dos estufas. Iba y venía, de aquí para allá, repartiendo su amable antipatía entre los enfermos, y digo amable porque era como si quisiera caer bien pero cayera mal o como si reprimiera con dificultad pero enorme fuerza de ánimo su natural animadversión hacia los pacientes. Y cuando se acercaba a mí no solo me llegaba su antipatía, sino también el aroma del orujo que se bebía a escondidas. ¿Cuándo? ¿Dónde lo hacía? ¿Cómo disimulaba su petaca? Eso mismo quería saber yo. No lo perdía de vista. Lo vigilaba. Lo veía debatir con los demás sanitarios y dar órdenes sin trastabillarse ni con las palabras ni con los pies.

—Ese médico va borracho —le dije a Alessia.

—Imposible.

—Huele a alcohol y está colorado, míralo.

—Hace mucho calor, no me extraña.

—¿No te extraña que huela a alcohol?

—Que esté colorado.

Entonces el médico se acercó para decirnos no sé qué, y llegó su alcoholismo hasta nosotros.

—¿Lo has notado?

—No.

—¡Pero si es evidente!

—Es evidente que deliras.

Durante todo ese domingo, hasta que por fin el borracho me anunció que me subían a planta contemplé con admiración cómo dirigía las Urgencias. Lo hacía con aplomo, con maestría. Incluso se atrevió a llamar a la casa de una adolescente borracha para anunciar a sus padres que la cría había llegado al borde del coma etílico en un taxi en el que la metieron sus «amigos», y dijo amigos así, con un matiz peculiar, con una habilidad asombrosa para poner las comillas con la mera dicción. Luego llegó el padre de la adolescente, con aire de borracho, estrechó la mano del médico, acarició el rostro de su hija, que empezaba a salir del k. o. gracias a unas inyecciones de vitamina B2, y los tres borrachos conversaron e incluso rieron juntos. Debe de ser bonito ser un borracho y encontrar a otro borracho en medio de la burocracia hospitalaria, como ser albino y hallar a un igual en una guerra africana.

—No hay más que verlos para percibir la borrachera que llevan encima.

—Que no, que no es posible —replicaba Alessia, que ya no creía solo en la enfermedad de mi corazón, sino también en la enfermedad de mi cansancio o de mi fiebre.

Y es cierto que en el hospital puede aparecer pronto el hartazgo como subtrama de la enfermedad, hartazgo que se traduce en mareo y en ira, ambos juntos, que se vuelve psicosomático; porque, si la dolencia es cardiaca, uno debe permanecer quieto, sujeto por cables a los aparatos, sin acceso al váter, que termina convirtiéndose en un objeto tan inalcanzable como una obra de Duchamp. Uno pagaría cualquier cosa por sentarse encima de eso, a salvo de posturas imposibles sobre el colchón, uno sueña con cerrar la puerta con pestillo, sin las cortinas movedizas, que ocultan menos de lo que prometen y se abren en el momento más inoportuno: «Uy, perdón, le traía la comida». Prohibido tocar el váter de Duchamp. Prohibido tocar el váter al que sí va ese anciano con su percha de suero, y

aquella mujer de pelos desgreñados y la mirada fija en ti, siempre sus ojos turbios en ti cuando se dirige al baño —como diciendo, yo sí puedo—, o el joven fumador con su culo plano, feo y peludo al aire, quién sabe si va a fumarse una colilla con la excusa (no creo, saltarían las alarmas).

—Disculpe, enfermero, ¿no podría ir al excusado un momento?

—Ya sabe que no, pero si quiere le traigo la cuña.

—Yo es que no puedo hacer *eso* en la cuña…

Entonces llama al médico y mantengo una discusión con él, y él, a pesar de estar borracho, no cede en su intolerancia. No es una discusión, es una charla, pero por debajo de la cortesía y de la buena educación hay una pelea a vida o muerte. Necesito franquear esa puerta blanca abierta para todos menos para mí. Necesito honrar el arte de Duchamp.

Estoy por ofrecerle alcohol de contrabando al médico, pero no hay ley seca con la que intentar el soborno, no hay tampoco complicidad ni solidaridad en el doctor, no hay más que su cerrazón: este hombre es un tímido que no pierde su timidez ni cuando se emborracha. La timidez lo salva de ir dando la nota por el hospital, le permite ser sobrio en la ebriedad, tiene el don de la ebriedad pero llevado con bata verde y mofletes rojos, la bandera de Portugal, y el talante de un militar en guerra, acostumbrado a mirar la muerte cara a cara y con la petaca bajo el chaleco antibalas.

—Siempre la claridad viene del cielo… —le digo en un último intento de romper su coraza profesional y evoco al poeta Claudio Rodríguez.

—Es un don —asiente.

—No se halla entre las cosas, sino muy por encima.

—Y las ocupa haciendo de ello vida y labor propias.

—Así amanece el día. —Y me entusiasmo, me incorporo en la cama, me veo cada vez más cerca de Duchamp.

—Así la noche cierra el gran aposento de sus sombras. —Y se aleja dándome la espalda.

Y entonces, no sé cómo, tengo una revelación y descubro que lo que huele a orujo no es su aliento, sino el gel hidroalcohólico con el que se limpia las manos a los pies de mi cama cada vez que se acerca, cada vez que hace el esfuerzo de sonreírme y me desplanta sonrosado, poético y cruel.

La poesía tiene, como el humor, mucho de refugio íntimo, impenetrable, pero no sé si consuela, pues provoca lucidez, o sea, dolor en quien lee (si la poesía es buena, claro). Los poetas, curiosamente, tienen fama de malas personas. Y puede que lo sean.

Los mejores poetas que he conocido eran sobre todo inteligentes, pero no de la cabeza, sino de las vísceras. Recuerdo a un chaval de la Facultad de Historia que presumía de ser de Pan Bendito y de ser poeta; por este orden. Primero venía su barrio y luego su poesía, que era emocionante y genial, improvisada en servilletas, papelillos de fumar o márgenes de los manuales universitarios. Nunca había visto a nadie escribir con tanta facilidad tan buena poesía y, además, presumir de ser de Pan Bendito, y entonces uno se daba cuenta de que estaba bien que así fuera, que Pan Bendito también podía ser un lugar del que alardear y sacar pecho, eso que se llama el orgullo de clase, una suerte de vanidad poética del derrotado.

De todo lo que yo podía vanagloriarme frente a tal poeta mayúsculo es de haber residido en Notting Hill, Londres, durante mi primer año de vida, cuando era un barrio complicado (nací en Inglaterra, por motivos laborales de mis progenitores), y que luego, de regreso a Madrid, asistí a una guardería anarquista. Una vez intenté hacer una poesía con ello y terminé borracho, porque ni con el cuarto *whisky* conseguí un endecasílabo decente. A mí qué coño me importaba Notting Hill, en realidad, que además se había transformado con el paso de los años en el barrio más hípster del mundo, donde vivía hasta Hugh Grant. Dicen los que entienden, los grandes escritores (hablo de Cortázar, de Delibes o de Kurt Vonnegut), que lo más importante del texto no es tanto la verosimilitud como la sinceridad (y una cosa lleva a la otra), que es como decir que el escritor no debe elegir el tema sino soportarlo, lo de Flaubert o Vargas Llosa.

Yo podría haber soportado bien un poema sobre lo poco que me importaba el Notting Hill de mi infancia y lo ajeno que estaba a mi vida afectiva, pero me dio por hacer un canto de amor a un barrio inventado.

Por eso fracasé. Aquella poesía del poeta de Pan Bendito, sin embargo, me llegaba muy adentro, deseaba hacerla mía, ser su creador, intentaba imitar esos poemas suyos que describían un mundo peculiar, más rural que urbano, como si rindiera profundo homenaje a sus progenitores, llegados del agro a la ciudad. Pero un día me lo encontré en el supermercado Día de mi barrio y me contó que en realidad él tampoco vivía en Pan Bendito, que para él era «un territorio mental».

Había pasado por allí, había oído algo.

Y recordé lo que me dijo una vez el gran Piera, desde la autoridad que le daban su experiencia de años y su cultura filosófica (cuatro lustros mayor que yo):

—Suelen presumir de barrio los que pueden dejarlo cuando quieran.

Él nunca presumía de Orcasitas, por ejemplo, porque estaba allí anclado, pese a toda su pelea vecinal por mejorarlo.

La mejor obra narrativa de los escritores es su nota biobibliográfica, decía también el gran Piera en otro de sus aforismos nutritivos. Ha trabajado de mozo de almacén. Ha sido minero. Tornero fresador en Argelia. Mi padre me pegaba con una fusta de caballo los martes y jueves. Perdí el brazo en una batalla. Venga ya, manco, ese brazo no lo perdiste en Lepanto, cachondo. Cuéntanos, Miguel, cuéntanos la verdad. Cuéntanos, querido, cómo escapaste de la ira del renegado griego que te tuvo preso y esclavo en Argel. Ahí sí hay historia. Pero, claro, si te preguntamos tú respondes lo de siempre:

—La libertad, tronco —guau, qué cheli te pones, Miguelón—, es una de las movidas más cojonudas que a la peña dieron los cielos; con ella no pueden igualarse las movidas que encierra la tierra ni el mar tapa; por la libertad y también por la honra se puede y debe arriesgar la vida, y, por el contrario, el talego es la peor mierda posible.

Que sí, que vale, pero cuéntame qué hiciste en Argel, colega. Porque a los demás, cuando les sorprendían en una huida, los empalaban o los apaleaban hasta la muerte. ¿Cómo te libraste de tan monstruosos finales si te pillaron cuatro veces en el intento de escapar?

¿Qué vio en ti el griego, Miguel?

Pobre Miguel.

El mejor escritor de todos los tiempos, el más valiente también.

Él hizo lo que pudo por sobrevivir y menos mal que sobrevivió: todo cuanto padeció en vida le hizo comprender al ser humano como nadie y, lo más difícil: consiguió proyectarlo en el papel.

El escritor es un mentiroso compulsivo que logra canalizar su vocación mediante la escritura de libros que nadie lee. Si empiezan a leerse, sus libros dejan de ser libros para transformarse en *best sellers* (como la propia Biblia, Rebecca), una categoría distinta, que tiene muy mala prensa y a la vez toda la prensa a favor (copa las páginas impares de los periódicos llamados serios). Entonces el escritor se vuelve un oráculo al que se le pregunta incluso sobre política, cuya opinión tiene más valor que la del piloto de avión que ensucia los cielos o la del pocero que limpia el subsuelo. Y todos los escritores queremos dejar de escribir libros para redactar *best sellers* (nótese la envidia en la elección del verbo). Porque todos sabemos que hay más cercanía entre el libro editado con ISBN de ventas discretas y el autoeditado o inédito que entre aquel y el *best seller*. El *best seller* es otra cosa, es entrar en otro ámbito, en otra liga; en la liga del dinero y del poder. En la de los futbolistas, paradigmas del éxito en la sociedad

de hoy.

Un futbolista jamás comprará tu novela, pero sí tu *best seller*. Incluso puede que hasta lo lea (al menos, la contraportada).

Esto no lo digo yo, lo decía el poeta de Pan Bendito antes de que me enterara de que su poesía era también un fraude. Pero tenía buen gusto el impostor, pues elegía a Claudio Rodríguez y a José Hierro para sus expolios. Lo tenía todo para ser escritor de éxito: era mentiroso, fabulador, borracho, fumador, caradura, pedigüeño, vanidoso, tenía el carnet de algún partido político, no recuerdo cuál, y una sonrisa agradable, pero le faltaban las ganas de sentarse a escribir y desarrollar el talento o ponerlo a prueba. Prefería saltarse ese proceso incómodo y directamente disfrazarse de poeta amable, torturado y sonriente. Lo cual era un pequeño obstáculo para su genialidad.

Por lo que sé de él, hoy es un genio vendiendo teléfonos móviles a puerta fría, que es ser un actor de la realidad más sucia, o sea, del realismo sucio, de la sucia supervivencia. Muchas veces pienso en él y en su perenne sonrisa. ¿Qué pasará por su mente? Iba para poeta genial, iba para historiador de renombre (porque también era estudiante sobresaliente), pero se quedó varado ante la puerta que se abre (cuando se abre) y de la que casi siempre surge un tipo malencarado, en pijama o calzoncillos, que dice:

—No me interesa, gracias.

Supongo que les recitará algunos de sus poemas geniales:

—Verde que te quiero verde.

—¡He dicho que no!

—Verde viento. Verdes ramas.

—¡El barco sobre la mar y el caballo en la montaña! —Y el cliente le cerrará la puerta, gélida, en las narices.

Dicen que la poesía ablanda el corazón de las doncellas. Si nos atenemos a la primera novela importante de la península ibérica, *Tirant lo Blanc*, más que la poesía lo que ablanda el músculo cardiaco de la damisela es que el pretendiente le saque los ojos al rey de Polonia. Ya no vivimos en tiempos de Tirante el Blanco, empero, ahora los ojos se sacan con drones y misiles teledirigidos, llevándose por delante incluso a la doncella. Recuerdo que a mí me gustaba mucho un poema de César Vallejo y que, en imitación del poeta de Pan Bendito, se lo recité como si fuera propio a una chica de mi facultad, una chica que me parecía muy inteligente solo porque tenía unas tetas y un culo que no me dejaban pensar. Todo el mundo me decía:

—¡Si es tonta!

Pero yo no podía concebir que semejante templo lo habitara un cerebro pacato. Así era yo entonces, así fui yo en aquella época. La belleza confunde, el deseo trastoca la imaginación, la hace tomar el control y practicar el autoengaño.

Nuestros amigos se habían ido uno a uno, poco a poco. Estaba solo con ella en un bar de Moncloa y saqué el poema. Era mi oportunidad.

—Mira, Claudia —le dije—: «Amada: no has querido plasmarte jamás / como lo ha pensado mi divino amor. / Quédate en la hostia, / ciega e impalpable, / como existe Dios».

Al día siguiente me llamó una amiga común y me dijo que ella le había dicho que yo era un coñazo, que le había aburrido mucho, recitándole «no sé qué hostias».

En el cortejo amoroso, uno tarda en comprenderlo, lo más relevante no es tanto recitar poesía como encontrar un cauce de comunicación con la persona deseada. Si la tía pertenece a los Ultras Sur o su entorno, como era el caso, no puedes acudir a Vallejo. Y viceversa, si la muchacha simpatiza con Vallejo, quizá lo mejor no sea que la invites al Bernabéu. Pero esto, clave en el cortejo amoroso, me costó asimilarlo. De manera que uno invitaba a la chica lírica al partido de fútbol, y a la chica futbolera al recital de poesía. Así que no terminaba de dar con la clave de la cosa. Solo sabía que había que disimular los nervios. Y qué difícil es para un cuerpo joven estarse quieto cuando las hormonas soliviantan el instinto y aturden el cerebro. Qué difícil también recitar de memoria un poema romántico cuando uno está pensando en sexo, o sea, cuando uno ha dejado de pensar.

Y todo para nada, qué hostias.

El arte de la paciencia, tan conveniente en el cortejo amoroso, como mejor se aprende es en la venta a puerta fría. Aún cursaba la carrera de Derecho (había abandonado Historia después del primer curso) y entré a trabajar de comercial en una compañía de seguros, igual que el poeta de Pan Bendito con los móviles, pues la Facultad de Geografía e Historia, como la de Filología y como la de Bellas Artes, han sido el gran vivero de comerciales de España. Las tres primeras semanas me pusieron bajo la tutela de un vendedor veterano, que era un chaval de treinta años (pero entonces yo lo tenía por un señor) y también de Pan Bendito (pero este de verdad).

—Mi abuelo nació en Chamberí —solía decir, intentando salir del barrio simbólicamente.

Llevaba en la empresa desde los quince años y poseía esa actitud admirable, alegre, que solo logran los peces. Pero él no era infantil ni budista ni borracho: configuraba su personalidad con el consumo

constante de hachís. Me dio una lección que no he olvidado jamás. Se lio un porro, me lo pasó y dijo:

—En la batalla del comprador contra el vendedor gana el último que habla.

—¿Qué quieres decir?

Me miró desdeñoso.

—Que hay que estarse calladito.

—¿Pero cómo le vendes el producto al cliente, si no puedes mencionar sus virtudes?

Me quitó el porro. Estuvo fumando un rato sin decir nada.

—Tú no hables —dijo—. Deja que hable él y el producto se vende solo.

—Vale.

—Vamos.

Jacinto aseguraba que las personas estaban tan necesitadas de desahogarse que, si lo lograban, luego mostraban su agradecimiento comprando lo que fuera a cualquier precio, una Thermomix, un juego de cuchillos, una enciclopedia, un seguro de decesos, daba igual, lo importante era darles la oportunidad de desnudar su alma delante de un desconocido, de alguien que jamás podría echarles en cara sus debilidades, miserias o misterios. Porque, según Jacinto, los relatos de los clientes tenían dos vertientes: por un lado servían de desahogo emocional, por otro, canalizaban la vanidad insatisfecha.

Y, con el desahogo cumplido o la vanidad saciada, llegaba la compra.

Estábamos en el barrio de Salamanca, en una calle lateral, sombreada, en la que apetecía quedarse a vivir aunque la solemnidad de algunos balcones diera no sé qué.

—Tengo un tío segundo que vive por aquí cerca —dijo Jacinto, corroborando una vez más que era de Pan Bendito.

Vimos que el conserje salía muy espigado, muy estirado y seco a fumarse un cigarrillo con otro conserje rechoncho de unos metros más allá (parecían Quijote y Sancho) y aprovechamos para colarnos en su fortaleza. Subimos hasta el piso más alto, el quinto. Yo estaba mareado por el hachís y me reía sin parar, como el novato que era.

—Recuerda: silencio… —me dijo Jacinto—. El silencio le forzará a hablar y desahogarse, y entonces estará perdido.

Entreabrió la puerta una mujer asustada, más de setenta años, que mantuvo la cadena puesta. No dije nada.

Ella me saludó:

—Hola, ¿qué desea?

Jacinto me contemplaba pegado a la pared, sin mostrarse. Enarcaba las cejas, parecía incitarme a hablar, pero aún recordaba que

su orden había sido la contraria.

Mantuve mi mutismo.

En el piso se oyó una voz lejana, ronca y desagradable como un taladro:

—¿Quién es, Fortunata?

—Un chico que no habla, parece extranjero.

Rompí a reír y, cuando se acercó el marido por el pasillo, escapé escaleras abajo. Durante unos minutos eternos estuve esperando a mi compañero en un parque cercano desde el que divisaba el portal. Entonces salió él y lo vi venir hacia mí muy tranquilo, muy zen, muy borracho de satisfacción.

—¿Dónde estabas? —me dijo, liándose un porro.

—Me he puesto nervioso.

—Si te asusta la gente, no vas a vender nunca nada a nadie, colega… —dijo—. Te has quedado sin la comisión de la venta.

Le había vendido un seguro del hogar al marido, a la señora y al cuñado, que estaba en el salón tomándose el vermú con unos cacahuetes. Lo que a mí me había producido risa, que ella se llamara Fortunata, a Jacinto no le dijo nada, le dejó indiferente, pero consiguió la complicidad de las víctimas.

Miré a Jacinto como si fuera un titán, un ser mitológico o divino, un dios vikingo o africano, daba igual, un ente sobrenatural con ojos y boca y con una mosca bajo los labios y sobre la corbata fina y negra, y cuando llegué a casa no pude probar la cena que mi madre me había dejado en la nevera. Acababa de conocer a un ser superior, pese a la aparente insignificancia de su físico y pese al poco interés que me causaba su conversación (salvo cuando hablaba de ventas). Dormí toda la noche, toda la mañana del sábado y estuve triste todo el domingo y sin probar bocado. De modo que la vida era eso. De modo que eso era hacerse un hombre. Ser un Jacinto. Llamar a las puertas y guardar un escrupuloso silencio. Y hacer por que te gustaran las personas que recibían tu presencia con antipatía o desagrado o temor. El silencio convertía al lobo en perro, al tigre en gato, al caballo salvaje en burro o mula de carga y al ogro temible en un anfitrión amable que te invitaba a un vermú y a unos frutos secos antes de firmar con una sonrisa sobre la línea de puntos de su pérdida patrimonial.

El lunes llamé a otro piso en la misma calle, en el portal de Sancho Panza. Y entré con mejor pie, pues Jacinto me dio la instrucción básica. Antes del silencio debía saludar y presentarme, no como la vez anterior.

—Hay que decir quién eres y para quién trabajas.

—¿Poner en contexto a la víctima?

—Llámalo como quieras.

Si la puerta permanecía abierta, si no se cerraba con un portazo, se entablaba la batalla.

—Hola, mi nombre es tal, vengo de la compañía de seguros cual.

Quinto A. La puerta se cerró.

—Hola, mi nombre es tal, vengo de la compañía de seguros cual.

Quinto B.

La mujer, en los cuarenta, de rostro raro pero atractivo, me miraba sin decir nada. Se cerró la bata azul a la altura del pecho, agarrando ambas solapas con una mano. Pude diferenciar sus carrillos de sus mejillas, que descendían hacia las comisuras de los labios y tomaban un aire más rosa, más dulce. Pude imaginar la vida de la mujer. Era guapa, sí, terriblemente guapa, un monstruo de belleza, pero también fea, dependía de cómo se la contemplara. El aceite lúgubre de las buenas tardes obligatorias. No parecía lista, pero tampoco tonta. Me figuré que se pasaría las tardes tirada en el sofá leyendo libros del salvaje Oeste con la bata entreabierta (quizá porque, mientras nos mirábamos, ella mascaba chicle como si fuera tabaco y a lo lejos podía divisar la figura de John Wayne yendo de aquí para allá en una pantalla curva y gigantesca).

—¿Ha pensado usted en hacerse un seguro de vida?

Me cerró la puerta en las narices y caí al suelo, de culo y herido de muerte.

—Te has adelantado —me recogió Jacinto, riéndose—. Atento, Billy el Niño.

Fuimos a otra puerta, el C, y nadie respondió a nuestra llamada. Bajamos al piso cuarto. Y se abrió la muralla, pero la cerraron en cuanto escucharon el saludo de Jacinto. Eran gente muy joven, tanto como yo, y estaban de fiesta.

—Esto puede pasar, pero no te lo tomes a mal… Tres de cada cuatro puertas se cierran, literal, gajes del oficio —dijo él—. Lo importante es mantener la concentración cuando el cliente abre… Yo pienso que estoy follando, así se me queda un careto alegre.

Llamó a otro timbre. Nadie abrió, nada se oyó en el interior de aquella vivienda. Jacinto hizo sonar el aldabón con dos golpes rotundos. Abrió la puerta Matusalén. El hombre andaba tan encorvado que parecía mirarnos desde las rodillas, pero elevaba los ojos por encima de sus gafas de leer con un orgullo indiscutible. Era un hombre de carácter, con chaqueta, corbata y chaleco, quizá un general en la reserva. Jacinto comenzó su presentación, sucinta y amable. Tan amable y sucinta, tan agradable al oído, que a mí me pareció que estaba recitando un verso de Miguel Hernández:

—Yo quiero ser llorando el hortelano. De la tierra que ocupas y

estercolas. Compañero del alma, tan temprano…

El hombre nos contempló largo rato, a él y a mí, se irguió un poco con ayuda de su bastón con empuñadura dorada, carraspeó. Compuso un rostro atento, pero no dijo nada. Nadie hablaba. Jacinto aguantaba con admirable estoicismo la mirada inquisitiva del viejo. Yo sabía que el nervio de la pelea se tensaba en el cuerpo fibroso de mi compañero, y también en el del viejo, que por momentos daba la impresión de rejuvenecer y ganar estatura. El anciano volvió a carraspear. Jacinto fue a hablar, o eso pareció, pero tan solo movió su nuez con una sonrisa, debía de estar fantaseando con una escena muy tórrida. El viejo me miró a mí, alzó las cejas, me lanzó una sonrisa de dientes grandes y luminosos (seguramente postizos), como si me lanzara una pelota, y no pude contener la tentación de responder, pues me sabía aquel poema de memoria («Elegía a Ramón Sijé»), nos lo había leído muchas veces el poeta falso de Pan Bendito:

—Alimentando lluvias, caracolas y órganos mi dolor sin instrumento, a las desalentadas amapolas daré tu corazón por alimento.

Nunca olvidaré la mirada de Jacinto, que ya no me volvió a tratar igual, que cambió el desdén ligero por el desprecio crudo. Crucé un rubicón, me adentré en su territorio para pisar las patatas y los cebollinos que tenía plantados y le estropeé la huerta, así me habló —te has cargado mi cosecha—, con esos términos metafóricos que reflejaban los orígenes rurales de su familia. Se fumó un porro sin invitarme, cagándose en todos los muertos del mundo, pero yo sabía que eran solo mis muertos: el abuelo Laurentino, el bisabuelo Pedro, el tatarabuelo Pablo, qué culpa tendrían ellos de lo sucedido, gente de campo, de manos grandes y hombros recios, «reyes de la minería, señores de la labranza» (que habría dicho Miguel Hernández). Y a la mañana siguiente, y a la otra, continuó enfadado. Y ya nunca se le pasaría el enfado. No volvió a dejar que le acompañara para ver cómo se manejaba con el silencio, me abandonaba en los parques, me dejaba solo, un poco asombrado por su desprecio, un poco abatido por su enemistad. Resultó ser un tipo rencoroso y difícil. Todavía, muchos años después, cuando ya ni me acordaba del nombre de la dichosa compañía de seguros, se cruzó de acera al verme venir en su dirección por la calle Princesa. Estuve pensando seriamente en perseguirle para proseguir el poema de Miguel Hernández y detallárselo hasta el final: «Tanto dolor se agrupa en mi costado, / que por doler me duele hasta el aliento».

Y lo que sigue: «Un manotazo duro, un golpe helado, / un hachazo invisible y homicida, / un empujón brutal te ha derribado».

Pero qué va, si yo entonces bajaba la calle con una norteamericana, Amanda Domarasky, que había venido desde los

Estados Unidos para visitar Madrid y España, y de paso, para visitarme a mí. Y ella me hablaba de cómo el catolicismo le había cambiado la vida, pero no el catolicismo tibio y formal de su adolescencia, sino el catolicismo salvaje de su vida reciente de mujer casada y fanática que era casi como oírte a ti, Rebecca, con tu Cristo protestante.

Hay veces en que uno tiene la impresión de que si se ponen en contacto dos individuos, el universo se desintegrará. Son tan distintos, pertenecen a mundos tan extraños que parece imposible su encuentro sin catástrofe general. Y nada se me antojaba tan inviable como la colisión de Amanda Domarasky con Jacinto Bermejo, así que cuando ya creía que toda la realidad iba a saltar por los aires, Jacinto cruzó el paso de cebra y se adentró en El Corte Inglés, librando a la humanidad de su desintegración.

Menos mal, pensé, su rencor nos ha salvado.

Y Amanda continuó hablándome del misterio de la inmaculada concepción.

A la gente hay que ponerla a prueba para saber de qué pasta está hecha, que es lo mismo que sacarla de su zona de confort (dicen los gurús del *coaching*, pero también los guionistas). El sonriente se muestra rencoroso; el silencioso puede ser de pronto un ejemplo de elocuencia; el tímido, un líder. Normalmente te puedes ahorrar la prueba si el tipo presume de no aceptar una derrota ni cuando juega a las canicas. Cuando alguien dice eso no necesitas más indicios para saber que estás ante un fascista, vote lo que vote, o, en el mejor de los casos, ante un tipo competitivo que solo conviene tener cerca si es para que forme parte de tu equipo de fútbol. Si no, para qué. Va a ser alguien que te discuta todo aunque no sepa nada de nada, alguien que si tú vas cinco minutos al cuarto de baño él querrá ir seis. Si no lee, hará que lee, si no escribe dirá que lo que tú escribes es una mierda. La persona competitiva es envidiosa, en ese sentido deletéreo que desemboca en el desprecio. No es que le habría gustado escribir el *Quijote*, como dejó dicho Fernando Fernán Gómez en una memorable entrevista de televisión, es que asegura que el *Quijote* no es para tanto.

Y ahí está el prologuista del *Quijote* de Avellaneda (del que no se sabe si fue su mismo autor o no), que acusa a Cervantes de envidioso. El envidioso acusa de tal al envidiado. Cosa normal también.

Yo he descubierto de qué madera estoy hecho siempre que me ha pasado un suceso inesperado, pero también siempre que me he comportado según lo previsto. En lo imprevisto tiendo a la temeridad y en lo predecible tiendo a encogerme como una tortuga: por voluntad propia, pocas veces salgo de la zona de confort, ¡con lo que cuesta amueblarla! La temeridad y la cobardía son dos caras de una sola

moneda. La temeridad tiene poco que ver con la valentía, conlleva un riesgo innecesario, destinado a la derrota de quien en realidad no quiere dar la pelea, sino perder la pelea con el orgullo intacto; es el suicidio del rabioso («porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo»). De manera que si aquellos *skinheads* me mandaron al hospital fue porque el miedo a una derrota sin dignidad me hizo rabiar, porque la frustración de saberme paralizado me afectó mucho, y preferí acercarme al matadero a temerle al matadero (aunque el miedo estaba ahí, conmigo como un ángel de la guarda, susurrándome al oído que debía ser más prudente). No quise creerme que la pistola fuera una pistola —y sí lo era— y me dieron un buen golpe entre las piernas. Igual que aquella vez que iba con mi amigo J. en su coche, veintitantos años, le dije que quizá estaba conduciendo demasiado rápido, pero no me atreví a insistir (por no ser tildado de cobarde).

Y me vi yendo contra una farola. Algo grité. Se produjo el vaivén. En aquel segundo me dio tiempo a especular sobre mi presente y mi futuro: ¿me estaré quedando en este momento paralítico, tetrapléjico, lelo por haber guardado silencio? Después llegó la quietud, la oscuridad. Mi amigo salió del coche. Yo no pude. Estaba atrapado por la carrocería chafada. Con su retorcimiento, los hierros se habían ceñido a mi cuerpo como tentáculos, como si me hubiera transformado en un híbrido preparado para hacer de villano de cómic: el hombre chatarra. Me palpé las piernas hasta donde pude, por encima de las rodillas; me las pellizqué. Estaba bien. Solo me dolía el cuello. La oscuridad se llenó de luces. Pude oír una risa, la del diablo. Supongo que no fue tal, sino una excrecencia de la noche madrileña, tan llena de borrachos. Me encendí un cigarrillo. Tras la tempestad de adrenalina una calma de endorfinas me permitió incluso sonreír. Era la víctima que atraía las voces y las luces, pero era también la persona más serena del mundo.

—¿Estás bien?

Y no me dejaban contestar.

—Tranquilo.

—¿Puedes hablar?

—No te muevas.

—¿Necesitas algo?

—Enseguida te sacan.

Entonces se decía que un condón y un teléfono móvil se parecían en que ambos daban cobertura a un capullo (no sé si esta broma tiene traducción al inglés, querida Rebecca). Gracias a uno de esos capullos, el usuario de un móvil Motorola de tamaño descomunal, llegó la

ambulancia. Lo primero que hizo el sanitario fue quitarme el cigarrillo de la boca y tirarlo muy lejos de allí, prendiendo fuego a unos matorrales que alguien rápidamente apagó con una manta.

—¡Imagínate que hubiera gasolina por el suelo, insensato! —dijo el pirómano.

Luego llegaron los bomberos. Daban mazazos al coche, lo serraban y yo sentía los dientes de acero demasiado cerca de mi pierna derecha, podía diferenciar la tibia del peroné y notar en cada uno de estos huesos un cosquilleo de peligro. Mucho tiempo después los bomberos volverían a mi vida, pero no para sacarme de la chatarra, sino del humo negro. Alessia había puesto las lendreras y los peines de los niños en una cazuela con agua antes de irse a dormir y el agua hervía y se evaporó y nos olvidamos de las lendreras y los peines (malditos piojos), cuyo plástico fue derritiéndose, y en la cama, de repente, el humo nos envolvía, la tos nos abrumaba, las lágrimas nos cegaban y Alessia farfulló cosas en italiano. Cuando hicimos salir a los niños, tres, a la terraza, se quejaron. Eran muy pequeños, era diciembre y hacía frío. Nevaba. Una nieve mágica, muy blanca, que se mezclaba con las cenizas negras del plástico, con las que formaba un extraño tablero de ajedrez en el aire. Llegaron los bomberos, gigantescos y oscuros, con unas botas que intimidaban por su volumen.

—El olor es muy intenso —dijo uno de ellos.

Midieron el dióxido de carbono.

Nos aconsejaron que dejáramos abiertas las ventanas durante horas, a pesar del frío, y así lo hicimos, nos pusimos los abrigos y el humo poco a poco se fue disipando de las habitaciones igual que muchos años antes yo fui saliendo del coche siniestrado, lenta, muy lentamente, con el collarín en el cuello; y de allí me fui al hospital en ambulancia, y escuchaba el dulce italiano de Alessia sin saber muy bien dónde estaba.

> «Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios», 1 Corintios 1, 18.

Cuatro veces he estado en el hospital por una urgencia hospitalaria, Rebecca, menuda locura para los que se pierden en él, menuda bendición para los que se salvan por el poder de los médicos y enfermeros. Las cuatro veces son hitos del camino, de mi camino biográfico, que cuadran con ese componente emocional de la memoria más veraz. Por eso los tengo tan presentes: me ayudan a organizar el recuento de mi vida. Sin las referencias hospitalarias, no sabría bien quién soy o sería un hombre distinto.

Una vez me atacó el hipo, otra locura. Bebía agua con el brazo en

alto, a todas horas y en todo lugar, y no se me pasaba. Alessia me daba un susto y tampoco. Tuve hipo durante tantos días que en la oficina me dieron la baja para ir al hospital. Allí me hicieron todo tipo de pruebas, incluso radiografías. Finalmente me dijeron que no detectaban nada raro, pero me recetaron un medicamento misterioso.

—Tómese dos de estas pastillas al día.

En el metro, mientras regresaba a casa con el hipo llamando la atención de los demás viajeros del vagón, leí el prospecto. Estaba recomendado para brotes psicóticos severos o casos de esquizofrenia intermitentes.

Me curé.

El susto esta vez sí funcionó. El poder del miedo es como el poder de Dios, impresionante, demoledor, efectivo.

Tu casa de madera en mitad del bosque, Rebecca, también quitaba el hipo. Era esquinada y tétrica, la típica casa norteamericana de las afueras boscosas digna de una película de terror, pero también hermosa, escueta y crujiente. Tu casa la asocio con el trabajo. El de quitar la nieve en invierno, con las palas, para que el coche pudiera salir del garaje y el de espantar los mosquitos en verano, pues, pese a las mallas de las ventanas, se colaban dentro. La asocio también con el esfuerzo de ir a misa cada mañana de domingo, cuando el sol aún no había encendido el verde oscuro de los árboles. Y en misa aprendí a disimular el aburrimiento y tratar de caer bien a todos aquellos tipos que nos rodeaban, los recuerdo guapos y elegantes, tú decías con admiración que muchos eran abogados y médicos y que, pese a su riqueza, os trataban como a iguales, a ti, enfermera, y a Jim, profesor de mecanografía, meros supervivientes laborales. Mi estancia en tu casa fue una larga entrevista de trabajo, en la que siempre quise ser mejor de lo que era. Pese a nuestras discusiones, que con la confianza se hicieron frecuentes, di el pego, me comporté como lo que se esperaba de mí, fui tu hijo. Nunca quise molestar. Tú fuiste una buena madre, a tu manera; yo fui un buen hijo, a la mía.

Quizá fui mejor hijo contigo que con mi propia madre, quizá te molesté menos que a mi propia madre, te desobedecí menos, te negué menos. Quizá, no sé.

Solo tuve que mentir en todo o casi todo durante la mayor parte de los once meses y esto fue tan bien que cuando me enfrenté muchos años después a una entrevista de trabajo me sentí como pez en el agua.

Mentí. Y ya está. Sin dudar, sin parpadear, como había aprendido a hacer en tu casa, en tu bonita e inquietante casa de madera, en tu cristiana y temblorosa casa atacada por el frío y la oscuridad, por el

viento y la oración.

Y me dieron el trabajo.

Lo cual me permitió salir del hogar de mis padres y marcharme a la calle Chinchilla, en el centro de Madrid, donde convivía con una prostituta vieja y fea de pelo rapado y varios inmigrantes dominicanos, y al otro lado del tabique, un cirujano plástico que lanzaba por la ventana, como dardos incandescentes, sus puros medio consumidos.

A un lado estábamos la prostituta, los inmigrantes y yo, cada uno en su habitación con baño; al otro, el cirujano plástico, con sus cinco, seis o siete cuartos de baño (supongo).

La mentira no solo es necesaria, sino imprescindible para conseguir un trabajo, cualquier trabajo; es decir, para vivir, porque también vivir, convivir, es un trabajo.

—¿Consideras que podrás hacer tal o cual cosa?

—No solo tal o cual cosa, sino alfa, beta y gamma.

A lo mejor no es tanto mentir como fanfarronear, no sé.

Luego, a medida que pasan los años, uno debe recurrir a la humildad y a la modestia, ocultar su currículum, su experiencia y hasta su vocabulario. De lo contrario, corre el riesgo de que la respuesta sea:

—Estás sobrepreparado. Lo siento.

La sociedad quiere a ignorantes que fanfarroneen y fanfarrones que ignoren casi todo, estos suelen ser los jefes de las oficinas y de los consejos de administración. En esta sociedad del conocimiento, el conocimiento solo vale para lucirlo en familia o en concursos de televisión.

Al abogado yo le dije a todo que sí, cuando debía de haber respondido a todo que no, si hubiera cumplido con el mandato bíblico de la sinceridad.

—¿Te gusta el derecho?

—Sí.

—¿Te apasiona?

—Y me fascina.

—¿Te gusta cuando calla porque está como ausente?

—Lo oigo desde lejos, y mi voz no lo toca.

—¿Parece que los ojos se le hubieran volado?

—Y parece que un beso le cerrara la boca.

—Muy bien, contratado. Última cuestión baladí: ¿Has trabajado alguna vez en el campo de los seguros?

—Mucho y bien.

Y así entré en ese bufete. Durante el último año de facultad trataba

de vender seguros con Jacinto, luego entré en un bufete con un tipo que se pasaba las horas viendo pornografía y esnifando cocaína, fallos menores frente a su fallo sustancial: tenía por costumbre no pagar el salario convenido.

Era, además, un tipo alto y guapo, pero con el pelo extraño, muy rizado y voluminoso (similar al de aquel cantante de tu país, Art Garfunkel, y también al de un divulgador científico de la televisión española, Eduard Punset), era un tipo que estaba siempre hablando mal del tonto de su hermano (otro Garfunkel, otro Punset). Pero el tonto de su hermano era un fenómeno del mundo de los negocios, todo lo que mi jefe quería ser y no era.

Trabajaba, pues, para Caín.

No recuerdo por qué motivo este abogado padecía una atrofia en su mano izquierda apenas perceptible a primera vista —accidente de moto, creo—, pero una vez lo conocías, no podías obviar esa mano aplastada, encogida, que mi jefe pegaba a su cuerpo para disimularla pero en realidad realzaba, porque toda su disposición gestual se dirigía a hacer visible su atrofia. La mano y el tonto de su hermano eran, así, en rima, sus dos grandes traumas, sus dos coartadas vitales. Todo en él era su mano y su hermano, que pegaban como buenas rimas consonantes, quizá porque de lo contrario todo en él sería su inteligencia, es decir, la inteligencia de la que carecía y que sí atesoraba el tonto de su hermano. De modo que allí estaba, hablándome de lo tonto que era su hermano. Pero el hermano era un *crack* para hacer dinero, un genio para multiplicar la pasta por tres, para especular con los pisos —cuando dejaba su trabajo de informático, se dedicaba a comprar apartamentos minúsculos, en entreplantas o sótanos, que alquilaba a estudiantes necesitados de una habitación y, así, no solo pagaba la hipoteca, sino que sacaba beneficio con la enorme inflación inmobiliaria de la época—, nada que a mí me produjera admiración, pero mi jefe estaba en la vida para eso, para hacerse rico, para ser tan listo como el *tonto de su hermano*.

Me despedí de él dándole la mano izquierda, después de ocho meses de impagos, no porque yo fuera zurdo ni por forzarle a sacar de su escondite sus dedos atrofiados, sino porque aquella semana me había hecho un esguince en la muñeca derecha, pero no me di cuenta de la involuntaria afrenta hasta que no vi su rostro rojo de ira.

Todavía no había llegado al ascensor y aún escuchaba sus insultos, que me alcanzaban amortiguados por la puerta, los insultos que el tipo lanzaba desde el escueto y caluroso despacho que su bufete ocupaba en el piso cuarto de la plaza de Santo Domingo (en el bullicioso corazón de Madrid, Rebecca).

—¡Mi hermano es idiota! ¡Mi hermano es tonto! ¡Por su culpa perdí la mano!

Si, como asegura Mario Vargas Llosa, todo escritor es una tiña, un parásito para sí mismo, si todo escritor se alimenta de los manjares o de la carroña de su propia vida para expeler la obra, debo reconocer que al abogado de la mano tullida le debo parte de mi visión del mundo. De alguna manera era lo opuesto a ti, Rebecca: tú eras la exaltación de las pasiones y el pensamiento mágico; él, la futilidad, la tontería, la frivolidad de los deseos materiales más pedestres. Tú eras el amor y el odio, él era la nada que nadea. Su codicia, su fanfarronería, su estupidez, su empecinamiento en proyectar sobre su hermano todos sus defectos me enseñaron mucho sobre el alma humana, sobre mi propia alma. El alma humana se transparenta mejor en los cuerpos deteriorados por vicios y fallas, y aquel tipo, con su sonrisa blanca y bella, con sus ojos turbios, y aquella calvicie que ganaba terreno en la parte delantera de su cabeza, ampliándole la frente, y que le daba un no sé qué de sacerdote sátiro, me enseñó cuán transparente era su alma retorcida y codiciosa. Era todo un personaje, y nada mejor que un personaje ya hecho, construido y cortado por una suerte de patrón natural, libre de artificios, para afrontar un proyecto narrativo, sea novela o cuento. Porque hay veces en que la vida te regala personajes ya construidos, sin ninguna necesidad de elaboración psicológica ni desarrollo de su arco temperamental.

Y, cuando se detectan en vida, merecen una novela.

Lo dijo Kafka en sus cartas a la novia: «Si hay personaje, hay novela, Felice».

Otra cosa es que uno sepa escribirla, darle al personaje el mundo que necesita para caminar, para comer, para amar o para matar.

Hace poco terminé de escribir una novela sobre una mujer que se enamora de la mano de su marido, tal cual. Era una novela cuya escritura me divirtió muchísimo. Pasé unos meses increíbles volviendo cada vez más loca a la mujer protagonista, hasta el punto de que yo mismo llegué a ver a las personas solo a través de sus manos, me convertí en la propia protagonista de mi novela, en su versión masculina. Mano de la que me podría enamorar. Mano de la que no me podría enamorar, me decía cuando caminaba por la calle. En mi novela, la protagonista se enamoraba hasta la obsesión de las manos de los varones y, en concreto, de la mano trasplantada a su marido por un cirujano virtuoso. Me pregunté cuánto de aquel abogado no estaría reflejado en la actitud del sufrido marido de la protagonista, que no soportaba su condición de tullido, y cuánto de la protagonista no tendría relación con cómo percibí yo aquel episodio laboral de mi vida —donde mi obsesión no era una mano ausente, sino un salario que nunca me llegaba a la cuenta—, un episodio del que, tantos años

después, extraía una narración sarcástica, usando además al cirujano de la calle Chinchilla como personaje secundario. Cuando terminé la novela, muy ufano, se la dejé a dos amigas bibliotecarias y residentes en Madrid, las dos podrían haber formado pareja culta en el *Un, dos, tres* (el concurso televisivo más célebre de mi infancia, con su parte de preguntas y respuestas). Las dos suelen asistir a las presentaciones literarias que hay en el centro de la capital, y las dos utilizan un vocabulario sofisticado cuando comentan novelas o películas entre sí y con los demás. La primera, llamémosla X, me escribió a las pocas horas de que le enviara por *mail* mi borrador, titulado *Mano de santo*. Decía así: «Ya he leído todas las páginas, Juan. Y como quieres sinceridad total, tengo que decirte que, en general, no me creo nada». Y seguía dando argumentos sobre lo mismo, redundando en lo mismo, excusándose por insistir en la nula credibilidad de mi novela. «Lo siento —decía—, es solo mi humilde opinión, pero esta no la encuentro ni bien escrita, algo impropio de ti, como si la hubieras hecho sin convicción ni ganas». Me serví un *whisky*, volví a leer despacio el mensaje de WhatsApp, y no vi resquicio para la esperanza. Aun así, me dije, paciencia, a lo mejor a Y (llamémosla Y) sí le ha gustado. Pronto salí de dudas: «Hola, chicos, hola, autor —ella decidió publicar el mensaje en un chat sobre literatura formado por seis personas—. Aquí va mi sincericidio: Lo primero, estoy horrorizada, socorro. El personaje femenino no me parece creíble porque pienso que, sencillamente, a ninguna mujer —que yo conozca— se le ocurriría abordar en esos términos una chifladura de tal cariz. El tema (más que el personaje, que también) es demasiado fetichista, *kitsch*, rebuscado y diría que espeluznante y grotesco. He podido leer unas 40 páginas y he sido incapaz de continuar. Hay cosas que me han hecho gracia, como lo de *guapa de lejos* o algunas conversaciones rápidas, sobre todo del principio. Pero cuando te metes en el percal de que la psiquiatra está para que la encierren o cuando la protagonista le empieza a responder cosas totalmente fuera de lugar, el desagrado es máximo y diré que nada femenino. Que la mano sea un animalito no está mal, pero creo (humildemente, siempre todo muy humildemente) que se prestaría como mucho para un relato corto, yo no estiraría tanto la goma ni seguiría por esa linde. Me parece todo inverosímil y creo que un personaje femenino, por muy deprimido que esté, jamás se dejaría llevar por ese espanto persecutorio. No me suena convincente y no parece que tú lo hayas escrito demasiado convencido. Tú tienes un sentido del humor mucho más agudo en tus viñetas y en tu vida. Y creo que hasta aquí mi crítica, con todo mi cariño siempre». Dejé el móvil, dejé el *whisky* (era el tercero que llevaba esa tarde fría) y con mansedumbre me metí en la cama, bajo el edredón nórdico, a sudar el disgusto. Nótese la sutil insinuación del

remate, cuando se supone que deseaba consolarme: «Tú tienes un sentido del humor mucho más agudo en tus viñetas y en tu vida». ¿Y mis novelas? ¿Le parecían todas una filfa carente de humor?

Al día siguiente estaba como una rosa, pero convencido de que no tenía novela y el esfuerzo de tantos meses había sido en balde.

Esto, Rebecca, es ser novelista.

—Rezaré por ti —me habrías contestado tú, inasequible al desaliento.

Pero lo bueno, lo sustancial de ser novelista es que te permite una segunda oportunidad, como aquel programa de televisión de mi infancia en el que un coche cometía un error garrafal, se salía de la carretera y se estampaba contra un muro o daba varias vueltas de campana después de un ruidoso derrape, y luego aparecía el presentador para decir: «Pero démosle una segunda oportunidad». Y el coche retrocedía y rehacía el recorrido sin percances.

La novela la reciclé y obtuvo la aprobación de mi editora unos meses después (algún día la publicaré).

Yo siempre parasito mi vida para utilizarla narrativamente, no ya en un libro, sino en lo que sea, en la charla, en la conversación de casa o del bar o en las clases de escritura creativa. Como tengo alumnos que tuercen el gesto, se remueven en la silla o se quejan amargamente ante mis objeciones a sus pequeñas obras maestras, les leí las críticas de X y de Y a mi borrador.

—Para que veáis —les dije— que aquí a todos nos toca padecer el juicio severo de los demás.

Pude ver en sus rostros el placer, el gozo, el delirio mientras iba leyendo las pequeñas bombas de las bibliotecarias.

Un alumno me dijo:

—Pero ¿estás seguro de que son tus amigas?

Y respondí:

—Lo fueron, sí, y más que nadie en este mundo. Lo fácil para ellas habría sido dejarlo pasar, no decir nada, pero sacrificaron la amistad por amistad. Y prefirieron que nuestra amistad se rompiera definitivamente (pues después de esa visión tan demoledora sobre mi texto la amistad se hace imposible) por salvar mi carrera literaria.

En el aula, al otro lado de mi escritorio, los alumnos aplaudieron con entusiasmo, no sé si fingido o real.

Dejar un trabajo es como dejar unas cadenas. Cuando sales a la calle de repente tu jefe, el que todo lo significaba para tu gracia o tu desgracia cotidianas, deja de existir. Es raro. Se queda atrás, mirándote desde la ventana, cada vez más pequeño e insignificante,

con su mano deforme y sus problemas ridículos, con su carácter envidioso.

Hay tres tipos de jefes: los buenos, los malos y los malísimos. Los buenos no existen. Los malos son los que consiguen dejarte una huella en el corazón y los detestas, pero en el odio siempre puede anidar, de pronto, con la distancia y el olvido del roce diario o con un ascenso asombroso, inesperado y merecido o inmerecido, el amor. En el odio hay una posibilidad de redención, porque es un sentimiento que pende de un hilo, y ahí están los conversos para demostrarnos que el paso necesario para abandonar el odio no es la indiferencia, sino el amor. Si odias a Cristo tendrás que amarlo para curarte de ese odio; si amas al diablo lo mismo, pero al revés. Ojito con odiar más de la cuenta que puedes estar a punto de enamorarte. Constatación empírica también en las parejas que primero nos amamos y luego, con mucha dedicación, nos odiamos hasta la ruptura, en la que el odio permanece como veneno latente que sale a la luz en los reencuentros forzosos, para intercambio de niños o dineros y de reproches o insultos.

Pero ese odio permite también a veces los reencuentros, las reconciliaciones pasionales, la segunda oportunidad. Con las novelas que uno escribe también entran en juego el odio y el amor, el amor y el odio. Cuando una novela no te dice nada, está muerta, hay que guardarla en el cajón o tirarla a la basura. Si la odias, porque te parece malísima, aún hay esperanza.

El caso es que yo pasé de un grupo de teatro —para mí la facultad fue una larga y gozosa temporada teatral— a tres trabajos mostrencos, aburridos y llenos de señores con su vida hecha o deshecha por la misma necesidad que todos tenemos de dinero para pagar casa, comida, coche, cine y Netflix (aunque, entonces, Netflix no existía). Pero de todos los trabajos el mejor, el más apetecible para quedarse a vivir o malvivir en él, fue el tercero, el bufete de Gran Vía dedicado a los seguros, posterior al del abogado de la mano atrofiada. Era un bufete serio, señorial, de techos altos y elegantes ventanales y con un suelo de tarima oscura y sonora que nos convertía a todos en lentos bailarines de claqué. Y mi jefe no era un codicioso que se pasara el día llamando tonto a su hermano, sino un tipo inteligente con algunos defectos, pero ninguno serio. (Por ejemplo, si yo entraba en su despacho y él estaba fumando, escondía el cigarrillo, como si yo fuera su esposa, que le prohibía fumar, pero a mí me importaba una higa lo que él hiciera con sus pulmones). Los tomos de jurisprudencia de la editorial Aranzadi intimidaban desde las altísimas estanterías de roble. Y el silencio iba tan adosado al espacio laboral que se podía escuchar y estiraba las horas, mientras algún reloj de pared del pasillo se te

metía en la cabeza, y con cada tictac no transcurría un segundo, sino un día entero. Cada vez que me incorporaba de la butaca para ir al cuarto de baño mis pasos retumbaban en todo el piso, delatando mi movimiento. Entraba por la mañana casi adolescente y salía por la noche convertido en un anciano. A veces, cuando llegaba a casa encorvado cerca de la hora de la cena, el puro del cirujano me pasaba rozando el flequillo, el hombro o la coronilla y entonces la indignación me envaraba y regresaba a mi juventud. Pero me metía en casa y volvía a hundirme en la vejez, bajo las sábanas, comiendo pipas. No tenía teléfono fijo ni móvil (estaban en periodo gestacionario). Internet era aún un oscuro propósito (o despropósito) del Instituto Tecnológico de Massachusetts o de la CIA. Estaba solo con mis pipas. Solo en el centro de Madrid, sin Alessia (que por entonces se buscaba la vida en Roma) y sin amigos. Y sin teléfono. No había teléfono en aquella casa. A quién llamaba para salir. A nadie. Si llamaba desde una cabina (que siempre se tragaba más monedas de las justas) la gente ya tenía plan: quedarse en casa. De modo que eso era vivir solo en el centro de Madrid, aburrirse. Diez horas en el bufete, diez horas en casa, cuatro horas en el limbo, que era ese periodo en el que salía al balcón y miraba pasar a los peatones y calculaba el ritmo al que el cirujano arrojaba su proyectil incandescente (uno por hora), y contemplaba el humo con olor a musgo que subía, en diagonal, desde abajo, donde vivía una pareja de fumetas rastafaris. Y me quedaba mirando la fachada del edificio de enfrente, de metacrilato.

Un día bajaba la Gran Vía en dirección a mi trabajo, temprano, cuando la gente aún bostezaba, y una pedigüeña salió de su ovillo no para pedirme dinero, sino para gritarme con acento cubano:

—¡Chico, alegra esa cara!

Le di mucho dinero, porque su diagnóstico, implícito en el consejo, fue certero.

Se me notaba la tristeza, pero yo no la detectaba.

Uno tenía la profesión de abogado idealizada, o sea, *peliculizada*. Uno creía que ser abogado era protagonizar una película de Hollywood todos los días, y eso no ocurría ni en California. Sin saberlo, me veía pidiéndole el código rojo a un despectivo y autoritario coronel de los marines con la cara de Jack Nicholson. Pero en España no había marines ni películas como las de Hollywood, todo lo más *Turno de oficio* con Echanove y el Chepa (una serie sobre abogados de mi niñez), y ni siquiera ahí se podía hallar la realidad judicial española.

Si quieres que la gente te aplauda por tu trabajo no te metas a abogado, métete a médico en época de pandemia (si se me permite la ironía), pero sobre todo métete a cantante o actor; el resto de las

profesiones exige trabajar en silencio, y sin más recompensa que tu soldada y las llamadas de familiares y amigos que, de repente, descubren que puedes solventarles una duda:

—Mira, resulta que el otro día me vino la compra del supermercado, pero tenía toda la fruta podrida… Quería presentar una querella criminal contra el dueño de la cadena…

—Probablemente viva en Alemania.

—Me da igual.

—Mira, es que yo no soy penalista, sino especialista en derecho de seguros…

—¿Ah, sí? ¿Le podrías echar un vistazo a mi póliza? Yo creo que nos han estafado con el goteo del grifo.

Eso era ser abogado. Eso y entrar en un despacho, recibir una carpeta de cinco centímetros de grosor con los documentos del caso (informes periciales, reclamaciones desesperadas y manuscritos incompresibles de testigos raros, frías o burlescas o iracundas órdenes y contraórdenes internas de la compañía…), redactar la contestación a la demanda de un tipo al que se le había roto la cañería y la aseguradora se negaba a pagarle la reparación. Las carpetas llegaban desde la central en sobres marrones y pesados como ladrillos. Detrás de cada percance doméstico, de los baldosines resquebrajados, del horno humeante o de la puerta con la cerradura forzada había personas cuya indignación se dejaba sentir sobre todo en los primeros papeles, los que reflejaban sus primeras llamadas o sus primeros escritos infructuosos a la compañía. «Por favor, soy un asegurado que lleva 25 años pagando religiosamente su cuota, y ahora me encuentro con que el perito se niega a que me abonen los daños por una fuga de gas que casi mata a toda mi familia». Cuanto más arriba subía el escalafón del cauce comunicativo más fría se volvía su expresión, pero el abogado demandante, a veces, se ponía melodramático y grandilocuente. Sobre todo si se apellidaba como el propio asegurado, si era su sobrino o su primo o su hijo recién licenciado en Derecho, lo cual era muy habitual y muy poco conveniente para el demandante. Invocaban la Declaración Universal de los Derechos Humanos para la reparación de una bañera, describían el enorme disgusto de su representado con la guerra de Bosnia como metáfora de su salón inundado: horror, destrucción, quebranto, eran capaces de remontarse al desastre de Chernóbil, al holocausto nazi o a la caída de Constantinopla para describir la desgracia de su defendido.

Daban risa, daban pena; eran dignos de compasión.

Se me quitó el miedo al pleito presencial el primer día en que vi que el letrado que tenía enfrente no era un señor entrado en años y experto en la materia, sino un chaval tembloroso, hijo del demandante, que se puso la toga del revés (después de que yo mismo

le informara de dónde se hallaba la sala para recogerla) y al que el juez hubo de conducir, paternalmente, durante todo el proceso para que su representado no terminara pagando hasta las costas.

Los asegurados acudían a sus familiares bisoños para que los representaran en el juicio, mientras que la compañía nos tenía a nosotros, sus abogados especialistas, que concentrábamos nuestras miradas en los mismos casos una y otra vez, una y otra vez nos la veíamos con el mismo asunto con ligeras variaciones, una y otra vez sabíamos cómo llegar al juez. Gracias a nuestro conocimiento de la jurisprudencia, golpeábamos al asegurado donde más daño le hacía y sabíamos que el juez iba a concedernos la victoria. En apenas seis meses de práctica judicial yo ya era todo un experto.

Muy pronto me convertí en un sabio del derecho de seguros. «Pues está escrito: "Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé el entendimiento de los entendidos"» (1 Corintios 1, 19). Sí, vale: pero en los tribunales de aquí abajo, en la tierra, los entendidos tienen las de ganar, porque la experiencia es un grado y nadie más experto que el especialista.

¿Y cómo se llega al especialista?

Con dinero.

De todo aquel batiburrillo de datos que desplegaban los sobres marrones cuando los abría sobre mi escritorio, de aquel pelotón de escritos, comunicaciones y notas a mano o mecanografiadas, yo debía hacer la historia contraria a la del demandante. Hallé en el sesgo literario de mi contestación, antijurídico, una suerte de comunicación secreta con el juez, que yo me figuraba aburrido de la enumeración pedantuela de leyes y reglas tan propia de los picapleitos, ansioso por recibir algo que contuviera la complicidad de una historia con malos y buenos, conflictos narrativos y amores en la sombra.

Pero tenía que escribir contra el bueno de la película, que no era otro que el asegurado, el demandante, e inventarme un amor imposible, el de la compañía de seguros por la justicia universal, lo cual hacía que fuera creciendo en mí el mentiroso profesional que siempre había querido ser, o sea, el narrador, el novelista, el cuentista. *In dubio pro* asegurado, decía y dice la máxima del derecho de seguros, que no es más que la traslación pedestre del clásico del derecho penal *in dubio pro reo* (en caso de duda, el juez debe fallar a favor del imputado) al ámbito de los seguros. La Justicia, así, en abstracto, sí sabe quién lleva la razón sustancial de las menudencias cotidianas, que son las tragedias sociales de cada día: el asegurado, el cliente, el reo.

El problema de la Justicia es su lentitud, su desorden, su depauperación.

Mi relato convertía en buena a una compañía de seguros de cuya

maldad o malicia vivíamos los abogados del bufete, unos cuantos más repartidos por la geografía española y latinoamericana y muchos *jacintos* de la península ibérica, sufridos o alegres obreros de chaqueta y corbata siempre al acecho de la puerta menos fría. Cada vez que mi compañía vencía en un juicio se cobraba el salario de un año para un *jacinto*, por eso era importante ganar los juicios, porque el dinero que no iba al demandante iba al individuo que un mal día le vendió el seguro después de un largo y duro duelo de silencios.

No hace mucho estaba yo enfadado por algo, no recuerdo qué, quizá alguna opinión de Twitter o de WhatsApp o de un tertuliano de radio, no sé, quizá se me habían quemado las tostadas del desayuno o no había café en casa, quizá había perdido una partida de ajedrez *online*, quizá no había razones para estar enfadado, y lo estaba porque sí, porque me había levantado con mal pie. Acababa de reñir a una de mis hijas por algo que en realidad no tenía importancia, así que me sentía mal, culpable. Y llamaron a la puerta. Abrí. Ahí estaba Jacinto, pero no el que yo conocí tantos años atrás, sino otro, uno joven y moderno, sin corbata, rapado al cero en plan Zidane y oliendo a porro, eso sí, en línea con la vieja costumbre de los mejores comerciales callejeros. El mundo de los comerciales de a pie es el mundo del porro, porque relaja y proporciona una alegría contagiosa a quien sabe contagiarla (no te escandalices, Rebecca). Recuerdo que este comercial, este vendedor, no se llamaba Jacinto, sino Kevin o Iker, un nombre de esos que parecen sacados de *La guerra de las galaxias*.

Se presentó como mandan los cánones:

—Mi nombre es Kevin Skywalker, vengo de parte de la compañía de seguros La Resistencia… ¿Ha pensado alguna vez en su futuro?

Empujado por una ira de la cual aquel joven *jedi* no tenía culpa, guardé un oscuro silencio. Pude contemplar durante cinco minutos la tensión de sus pupilas dilatadas, la suave ondulación de las venas del blanco de sus ojos, pude escrutar la cualidad grimosa de sus ojeras hinchadas, pero rápidamente empezó a sulfurarme no decir nada frente a alguien tan terco, que me miraba como si estuviera muy interesado en cuanto tuviera que contarle, aunque yo sabía que solo quería mi firma, mi maldita firma sobre la línea de puntos. Recordé un poema de Antonio Gamoneda. Dije las primeras estrofas agotado por el duelo, iracundo, consciente de mi debilidad:

—«Mi hija tuvo miedo de mí, y yo que era / el que la amenazaba y ofendía, / sentí al miedo existir. / Debo decirles que yo era injusto: / mi pequeña, mi amor, el ser humano / que se sube a mis brazos y ríe sobre mi corazón, / no había hecho ninguna cosa mala».

Él asintió, sonrió, me dio una palmada afectuosa en el brazo izquierdo y respondió de esta guisa:

—«No ha sido a causa de mi amor / por lo que sentí el miedo de mi hija, / sino porque aquel miedo estaba en mí / como la luz o el movimiento de la tierra».

Pronunció, en suma, las palabras precisas, las que yo necesitaba para rendirme y firmar o las que necesitaba para redimirme y curarme de la ira enorme con que le había abierto la puerta. Al día siguiente, por supuesto, llamé a la compañía para cancelar los dos seguros firmados, el del coche que no tenía y el de incapacidad permanente, que no deseaba. Todavía hoy batallo con ellos para que no me reclamen una deuda que nunca debí contraer.

He tardado muchos años en darme cuenta de que la ira es el motor inútil de mucho de lo que hago. Digo inútil porque debe de ser una reminiscencia de mis genes prehistóricos, tiene que serlo, pues es contraproducente para la supervivencia cotidiana del hombre contemporáneo. El arrebato del colérico pone en peligro su vida social y laboral (cuando no su vida familiar y su integridad física). La ira deforma el rostro del iracundo tanto como acrecienta su sensación de poder y autonomía frente a una realidad que acepta mejor la hipocresía de la calma; la ira produce una sensación tan ilusoria como la de un psicotrópico. Mejor no caer en ella. De modo que la ira debe de ser un mecanismo para la defensa física frente a un agresor temible, un mamut, un tigre de Bengala, un neandertal; la ira es solo un mecanismo para generar miedo en el otro, para aparecer más peligroso de lo que uno es.

Pero si tu cólera no asusta al enemigo tienes un problema. Si la tinta del calamar no despista al perseguidor el calamar está perdido.

El problema es que el cabeza rapada sabe karate y es fibroso y fuerte y más grande que tú.

Recuerdo haber salido del Burger King a la noche apacible de la plaza de los Cubos convencido de mi superioridad, engañado por una ira que se suponía que debía engañar a mi contrincante, no a mí, como si yo fuera un calamar al que hubiera cegado su propia tinta. Y sin ver el disparate que representaba *salir fuera* con un tipo mejor armado y compuesto que yo para la pelea —sin hacer caso de las prudentes llamadas a la calma de mis compañeros de mesa, aquellos actores y actrices memorables de Argólida: Alessia, Marcos, Diego, María, Gonzalo…—, me vi bajo las estrellas como si pudiera partirle la cara a quien me iba a partir a mí las pelotas. Él me esperaba tranquilo e inquieto a la vez. Lo vi moviéndose como un luchador de *kick boxing* al otro lado de la puerta de cristal; daba pequeños saltos de boxeador ansioso por empezar la fiesta de los golpes y sin ira, sin ansiedad, paciente, crudo, cruel. Abrí, respiré la noche con pasión, y la patada me hizo retraerme como una tortuga o un caracol o como un calamar

que se cierra. Yo pensaba que habría un momento de tanteo, de pequeños empujones, de fanfarronería verbal que podría desembocar en una disolución suave de la contienda y con el orgullo intacto, porque la brisa nocturna invitaba a la concordia; yo esperaba una reconciliación entre machos alfa (pero yo era un macho beta, por mucha ira que llevara dentro) y, plaf, me quedé sin respiración. Mi ira desapareció como desaparece el baile de las cortinas al cerrar la ventana, como se deshincha un globo con la aguja. Supe ver el peligro. Y con instinto de supervivencia recurrí al humor absurdo.

—La Instituto Tecnológico de Massachusetts —dije, agachado.

—¿¡Cómo dices!? —me escupió, una vez más, su aliento volcánico.

—Tengo futuro en la Instituto Tecnológico de Massachusetts… Por favor, no sigas… La cadáver que dejaría sería demasiada joven.

Hablé así, en femenino, cambiando los artículos para violentar más a mi agresor y terminar con todo de una vez o para producirle una parálisis temporal que diera oportunidad a la huida, a la astuta negociación de la derrota por parte de mis compañeros del grupo de teatro, que ya desplegaban con sabiduría sus habilidades dramáticas, se trabajaban la retirada, mientras yo solo podía mirarme los cordones de las zapatillas; escuchaba sus voces a mi alrededor, voces de disculpas, de clemencia, de miedo, pero voces necesarias para que saliéramos vivos de aquella encerrona.

—La Instituto Tecnológico de Massachusetts es uno de los más importantes del orbe… A mí me gusta mucho decirlo en femenino, prueba conmigo.

—¡Habla más alto, cabrón!

—Ya le has pegado bastante, por favor, déjale irse, está delirando…

—La Instituto Tecnológico de Massachusetts, ahí imparte clases su majestad Noam Chomsky… Supongo que habrás oído hablar de él… La Instituto es un lugar fenomenal…

El humor puede ser también como la tinta del calamar, difumina el entorno, lo vuelve borroso, distrae. Y si se trata de huir conviene un humor blanco en clave absurda o surrealista, que rompa el relato de la agresión, porque un humor sarcástico no hará más que echar leña al incendio. La Instituto Tecnológico de Massachusetts, ese extraño sintagma, me fue de gran ayuda en aquella situación, y no sé por qué ni cómo se me ocurrió; quizá surgió como expresión de mi terror, de la súbita impresión de muerte inminente, que me hizo perder la conexión con la gramática. Recuerdo habérselo contado al gran Piera mientras nos tomábamos la quinta cerveza en un bar del centro famoso por sus croquetas de bacalao, y él se reía a mandíbula batiente.

—Jefe —le dijo al camarero—. Ponnos más croquetas, anda, que este de aquí se va mañana a la Instituta Tecnológica de Massachusetts.

—Así no. Cambia solo el artículo. La Instituto Tecnológico de Massachusetts…

—¡Eso no tiene sentido!

—Precisamente… Alimenta la cosa absurda.

—¡Qué tontería!

Discutimos. Sobre el alcance del humor. Sobre el humor como filosofía de lo cotidiano, como espada y filo que corta la nada, pues para Piera el humor no tenía más prestigio que el que le daba el Poder, con mayúscula, de manera que incluso cuando se disfrazaba de sarcasmo producía desinterés o desprecio en los que mandan. Toda reacción del Poder frente al humor era, en realidad, la ironía con la que el Poder respondía a lo que le resbalaba.

—Y entonces —le pregunté—, ¿cómo interpretas la fábula del rey desnudo de La Fontaine?

—No era de La Fontaine, desgraciado, era de Andersen…

—Es verdad, me he equivocado.

—¡Una mierda! ¡Nunca lo has sabido! ¡¿Dónde están esas croquetas?!

Se escudó en el dato irrelevante de que había confundido a La Fontaine con Andersen para eludir el cogollo de la discusión. Y ya no me dejó mencionarle *El gran dictador* de Charles Chaplin ni *To be or not to be* de Ernst Lubitsch, porque cambió de tema, habló de fútbol, de universos paralelos y del PSOE, así que me fui encorajinando solo, dejé un billete de veinte euros sobre la barra y me fui a casa muy enfadado. Mientras yo me alejaba del bar, el gran Piera todavía tuvo la ocurrencia de burlarse de mi cabreo desde la puerta:

—¡Que sepas que yo siempre diré la instituta! —gritó—. ¡La instituta!

Murió meses después, en Cádiz, tras una enfermedad súbita y devastadora. Y aquella discusión estúpida adquirió una dimensión dolorosa, porque fue la última vez que lo vi con vida.

La gente que apenas me conoce suele pensar que soy una persona tranquila, y eso es porque la timidez sabe ocultar también la ira (aunque, a la postre, la cebe). Mi abuela materna, Carmina, era una mujer que se agarraba unos cabreos temibles. Quiero decir, que hay un hilo conductor de la ira que se puede rastrear en mi ADN. Mi abuelo me decía que el temperamento sanguíneo de mi abuela era herencia directa de su padre, Remigio, un catalán de Albacete (o un albaceteño de Cataluña, no sé) que se enfrascaba solo en sus accesos de ira.

—Pero se le pasaban enseguida —me contó mi abuelo.

De niño la ira me hacía llorar mucho más de lo que era aconsejable para un niño. Porque el llanto trae consigo la burla de los demás y la burla causa rabia y la rabia conlleva el llanto. Era un círculo vicioso del que nunca podía salir salvo con una pelea. Era un niño rabioso. La timidez y la rabia eran parte de mi naturaleza como la clorofila del árbol. Mi rabia atraía a los demás niños como el cadáver de un saltamontes a las hormigas. Sabían que había chicha en mí, aventura, riesgo, juerga.

Poseía cierta paciencia propia de mi condición de tímido, pero finalmente la paciencia cebaba la rabia y cuando esta explotaba me volvía un peligro para quien me hubiera provocado y para mí mismo. Tenía, además, una fe ciega en la rabia. Me creía poderoso cuando ella tomaba el control. Se me nublaba la vista y la razón y me lanzaba como un loco contra quienes me hubieran ofendido. Y golpeaba fuerte con mi puño izquierdo y sin importarme el tamaño o la pericia del contrincante, como un kamikaze, como en aquella noche aciaga de la plaza de los Cubos en que estuve a punto de convertirme en un eunuco.

Recuerdo un episodio en el metro cuando era un adolescente que mantenía intacta su rabia infantil. En el andén, un veinteañero, mayor que mis dos amigos y yo, nos insultó y nos pegó delante de su novia. Había tropezado conmigo y sin mediar palabra me dio un puñetazo en el mentón. Y a mi amigo también cuando quiso poner paz. Era una época agresiva aquella de la movida madrileña, siempre había broncas, peleas, navajazos y patadas. Las calles estaban llenas de alegría y de violencia. No sé por qué; quizá porque la violencia propia del franquismo había dejado mucho malestar oculto, reprimido, y la gente, la juventud, no sabía manejar tanta alegría. Dentro del vagón de metro tratamos entre los tres de apaciguar a aquel energúmeno. Pero no es fácil apaciguar la violencia de un chulo que busca pelea. Poco a poco se iba colmando el fuego de mi rabia interior, aunque yo no era aún consciente de ello. El chulo se chuleaba para complacer a su novia, que se reía mucho con sus ocurrencias y desplantes. Al llegar a una parada que no era la mía el chulo me dijo que bajara con él, pues yo había sido la menos tierna de las tres víctimas, le dije que no, y tiró de mi jersey favorito, uno gris, para sacarme fuera del vagón. Oí la rotura de las costuras y perdí contacto con mi cerebro. Solo recuerdo propinarle tres puñetazos maravillosos —sí, maravillosos— que lo dejaron temblando, con sangre bajo la nariz y sobre la marca de su polo y su novia pidiéndome clemencia (ya no reía). Uno de mis amigos había seguido en el vagón, el otro bajó conmigo, pero no participó en la pelea. Se formó un tumulto. Alguien nos hizo regresar

de nuevo al convoy y allí nos metimos con el tipo derrotado y ridículo, tarde para la reacción, golpeando la ventana inútilmente con el rostro hecho un poema.

De esa extraña e insólita experiencia victoriosa vino la confianza con que fui a recibir la patada años más tarde, cuando también confié en la potencia de una rabia que esta vez solo me sirvió para encajar el golpe entre las piernas.

Me curé, salió mi caso en radio y periódicos, con mayor o peor fortuna en relación con la verdad del suceso, y se celebró el juicio muchos meses más tarde. Aquel día parecíamos peligrosos nosotros, los agredidos, y ellos, los agresores, tenían aspecto de buenos chicos. Todos eran guapos y de cabello ondulado (se lo habían dejado crecer), bien educados y cabizbajos, con los jerséis al cuello y unos padres que nos miraban desde lejos con curiosidad, recelo y dando pena. Los buenos chicos fueron condenados. Algunos de ellos ya habían estado en la cárcel. La mayoría no recordaba qué había pasado aquel sábado y creo que no mentían. Estaban tan acostumbrados a dar palizas que el suceso fue una anécdota intrascendente en su trayectoria, menor entre las menores. El abogado defensor —de un gran bufete español y voz radiofónica— aseguró que eran chavales sanos y decentes, pero la jueza, cuya melena arisca semejaba la de un león, cortó cualquier conato de ofensa a la verdad.

Había un *skinhead* al que los policías llamaban *el gatito*, porque cada vez que iban a detenerlo al chalé de la Moraleja donde vivía con sus padres, su madre se interponía:

—¿Qué le vais a hacer a *mi gatito*? —decía.

Luego supe que otro de ellos, el que sacó la pistola —con balas reales—, se suicidó años más tarde, tras años de agresiones y canalladas callejeras. Que en paz descanse. No se puede guardar rencor a un muerto, aunque a mí aquella patada me siguió doliendo mucho tiempo.

Se me subió el dolor testicular a la cabeza.

No pude caminar tranquilo por Madrid durante meses, quizá años. Cualquier cabeza calva que divisara en la lejanía me producía una taquicardia o una arritmia o una subida de temperatura, y cambiaba de acera tocándome el pecho. Una agresión es una derrota inmerecida y traumática. Pero con humor también se puede vencer ese trauma.

O no, yo qué sé.

Muchísimos años después, cerca del Santiago Bernabéu, me extravié de mi primo D., que tenía las entradas para ver el partido del Madrid. Lo había perdido en el tumulto. Marqué su teléfono, pero no respondía. Sorteaba los cuerpos mientras intentaba divisar una cabeza

sin pelo, porque él se había afeitado la suya por pura y extraña coquetería. Creí divisarlo y lo seguí, apartando cuerpos, lo llamaba por su nombre, pero él no me escuchaba y se alejaba del estadio hacia la zona de bares de las calles adyacentes. Conseguía zafarse de la muchedumbre como una sombra, resbalando entre los cuerpos. Daba la impresión de que los peatones le abrían paso de manera natural, se apartaban cuando lo detectaban, como si le otorgaran una autoridad misteriosa. Por fin estuve tan cerca de su espalda como para alcanzarlo y poner mi mano sobre su hombro derecho. No me hizo caso. Así que le di una colleja fuerte, que cualquiera habría tomado por una broma pesada. Cuando se dio la vuelta me topé con unos ojos azules que no tenían nada que ver con los de mi primo, un ceño fruncido que no me hablaba de nada bueno y vi, en definitiva, a un cabeza rapada de cierta edad, con un águila imperial tatuada en el cuello, cerca de la nuez, como si se la hubieran estampado en una aduana prusiana de principios del siglo XX.

—Tengo un primo como usted, que trabaja en la Instituto Tecnológico de Massachusetts —balbucí.

Ya empezaba a notar el dolor de la entrepierna, que no era un dolor físico, sino espiritual. Un dolor que conjugaba el pasado traumático y el futuro temible.

Detrás de él, como un escenario que se iluminara por sorpresa, porque hasta entonces se había mantenido oscuro por la pura obsesión de dar alcance a esa nuca huidiza, en visión de túnel, se me hizo evidente la enorme aglomeración de cabezas rapadas, de ultrasur, que tenían tomada aquella zona de bares. Olía a porro y todo eran manos con minis de cerveza, también se activó mi olfato hasta entonces retraído. Pero, al decir «la Instituto Tecnológico de Massachusetts», logré una lucidez que me dotó de la suficiente dosis de irrealidad para refrenar el miedo. El tipo guardó silencio. Me miraba sin ira, con perplejidad, como un león ante la agresividad insólita de la gacela. Si hablaba estaba perdido. Ya me había presentado: ahora tenía que vender mi inocencia. Y ganar el duelo. Quien habla primero recibe el primer puñetazo o la primera patada. No hay indicio de que tal cosa sea cierta, pero el pensamiento mágico es recurrente en momentos de tensión. Si él hablaba antes un rayo lo abatiría, pero si lo hacía yo regresaría al hospital. El sudor me caía por las sienes, me parecía que el labio inferior me temblaba al mismo ritmo que las aletas de su nariz, y cuando me estaba dando por vencido, cuando ya me preparaba para cometer el error de decir alguna inconveniencia, una avalancha de gente nos separó y tiró por los aires varios minis de cerveza. Los antidisturbios estaban cargando. Una bengala enrojeció el aire y lo espesó, y el humo hizo que me alejara del lugar entre toses.

El Barça derrotó al Madrid. Al salir volví a perder a mi primo de

vista, pero ya no lo busqué: menudo gafe, pensé. Y el pobre no había tenido culpa de los errores de Casillas.

El problema del humor está en su carácter imprevisible. Si algo sabemos quienes publicamos viñetas gráficas es que nunca se puede predecir cuáles obtendrán el favor del público. En general, las menos humorísticas, las que plantean una posición ideológica. Algunas bromas son demasiado personales, solo les hacen gracia a quienes las formulan frente a otras que uno puede creer propias, intransferibles y llegan a todo el mundo. Sabemos, por ejemplo, que tropezar y caer de culo en una boda resulta hilarante para, al menos, la mitad de la población. La tragedia no siempre necesita tiempo para hacerse comedia si le ocurre al de enfrente. Entonces, caerse de culo mientras uno se dirige al altar para tomar la mano de la inminente esposa es una tragedia para ti, que la sufres, pero se tornará en comedia para todos los invitados, inmediatamente, sin necesidad de que transcurra siquiera un minuto.

Yo recuerdo haber oído las risas de todo el mundo en una situación en la que se tropezó la madre de la novia. La gente se reía. En torno a la mujer se producían movimientos de alarma y ocultación, y visajes de censura hacia quienes reían. Hasta el sacerdote reía sin saber qué hacer, mientras el novio se afanaba en socorrer a su futura suegra. Pero yo me había perdido la caída. Y tenía a mi lado a Alessia, que me narraba las consecuencias sin resquicio para el humor, seria, solidaria con el dolor de la mujer cuyo vestido se había desparramado por el mármol como un charco violeta.

Nunca me han hecho gracia este tipo de percances. Jamás me he reído de una caída. Tampoco de que a mi amigo P. se le cayera la tortilla de patata después de que llevara horas hablando de que quería comprarse un bocadillo de tal. Llegamos a la tasca. Consiguió el bocadillo con el poco dinero que le quedaba, tras media hora en el tumulto de la barra. Y al abrirlo para quitarle el pimiento verde, mala decisión, la tortilla se deslizó suave y tercamente hasta el suelo, donde la esperaban el serrín, los huesos de aceituna, las colillas y las risas de sus amigos. Eran los años ochenta. Nadie se apiadó de P., que tuvo que soportar las carcajadas estridentes, las lágrimas de alegría de quienes le rodeaban, menos yo, que miraba hacia la tortilla y hacia mi amigo roto por la congoja. Nunca me han hecho gracia esas pequeñas tragedias, lo cual es una pena, porque sí he tenido tendencia a la risa en las grandes, como funerales y entierros. Los nervios buscan un camino por el que huir del tedio con que solemos contenerlos en actos solemnes, y nada tan solemne como un funeral o un entierro; en no pocas ocasiones he tenido que morderme los labios o arrugar la nariz o pellizcarme la pierna para que nada de lo que me pedía el cuerpo se

hiciera visible. Quizá la risa nerviosa emparenta con la ira, pues no deja de ser una emanación de la emotividad que no puede tratarse salvo con una respiración cada vez más lenta y suave, más profunda y prolongada, o con el pellizco de la pierna o la mordedura del labio. Yo he tenido que respirar como un yogui y autolesionarme como un faquir en demasiadas ocasiones. La solemnidad es siempre un rey desnudo, aun cuando sea oportuna, y basta una risa para que se la descubra tal y como es, para que se alcance a ver su naturaleza esencial, que es hija de la ridiculez. Entonces, en aquel entierro de un compañero de trabajo —Mariano Guarnido, se llamaba—, una de sus hijas dijo que deseaba leer un poema que el difunto había dejado sobre su mesilla de noche el mismo día de su muerte. Mariano Guarnido era un oscuro empleado de la oficina donde yo trabajaba desde cinco años atrás, una oficina en la que me dedicaba a la labor más baja que puede realizar un abogado: bastantear. Después de haber abandonado el Derecho, y de haber incursionado en los mundos del periodismo, del guion televisivo y de las editoriales, la crisis económica me ponía en mi sitio y me dedicaba a la abogacía pobre del bastanteo, que era una manera de solventar la recesión acudiendo a mis estudios superiores y sin pisar un tribunal. Lo mejor del bastanteo era que ponía en juego pocas neuronas, lo que dejaba descansado el cerebro para luego escribir. Había que revisar datos y comprobar su corrección, sin demasiado esfuerzo intelectual. Mariano Guarnido se levantó de su butaca, caminó hacia el cuarto de baño con una sonrisa temblorosa, forzada, quizá similar a la mía cuando sufrí aquel falso ataque cardiaco, y se desplomó. Algunos pensaron que era otra broma suya, porque Mariano Guarnido era payaso de niños en sus ratos libres y, cuando podía, le gustaba repetir números cómicos entre quienes compartíamos oficina con él. A mí no me divertía ni había entre nosotros química, pero no porque nuestros caracteres chocaran, sino porque estábamos en compartimentos que se veían obligados a pelear por los mismos ordenadores y los mismos teléfonos. Él pertenecía a Recobros y yo a Bastanteos, y cuando se estropeaba un ordenador o un teléfono —que ocurría a menudo— teníamos que batallar por el mismo artefacto, lo que separaba sin remedio a unos de otros y generaba rivalidad y desconfianza. Amén de que los miembros del equipo de Bastanteos nos considerábamos moralmente superiores a los de Recobros, pues estos ganaban más dinero que nosotros, sí, pero por realizar un trabajo reprobable: acosar a morosos, que nunca eran delincuentes de guante blanco, sino pobres diablos sin oficio ni beneficio, como los mismos asegurados con los que yo había pleiteado en mi primer trabajo serio. Así que Mariano Guarnido fue la broma de todos aquellas horas previas a su muerte. Se hablaba de cómo se había derrumbado y de cómo en el suelo sonreía y movía brazos y piernas

estilo *breakdance*. Las convulsiones le daban apariencia de payaso incluso cuando su vida estaba al borde de la derrota. Quizá esos momentos preciosos en que sus compañeros lo rodearon y se rieron, mientras él parecía —la barriga surgiendo como un iceberg de la camisa parda y apretada, la bragueta abriéndose con el movimiento en bicicleta de las piernas— estar en una de sus más alocadas y genuinas payasadas —mayor que las que protagonizaba en las cenas de Navidad con el tercer cubata—, fueron decisivos para que la ambulancia no llegara a tiempo. Cuando llegó, el ictus había extendido su deletérea influencia por demasiados rincones de su cerebro y el pobre hombre expulsaba espuma por la boca en clara señal de colapso.

Su funeral había transcurrido con razonable parsimonia, sin estridencias, sin que el discurso del sacerdote hubiera desentonado del general comedimiento de los asistentes. En demasiadas ocasiones, el cura se salta el cauce marcado por quienes van a dar el último homenaje a su ser querido e interviene con palabras extravagantes, fanáticas o estúpidas. Había visto a algunas personas llorar y a otras reír discretamente, como suele ser habitual en todos los funerales. La gente en cuanto se aleja un poco de la ceremonia libera la tensión con un chiste. Y así se puede reconocer el grado de cercanía con el muerto. Si se ríen al lado del cadáver son los hijos o la viuda del difunto, y entonces la risa se interpreta como señal de aplomo y resistencia. Si las risas se oyen desde muy lejos, puede incluso intervenir un porro. El caso es que la ceremonia había ido muy bien, todo se había sustanciado como si flotaran las palabras en el aire igual que burbujas de jabón y un agradable cosquilleo nos zarandeaba a Alessia y a mí, ambos nos movíamos como hipnotizados, íbamos tomando conciencia de la humanidad de un tipo del que yo había hablado en casa solo para subrayar lo que me molestaban sus payasadas infantiles (pero, entonces, no sabía que de eso se trataba, de que fueran payasadas y de que fueran infantiles). El tipo se dedicaba a recorrer los hospitales y los barrios más depauperados de Madrid los fines de semana, incluso muchos días laborables, después de salir de la oficina, para alegrar su triste vida a los niños pobres y a los niños enfermos. El tipo, con esa mirada un poco ausente, esos carrillos carnosos, esa cabeza ahuevada y esa voz estrepitosa, era un santo. Un santo fuera de su labor de oficina. Por la mañana acosaba a los morosos y los desangraba y por la tarde iba a sus casas sin calefacción y sin persianas para divertir a los niños deprimidos de los padres arruinados. Era Robin Hood robándose a sí mismo.

—Todo un personaje literario —dije.

—No me lo parece.

—Las contradicciones son buenas para la literatura y él, como personaje, estaba lleno de ellas.

—Para mí ha sido un discurso limpio, impecable.

Alessia y yo estábamos hablando de asuntos distintos, lo cual era frecuente en los últimos tiempos, y se fue volviendo una costumbre matrimonial. Incluso a veces ella hablaba en italiano y yo en español, como si también marcáramos distancia con la elección de lenguas, cosa que nunca había sucedido antes, pues solíamos dirigirnos uno al otro en español, cuando estábamos en España, y en italiano, cuando cruzábamos los Alpes.

Ella se refería a la homilía del sacerdote y yo me refería al talante del difunto. Pero no deshice el equívoco; continué la conversación en el sentido que ella le daba, porque había aprendido a convivir con el problema, a considerarlo difícil de resolver, y hacer como que no pasaba nada cuando en realidad pasaba todo, que el desencuentro iba provocando una brecha colosal: cada uno hablaba de sus cosas, cada uno estaba en su mundo.

Había aprendido a mirar para otro lado.

—Pero su tono de voz no me ha convencido… —dije—. Un poco raro.

—Bueno, es escocés… ¿Qué quieres?

—No tiene acento.

—Tiene muchísimo acento.

También en este caso estábamos hablando de temas diferentes. El tipo al que ella se refería no era el sacerdote oficiante, sino uno de los familiares del difunto, su tío favorito, un escocés que le había inculcado el amor por la profesión de payaso. El tal escocés, de noventa años, había salido al púlpito para hablar de su sobrino y ahijado con lágrimas en las mejillas. Dijo que en su país el sentido del ridículo era menor que en España (seguramente, pensé yo), y que allí la gente es más tímida en su expresión individual pero más abierta en su expresión colectiva. Admiraba a su sobrino porque supo encontrar un punto intermedio entre el sentido del ridículo hispano y el sentido de lo cómico de los escoceses. Y así, dijo, él había sido *priest* y payaso como su sobrino había sido perseguidor de morosos y payaso, en una equiparación que se me antojó extraña y quizá inadecuada. La morosidad, aseguró ese escocés, era el equivalente material a la deuda que el hombre contrae con Dios mediante los pecados. Perseguir morosos y perseguir pecadores es lo mismo, salvo en una cosa: los morosos se persiguen para la satisfacción del vil metal, o sea, del demonio, y a los pecadores se les persigue para satisfacción de la benéfica divinidad, dijo. Todos, en este punto, nos reímos bastante, pero en realidad nadie sabía a ciencia cierta si estábamos ante un cachondo, ante un fanático, ante un pirado o ante alguien con las facultades mentales mermadas por la edad.

—Él estaba ironizando —opinó Alessia.

—Pudiera ser, pero creo más bien que estaba diciendo lo que pensaba…

—Entonces, ¿por qué te reíste?

—Por imitación y por nervios. La gente no sabe lo que es el fanatismo.

La gente, y Alessia era parte de la gente, desconoce el espesor peligroso de la religión cuando las pasiones se exacerban. Pero yo lo había conocido bien en tu casa, Rebecca, y llevaba dentro su recuerdo como una vacuna y, por tanto, no me podía tomar a broma ninguna manifestación religiosa, o más bien, tendía a ponerme en guardia ante ellas, inquietarme, reír por no llorar.

Durante aquel año escolar en que estuve con vosotros una adolescente norteamericana, de nombre Julie, se integró en mi familia española; era parte del trato del programa de intercambio. Durmió donde yo dormía, comió donde yo comía —pesaba casi noventa kilos — y convivió con quien yo convivía. No solo había una intrusa en mi lugar y engordando su espíritu y su cuerpo con las experiencias y alimentos que a mí me habrían correspondido, sino que yo fui incrustado en una familia de la que no sabía absolutamente nada. Recuerdo la llegada a vuestra casa, aquella casa de madera en medio del bosque frondoso y oscuro, con árboles que se movían de un lado para otro como si quisieran expulsarme de allí, recuerdo entrar en aquel hogar asediado por un viento que hacía crujir las paredes y el techo. Dejé las maletas en el suelo, sobre la moqueta gris. Silbaba la tormenta, pero no había tormenta, se respiraba humedad, pero no llovía.

Tenía dieciséis años.

Y la casa resistía el embate del huracán.

Por la mañana me despertaste —muy temprano, aún era de noche — para preguntarme si deseaba acompañaros a misa.

—Papá, ¿tú crees en Dios?

—Soy ateo.

Recordé este episodio cuando te dije que sí, Rebecca, y entonces no eras aún Rebecca, sino una desconocida de mirada amable y rasgos nudosos, arbóreos, que parecía hecha de la misma madera del bosque. En mi familia éramos ateos. Dios no entraba en mi casa, Dios no existía para nosotros. Al menos, no para mi padre. Pero yo acompañaba a mi nueva familia —a vosotros— a misa, un primer paso para habituarme al que iba a ser mi hogar. Quería caeros bien. Entrar con buen pie. La noche había sido tormentosa, pero sin tormenta, la mañana era plácida, pero sin placidez. Y el bochorno del aire se

pegaba al cristal del coche a medida que amanecía, transformándose en gotas, pero en el interior del auto se respiraba un aire acondicionado gélido mientras Martin, Jim y tú intentabais comunicaros conmigo sin éxito. Nuestra incomunicación no era tanto un problema de idioma como de dimensión. *God, god, god* es lo único que comprendía en aquel ambiente polar.

God.

Dios estaba en todas partes para vosotros, pero yo aún no lo sabía, yo aún no podía concebir una existencia tan obsesiva, y para mí también estaría presente en cualquier ámbito doméstico durante los meses restantes y, aún, durante mi vida entera. Desconocía que el domingo siguiente ya nadie me preguntaría si quería ir a misa, sino que directamente me levantaríais a las seis y media de la mañana para integrarme en la expedición como uno más, y así, todos los días que duró mi cautiverio, viajamos los domingos (y hasta los miércoles) durante una hora y media de aire acondicionado infernal y conversación sobre *God* hacia el enorme edificio de ladrillo visto donde tenía lugar la farsa. Todo era madera en aquel lugar, menos la iglesia, para que no se la llevara el viento.

Y la misa duró tres horas y media, pero en realidad duró once meses. Ha durado toda mi vida.

De manera que allí estaba yo, en el entierro de Mariano Guarnido, rememorando aquella primera misa con vosotros, Rebecca, con un regusto a dónut con mermelada y chocolate en el paladar —en los Estados Unidos hasta las misas evangélicas se hacen con una recepción de donuts de dimensiones y dulzor criminales—. Os veía felices, charlando con este y con aquel, presentándome a unos y a otros con un vaso de plástico lleno de café aguado —café americano—. Pero quien protagonizaba mi escena presente no era el predicador de los Estados Unidos, aquel apuesto charlatán que os emocionaba con su verbo inflamado, ni vosotros y los demás feligreses, sino el difunto payaso, que bajaba lentamente hacia el pozo en su ataúd mientras lo contemplábamos tristes, bien acompañados por el rumor del viento, pues hasta los abrigos se movían con respeto, como las hojas de los cipreses… Siempre que la religión aparece en mi vida, me surge en el paladar el sabor de alguno de aquellos donuts monstruosos y el viento de aquellos primeros días en Pensilvania agita mi pelo. Asocio cierta idea de la religión con esos donuts empalagosos y con ese huracán húmedo que hacía hablar a los árboles. Y así me pasaba también con el pobre hombre al que iban descargando los operarios en un silencio respetuoso y telúrico, tenso, emocionante, y a mí el paladar se me llenaba de fresa, chocolate y glutamato, mucho glutamato y aceite de palma, y el pelo y la corbata me golpeaban la cara. El problema con

mi risa se produjo cuando una de las hijas del difunto anunció que iba a leer una poesía de su padre.

Todos nos acercamos a ella para escuchar mejor sus palabras, porque la curiosidad por el muerto había logrado suscitarse en nosotros tras el discurso de su tío escocés como aparece el hambre en quien recibe un aperitivo salado. Nos íbamos arracimando en torno a la hija guapísima, que desdoblaba con cuidado y lentitud un papel después de sacarlo de su pequeño bolso negro, y por fin, carraspeó y comenzó a leer:

—«La vergüenza —dijo— es un sentimiento revolucionario». Karl Marx.

Se extendió un murmullo entre los presentes, una suerte de vibración viral que expresaba sorpresa o incomprensión ante lo que resultaba a todas luces un axioma misterioso, difícil de encajar en la ceremonia.

—Esto lo tenía escrito mi padre en su mesilla de noche —justificó ella, como si tampoco entendiera—. Y también había escrito estos versos… Porque papá no solo era un payaso increíble, capaz de hacer sonreír al niño más enfermo, sino que llevaba un poeta dentro…

Se enjugó las lágrimas con el pañuelo blanco de lunares rojos que alguien le prestó y empezó a leer entre sollozos:

Llevo colgados de mi corazón
los ojos de una perra y, más abajo,
una carta de madre campesina.
Cuando yo tenía doce años,
algunos días, al anochecer,
llevábamos al sótano a una perra
sucia y pequeña.
Con un cable le dábamos y luego
con las astillas y los hierros.

—Qué fuerte —murmuró Alessia.

—Chissss —se oyó.

Pero Alessia, tan amante de los animales, ya estaba fuera del reclamo poético, indignada, y había dado dos pasos hacia atrás, alejándose ligeramente del grupo. Las ventanillas de su nariz se dilataban y contraían, sus párpados se cerraban y abrían como si los apretara con todas sus fuerzas y se mordía el labio tanto que parecía que se iba a hacer sangre.

—Es solo un poema —le dije.

—Qué increíble —repitió ella alejándose más.

Y la hija del difunto Guarnido seguía leyendo:

(*Era*
así. Era así.
Ella gemía.
Se arrastraba pidiendo, se orinaba,
y nosotros la colgábamos para pegar mejor).
Aquella perra iba con nosotros
a las praderas y los cuestos. Era
veloz y nos amaba.

En este punto Alessia se había ausentado del cortejo con una tos suave, muy verosímil. Nunca la había tenido por la mejor actriz del mundo, pero en aquel momento sí lo fue. Yo no sabía qué hacer, si acompañarla o mantener la atención en aquel poema que, crueldad al margen, se me antojaba magnífico, lleno de tensión y remordimiento, imbuido de la pasión que debe tener cualquier trabajo lírico.

Rompí a reír.

Una mujer a mi lado gemía y se limpiaba la nariz con fugaces golpecitos del pañuelo y yo la imité para frenar o disimular la risa. Lo logré. El viento había dejado de soplar y el sol se había adueñado del cielo, como si la atmósfera se pusiera de acuerdo para iluminar el espectáculo. De pronto toda mi experiencia adolescente a tu lado, Rebecca, que se me había metido en la boca con sabor a glutamato, se esfumó con la entrada de aquella perrita desgraciada. El sol brillaba, las nubes se alejaban con Alessia, cuya tos se oía cada vez más lejana e incierta, como si imitara un ladrido afónico, y la voz de la hija del difunto me producía ese cosquilleo tan grato de la buena poesía, cuando es nostálgica y duradera y está bien recitada:

Cuando yo tenía quince años
un día, no sé cómo, llegó a mí
un sobre con la carta del soldado.
Le escribía su madre. No recuerdo:
«*Cuándo vienes? Tu hermana no me habla.*
No te puedo mandar ningún dinero…».
Y, en el sobre, doblados, cinco sellos
y papel de fumar para su hijo.
«*Tu madre que te quiere*».
No recuerdo
el nombre de la madre del soldado.
Aquella carta no llegó a su destino:
yo robé al soldado su papel de fumar
y rompí las palabras que decían
el nombre de su madre.

Mi vergüenza es tan grande como mi cuerpo,
pero aunque tuviese el tamaño de la tierra
no podría volver y despegar
el cable de aquel vientre ni enviar
la carta del soldado.

—De modo que también era un poeta —dijo un hombre detrás de mí.

—¡Y muy bueno! —repuso otro.

—Pero ¿a qué viene esto? —añadió alguien.

Era llamativo cómo se podía conjugar aquella poesía narrativa con la forma de actuar en vida de Guarnido. Por la mañana torturaba a la perra y extraviaba cartas de amor entre familiares y por la tarde se resarcía haciendo reír a los niños de vidas desdichadas. Se lo dije a Alessia cuando terminó todo y soltó una carcajada sincera, pero no porque le hubiera hecho gracia mi comentario, sino porque me consideraba un ignorante.

—¿De verdad crees que el poema lo escribió él?

—Sé que no lo escribió él.

Lo sustancial no era quién hubiera escrito el poema, lo sustancial era que el poema estaba en la mesilla de noche del payaso y reflejaba bien su personalidad.

—Emula al yin y al yang —dije—. Por la mañana hiere al prójimo, por la tarde lo cura.

—Es de Antonio Gamoneda.

—Lo sé… Y el poeta tuvo que maltratar por el día a la perra para luego poder escribir el poema por la noche… Lo mismo hacía Guarnido… Aterrar a los morosos por el día, para ir a visitar a sus hijos enfermos por la noche…

—Parece mentira que una italiana como yo conozca mejor la poesía española que tú.

—Estudiaste Filología Hispánica.

—¡Y tú eres escritor!

—Pero no poeta. Narrador… Y claro que sabía que era de Gamoneda.

Guardamos silencio para no enconar la disputa.

—¿Y si fuera todo mentira? —dijo al fin.

—Yo creo que sí visitaba a los niños como payaso… En todas las cenas de Navidad terminaba poniéndose una nariz roja y haciéndonos unos espectáculos de lo más pueriles… Ahora tiene disculpa… Ahora sé que entrenaba para los niños enfermos.

—Hablo de que tal vez la anécdota de la perra o del soldado son mentira…

—Tenía que haber sospechado que no estábamos hablando de lo mismo.

—No empecemos con eso.

—¿Qué he dicho?

—No te he oído, perdona, ¿decías? —Alessia miraba hacia su móvil—. Es que mi madre dice que por qué no vamos a Roma por Semana Santa. *Non iniziamo con quello, per favore*!

—¿Me lo dices a mí?

—Se lo digo a mi madre. O a mí misma, no sé, hablaba sola.

La gente se dispersaba como si alguien hubiera dado el pistoletazo de salida de una maratón de abrigos negros y vaporosos, que volvieron a agitarse con el viento igual que los árboles; la gente se dispersaba como nuestra conversación. El sol volvió a disimular su presencia tras las nubes. A mi lado iba Alessia tan tensa como tú, Rebecca, la primera vez que trataste de convencerme de que me hincara de rodillas y pidiera a Cristo que entrara, cuanto antes, en mi corazón. Y a medida que se acercaba mi día de regreso a Madrid, te ibas poniendo grave y triste, como si te preocupara no haber sabido cumplir con la misión para la que Dios me había puesto en tu casa. ¿Quién te preocupaba más? ¿Yo o tu relación con el Altísimo?

—«El principio de la sabiduría es el temor de Dios —solías decirme —. Los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza» (Proverbios 1, 7).

Yo interpretaba aquella frase a mi manera adolescente, a mi manera atolondrada y narcisista, mal, lo que colaboraba en mi rebeldía. Quienes creían poseer el principio de la sabiduría eran temibles para Dios, el Altísimo temía a los que iban de sabios, porque en realidad eran insensatos que desconocían la verdadera sabiduría proveniente de la fe. Debía de considerarme un sabio, lo que incrementaba mi rechazo a tu afán, y al afán replicante y menor de tu marido y de tu hijo. Creía que me estabais llamando fanfarrón, amén de insensato, lo que no facilitaba mi simpatía por vuestro credo ni vuestro proselitismo.

Mucho tiempo después, descubrí el verdadero sentido de aquella frase: la sabiduría comienza con el temor de Dios; es decir, con el temor *a* Dios. Me confundía la preposición. (Como le dice don Quijote a Sancho: «Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría»). Me dieron ganas de telefonearte y explicarte que por fin había comprendido lo que habías querido decirme y que, si lo llego a haber sabido entonces, quizá nos habríamos entendido mejor (aunque no mucho mejor). Porque una cosa era señalar dónde comienza la sabiduría, y otra muy distinta, tildar a la sabiduría de cosa temible.

Y que sepas, donde quiera que estés, que quise hacerte caso y recé, cansado de tanta discusión, harto de caras dramáticas cuando salía por la mañana y tú te mostrabas compungida y triste, silenciosa y taciturna, flaca y llorosa. Me encerré en el dormitorio. La moqueta era agradable bajo mis rodillas.

—Por favor, Jesucristo —dije en inglés americano, que para mí era la lengua de la divinidad protestante—, te pido que me cambies por dentro, por favor, te pido que me hagas abandonar la sabiduría insensata… Si tú quieres, puedes.

Me llamaste para la cena con tres golpes a la puerta, cuando llevaba un cuarto de hora de monólogo interior.

—Por favor, Jesús, dime algo antes de la cena.

Y él no hablaba, no decía nada, era el mejor vendedor del universo.

Jim bendijo la mesa.

—Amén —respondimos.

Tomamos hamburguesa y ensalada, que podíamos aderezar con dos salsas, una de queso azul y otra italiana; las salsas no eran caseras, sino que venían en botes de plástico como los del kétchup o la mostaza. Os miraba, Rebecca, a ti, que ya eras mi madre, a Jim, que era mi padre, a Martin, que era mi hermano, un hermano difícil, competitivo, un príncipe destronado, y sentía que poco a poco Cristo me iba cambiando, que comenzaba a comprender vuestra espiritualidad. Me eché un montón de salsa azul en la ensalada, azul celeste, azul celestial, y te reíste mucho:

—¿Desde cuando te gusta tanto esa salsa?

Me alegraba saber que pronto ibais a ser felices conmigo, sobre todo tú, que tu dicha sería enorme cuando fuera evidente que yo ya había permitido que Jesús me transformara por dentro.

Había escuchado historias truculentas de conversiones insólitas. Por ejemplo, la de Jim. Él era alcohólico, fumador y agresivo, un tipo desagradable que llegaba tarde a casa con la furia en la boca, dispuesto a zaheriros a Martin y a ti con palabras llenas de odio. Y luego se ponía a beber cerveza (solo ahora me doy cuenta de que era un alcohólico de cerveza; ¿es posible tal cosa?) y fumar tabaco —la adicción a la nicotina era síntoma de maldad ya entonces, aunque aún hubiera anuncios de vaqueros de Marlboro en la televisión—, se ponía a despotricar del mundo y a jugar a los naipes con Satanás, aunque se creyera que estaba en un solitario (los naipes también eran satánicos, conducían al ocio, al vicio, a la impiedad). Pero algo en su interior no le permitía alcanzar la dicha. No era el dolor de su hijo ni de su mujer después de sus insultos y desprecios, era la impresión de que estaba vacío por dentro. No era su comportamiento injusto ni sus pulsiones

agresivas, sino el olor a azufre del infierno. Una noche, después de haber bebido unas cuantas Budweisers, se sintió tan afligido y tan temeroso del infierno que te hizo caso, se hincó de rodillas y rezó. La entrada de Cristo en su corazón fue fulminante, obró el milagro de transformarlo de un día para otro, casi de una hora para otra. Dejó de fumar, dejó de beber, tiró los naipes al inodoro (y tú te reías recordando que tuvisteis que llamar a un fontanero católico, que llevaba una visera con un dibujo de la Virgen María, para desatascarlo).

Solo Cristo podía hacer esta clase de milagros. Uno podía ser un santo en vida, pero como no hubiera pedido que Cristo entrara en su corazón el Altísimo le mandaba para abajo sin remisión. En eso las cosas estaban claras y el chocolate espeso. Y Jim, sin solución de continuidad, pasó de una larga resaca cervecera a una borrachera de beatitud. Y se transformó en el hombre que era cuando yo lo conocí. Un tipo con la sonrisa siempre de medio lado, un tipo que roncaba mucho en sus siestas previas a la cena, en su sillón abatible, un tipo irónico, pese a su fe verdadera; un tipo que recortaba cupones de descuentos para el supermercado en revistas y periódicos con paciencia y minuciosidad. Un buen padre, también, algo más despegado que tú, algo menos intenso que tú, pero un padre en definitiva. Qué alegría poder deciros en breve, cuando Cristo operara el cambio dentro de mí, que yo ya era como vosotros, que iba a ser un buen hijo, el mejor posible, que todo cuanto sucedía en vuestro interior —esa tormenta de maravillas— ya sucedía también en mí, que mis vísceras, y no solo mi corazón, se habían vuelto del color azul de la divinidad. Flotaba, andaba sin pisar el suelo. Bajé al semisótano del chalé donde teníais la televisión —no era mal sitio para artefacto tan diabólico—, y en vez de ponerme el turbio *show* de Bill Cosby, me puse el limpio *show* del reverendo Pat Robertson.

El reverendo salvó el alma de varios televidentes torturados por el diablo y curó a varios enfermos terminales por teléfono, sin que los pecadores ni los moribundos pisaran el plató, resolvió problemas matrimoniales irresolubles sin moverse de la silla, por la pura fe en Dios, y yo comprendía perfectamente el cariz que tomaba mi cara reflejada en el televisor, justo al lado de la del reverendo y su acompañante (la atractiva Sheila Walsh, de fuerte acento británico), a veces entre medias de ambos, como si poco a poco accediera a un mundo de poderes sobrenaturales que hasta entonces me había estado vedado, como si mi entrada en la pantalla fuera también una incursión en la antesala celestial. Antes de acostarme, en la intimidad de mi dormitorio, me sentí tan poderoso que intenté elevar por los aires con la sola fuerza de mi fe el retrato de mi familia española, enmarcado frente a mí, sobre el armario ropero: mis padres, mi hermana y mi

hermano. Pero no lo conseguí. Me di cuenta de que la vanidad me había vencido y le pedí perdón a Jesucristo por haberme dejado llevar por semejante debilidad justo cuando él estaba haciendo el esfuerzo enorme de transformarme por dentro. Me metí en la cama un poco preocupado, porque si Cristo encontraba tales dificultades para cambiarme a mí, humilde adolescente deseoso de que él se hiciera cargo de mi corazón, ¿cómo lograr el cambio espiritual de una familia tan poco piadosa como la mía?

Complicada tarea salvarles del infierno, Dios santo, me dije, y al decir «Dios santo», me sentí culpable por haber mencionado el nombre de Dios en vano.

Me levanté por la mañana, a eso de las siete, y me topé como de costumbre contigo y Jim leyendo la Biblia en la sala de estar. Todas las madrugadas os levantabais a las cinco para ir a vuestros respectivos trabajos con algún episodio del libro sagrado leído, releído y subrayado. Cuando llegabais a la última página, tras disciplinados meses de madrugones implacables, volvíais al Génesis y decíais que cada repaso os desvelaba insólitos y desconocidos hitos sobre el universo, sobre el hombre y sobre Dios.

—Aquí está todo —me dijiste una tarde—. Por ejemplo, ¿quieres saber de dónde vienen los negros?

—Sí.

Y por ahí andaba el pasaje en el que Noé maldecía a su nieto Canaán (creo). De modo que todo era sencillo para vosotros. Pero no erais tontos, qué va. ¿Acaso no era Martin un chaval brillante, dotado como pocos alumnos para las matemáticas y la física, capaz de estudiar en apenas unas horas nocturnas el examen del día siguiente y sacar las mejores calificaciones en los niveles más altos de estudio? ¿Acaso no tenía Jim la agudeza suficiente para expresar con ironía las vicisitudes propias de su vida laboral y social? ¿No poseías tú, Rebecca, un sentido del humor que captaba matices sorprendentes del entorno cuando paseábamos por aquel territorio agreste en el que se enclavaba tu cabaña/chalé?

¿Erais idiotas? ¿Erais necios? ¿Erais lelos?

Para nada.

Entonces, ¿qué clase de problema os empujaba a creer con tanta ceguera en tales supersticiones?

El principio de la sabiduría, el temor de Dios.

No podíais tener más miedo.

Teníais tanto miedo que erais el alfa y el omega de la sabiduría. Y el terror a Dios, lejos de paralizaros, os empujaba a moveros para contagiar vuestro pánico a todas las demás criaturas humanas. Hacíais

proselitismo del miedo. Si uno se acercaba a vosotros, vuestras convicciones se cerraban sobre el candoroso individuo como una planta carnívora sobre el mosquito. No podíais aceptar, porque eso os causaba aún más terror o un terror más incómodo —el terror del sinsentido—, que otros no sintiéramos lo mismo y nos mantuviéramos felizmente en la insensatez.

—Dios te ha puesto en nuestra casa por algo… —me decías.

Y rezabas para que Él os ayudara a cumplir la misión. El silencio era su respuesta. Nada os decía, nada de nada, lo que alimentaba vuestro pánico. Porque, como me enseñó Jacinto, en el silencio del interlocutor se produce una agresión que uno debe subsanar rindiéndose con confesiones inadecuadas o resistiéndose con más silencio. Recuerdo al Loco de la Colina (un periodista, de nombre Jesús Quintero), que preguntaba sin formular preguntas, quedándose callado, quieto, fumando, lo que obligaba a su invitado a llenar el hueco, a decir cosas, confesarse, desnudarse, ponerse en evidencia frente al humo silencioso. Entonces, vosotros os rendíais a Dios, porque nada puede oponerse a su silencio eterno, siempre estamos expuestos a hablar más de la cuenta, a vendernos en cuerpo y alma ante su misterio descomunal, a rezarle hasta el ridículo, incluso a subir escaleras de rodillas o ponernos un cilicio o autoflagelarnos en la espalda con una disciplina de cáñamo. Su misterio es lo mismo que su mutismo, invencible, insobornable, colosal como el universo, que es puro silencio en expansión.

Yo iba al instituto por la mañana, me ponía en pie respetuosamente mientras el resto de los alumnos rezaba a la bandera norteamericana con la mano en el corazón; acto seguido se anunciaban por megafonía los resultados deportivos de los equipos del instituto; luego sonaba el timbre y se producía el tumulto de los pasillos, la apertura y cierre de los casilleros, y me metía en clase de Naturales, de Matemáticas, de Latín, de Economía y Gobierno, de Gimnasia, de lo que tocara. Terminada la jornada escolar, aún no me iba a casa, sino al duro entrenamiento del equipo de lucha libre, que me iba fortaleciendo con golpes y con pesas; llegaba a casa, después de esperar una eternidad a que Martin viniera a recogerme con su coche destartalado —los chavales conducían desde los dieciséis años— en la noche cerrada y fría de aquel invierno, cenaba con vosotros y me ponía a ver a Pat Robertson. Pero en cuanto llevaba diez minutos con el charlatán, jugando a ver mi cara interponiéndose entre el presentador y su guapa acompañante, el olor a azufre me mareaba, un olor a azufre que no era otra cosa que mi deseo de cambiar de canal y ponerme *El show de Bill Cosby*.

No queríais a nadie más que a Dios, Rebecca, lo decíais siempre

que podíais. Más que uno al otro, más que a vuestro propio hijo, Jim y tú queríais a Dios. Él estaba por encima de todos los seres vivos, incluso de familiares y amigos. ¿Por qué?

Por temor, claro, por sabiduría.

Dios. Dios. Dios.

God. God. God.

Si te caías en la acera, porque te resbalabas en el hielo invernal, era disposición divina, si te resbalabas y por milagro lograbas mantenerte en pie, también. Lo malo y lo bueno tenían detrás a Dios, actuando, pero en el primer caso pese a él o para darte un pequeño o gran castigo y en el segundo porque algo habías hecho bien o porque Dios consideraba llegado el momento de premiarte con un pequeño milagro o porque sí, por su infinita bondad. ¿Cómo no amar a semejante criatura? ¿Infalible en lo bueno y en lo malo?

De modo que yo había salido de un colegio de pago español, en el que un sacerdote sobón estaba siempre pendiente de tocarnos a los chavales un poco aquí y otro poco allá —pero yo me zafaba mejor que mis compañeros de sus manos viscosas porque en mi casa me habían enseñado a ser cauteloso con los curas—, a un instituto público de los Estados Unidos libre de curas, pero la religión me afectaba en el peor ámbito, el doméstico, la intimidad, donde no hay refugio. El cerebro, tocado una y otra vez por la misma idea, puede irse deformando tanto como una espalda sobre la que se sitúe una piedra gorda y pesada, pero a mí me liberaba de la piedra Bill Cosby, el diabólico Bill Cosby.

Si en la derrota eres aún capaz de ironizar habrás salvado tu honra, que no es gran cosa, pero es algo. Si en el trance de sufrir un fusilamiento aún puedes comparar tu situación con la de un pollo frito habrás infligido una pequeña derrota en el orgullo de tus verdugos. El humor puede ser, de pronto, una escapatoria tras la asunción de que, vistas las circunstancias, solo puedes salvarte por dentro. Si te dan una patada en los testículos, habla del Instituto Tecnológico de Massachusetts, pero en femenino; si el guardia civil o el policía nacional o el agente de tráfico de Pensilvania te va a poner una multa por exceso de velocidad (o por saltarte el confinamiento obligatorio en tiempo de pandemia), mejor no hagas ningún comentario gracioso o irónico; agravarás el problema. El humor solo es aconsejable si estás perdido del todo y necesitas un consuelo que solo puedes darte tú a ti mismo o si deseas escapar con una maniobra de distracción o si quieres burlarte del verdugo, aun a riesgo de recibir mayor castigo corporal. El humor, a veces, es síntoma de impotencia, pero siempre es liberador.

¡Viva la Instituto Tecnológico de Massachusetts!

Y solemnizar el humor es una estupidez mayúscula. Nada peor que un congreso sobre el humor. Salvo que a alguien le dé por tirarse un pedo en medio del discurso del catedrático o te paguen un pastizal por asistir.

El humor es humor, y mueve a la sonrisa, aquí o en el cadalso.

Y el mejor de todos es el humor negro. El único verdaderamente sacrílego.

El que se ríe de los muertos y del dolor que ocasionan. El que se ríe de ti, Rebecca, y de mí ahora, aquí, llorándote a mi manera. Ambos muertos. Tú por fuera y yo por dentro. El médico me ha diagnosticado ansiedad depresiva, antes de que me riera en su cara de puro nervioso.

Era un día soleado de diciembre. Estaba discutiendo con un amigo que me reprochaba no recuerdo qué, algo relacionado con amoríos juveniles, algo que le había dicho o no a su primo, algo entre su primo, él y una chica, siempre hay algún primo que interfiere o participa en nuestra vida por hache o por be, para bien o para mal. El teléfono por el que hablaba era un teléfono negro de pared, antiguo, hermoso y robusto, cuya goma se estiraba tanto que me permitía pasear por todo el apartamento. El teléfono lanzó una señal que significaba que alguien me reclamaba por la otra línea. Me despedí de mi incómodo amigo abruptamente, aprovechando la irrupción de aquel pitido, y al otro lado me anunciaron tres mujeres, una secretaria y dos miembros del jurado, que había ganado un premio literario.

A. G. y S. P., célebres escritoras, fueron mis interlocutoras.

La alegría fue tan grande que me tiré sobre la alfombra y repté, los brazos pegados al cuerpo, repté buscando que toda mi euforia quedara adherida al suelo. No me cabía tanta alegría en el cuerpo. ¿Quién no ha vivido un gol de su equipo en el último segundo que no se puede digerir ni manejar y por eso salta hasta el agotamiento?

Yo no salté, sino que me arrastré por la alfombra, porque mi alegría era superior a cualquier victoria *in extremis*, a cualquier gol de Sergio Ramos o de *Iniesta de mi vida.*

Pero por más que me arrastrara no lograba desprenderme de la euforia. ¡Y cómo dolía! ¡Cuánto duele la felicidad cuando es tan grande y repentina!

La muerte debe de ser parecida, un golpe inopinado de felicidad, un cucharón de dicha que uno debe digerir de improviso, sin preparación ni pausa para masticar.

Una tonelada de dulce de leche en el paladar.

Y adiós.

Luego estuve con Alessia dando una vuelta a la manzana y otra, y otra más, qué fuerte, lo he ganado, he ganado el premio, jo, qué

fuerte, qué maravilla, qué ilusión, jo, publicaré mi novela.

Ella, que estaba en el paro, había enviado el manuscrito a tres concursos; ella me había hecho el favor, mientras yo trabajaba para un semanario económico.

Entre publicar y no publicar hay mucha distancia, la que media entre tener un pequeño e irrelevante mundo novelesco en el primer cajón del escritorio, a verlo en librerías, para esparcimiento o estupor de tu familia y amigos, de unos cuantos críticos y de varios blogueros. A veces, llega un editor italiano o francés, y entonces los blogueros cambian de nacionalidad y son más amables. Y puedes tener la experiencia fugaz de sentirte casi famoso solo porque un editor italiano te recibe en Milán para llevarte a la presentación de tu libro, en la que estarán menos personas que las que acuden a tus presentaciones de Madrid.

Publicar te coloca en otro estatus, te saca del ostracismo de los amigos con aficiones literarias y te mete en el ostracismo editorial, que es un ostracismo profesionalizado. Hasta entonces lo que había hecho era enviar poesía a todos los premios que conocía, poesía de esa que se guarda bajo llave en el cofre de las cosas vergonzantes, pero que lo mejor sería quemar en el agua porque cualquier oxímoron, como *quemar en el agua*, tiene más valor que todos los versos juntos. El recuerdo de aquellos poemas frívola y solemnemente redactados con frío y calor, el recuerdo de todas las novelas empezadas y desechadas en el basurero con las raspas del salmón, los envases de yogures y las latas de cerveza cobró de golpe otro sesgo con aquella noticia, como si toda esa filfa hubiera sido necesaria para llegar a tan dolorosa alegría, como si hubiera un camino ineludible de esfuerzo inútil para lograr la inutilidad de una novela publicada, de unos árboles talados para hacer mi libro. Y, sin embargo, sé que no es así, sé que los hay que sin esfuerzo logran su primer premio o su primera publicación y no han tenido que desechar nada junto al esqueleto del pescado, sé que cada biografía literaria es como cada biografía personal, no hay dos iguales, y tampoco hay justicia ni premio para el que más lo merece ni castigo para el más necio. Lo que hay es suerte, pero a la suerte solo se accede si uno compra el boleto de lotería una y otra vez. O sea que tampoco es cuestión de suerte, sino de insistencia, de actuar, como decía Aristóteles. Y yo eso sí lo había hecho, compraba boletos todos los días, escribía en cuanto tenía un minuto libre; mandaba mis textos por ahí, a ver qué pasaba con ellos.

Y por eso caminaba sin poder parar, porque poco a poco iba transformando el dolor de la noticia en una alegría suave, que ponía en mis brazos y mis piernas un agradable cosquilleo, hasta que me senté en un banco con mi novia, en el maravilloso distrito de Chamberí, agotado de tanto ejercicio y de tanta histeria y lo acepté:

—Bueno, vale, he llegado.

Tenía treinta años.

El recuerdo del poema leído por la hija de Guarnido también me sentó en un banco, mucho tiempo después, cuando ya era un novelista cuarentón con varias novelas publicadas, consolidado, que no consagrado, pero sí con varias novelas de las que me sentía contento y con Alessia cada vez más distante. Contemplé cómo se alejaba de donde yo estaba. Ver cómo ella se iba integrando en la nube oscura de abrigos, trajes y vestidos me hizo pensar que se estaba desintegrando, regresando al mundo, a su mundo. Entonces se sentó a mi lado un yonqui rescatado de los años ochenta. En otro momento esa aparición repentina me habría deparado un susto grande —en medio del cementerio, para colmo—, pero aquella tarde me dio igual. El yonqui se acercaba mucho a mí, ponía delante de mis ojos unos ojos amarillentos y su rodilla izquierda tocaba mi rodilla derecha. No me moví. Tenía un disgusto enorme. Estaba triste por el desencuentro con mi mujer, triste y enfadado. Y también pensaba en Guarnido, me dolía haber convivido en la oficina con alguien de quien en realidad apenas sabía nada, me sentía estafado por la vida, me preguntaba desde una perspectiva narrativa por las posibilidades de Guarnido como personaje literario y mi pregunta me parecía egoísta, una constatación de mi propia disolución moral, de la disolución moral del mundo a partir de mi ombligo.

—Quiero comer —decía el yonqui, mostrándome sus dientes marrones y mellados.

Cuando era chaval, los yonquis empleaban un método más directo para quitarnos dinero a quienes salíamos de bares por la zona de Argüelles. Sacaban una navaja y te desvalijaban la cartera, y a veces, lo hacían sin necesidad del pincho:

—Dame todo lo que tengas.

—No tengo nada.

—Como meta la mano en tu bolsillo y encuentre algo va a ser peor…

—Vale, toma.

—¿Sabes? —le dije al yonqui en aquel cementerio—. Cuando yo era niño tenía una perra a la que pegaba con un palo. Ella lloraba y se meaba, pero nos quería.

—Dame dinero… Tengo mujer e hijos.

—Y un día, no sé cómo, llegó a mi buzón la carta de un soldado a su madre, le decía que la amaba, pero yo tiré la carta a la basura…

—¿No tienes algo de dinero?

—Solo tengo vergüenza, vergüenza revolucionaria.

El yonqui se alejaba de mí con una cojera teatral, enfadado, y liberándome de su hedor, un hedor que no había notado hasta que se levantó y comenzó a poner distancia. El problema de los yonquis es que no se duchan, les molesta la limpieza personal, porque su displicencia con cuanto les rodea les hace creer que su percepción de sí mismos, omnipotente como la de un bebé, es la única necesaria para vivir, y no es así, su suciedad es lo más real que hay en ellos y lo más difícil de soportar también. Y se paró para pedirle dinero a Alessia, que regresaba a mi encuentro, y que sacó de su bolso unos euros y se los dio.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy cansado.

—De pronto me he dado cuenta de que estaba hablando sola.

—Llevamos hablando solos ya mucho tiempo.

—¿Por qué dices eso?

No respondí.

—¿Te parece mal que le dé dinero a ese pobre hombre?

—El blanco es un color bonito.

—Si lloviera todo este calor se iría.

Nuestra conversación volvía a ser una no-conversación. Pero sí, me había parecido mal que le diera dinero al yonqui. Y no dije nada porque estaba seguro de que ella me habría dicho que ese hombre no tenía nada de yonqui («pobre hombre» lo había llamado), sino que necesitaba dinero para dar de comer a su familia, pero también mi silencio me pareció mal presagio, como si no atreverme a mentar mi malestar fuera ya una rendición ante la catástrofe, dotar a la catástrofe de una categoría, la de irremediable.

Años más tarde, recibí una llamada telefónica durante la hora de la siesta, un sábado. Imaginé que estaba ante un vendedor cuando escuché un carraspeo, pero era algo peor, una cobradora, una perseguidora de morosos. Y yo era el perseguido. Hacía más de un año había interrumpido mi contrato de telefonía y televisión con una compañía del latrocinio eléctrico muy conocida, aquí y en el extranjero, y me venían reclamando una factura inflada, que yo me había negado a pagar tras un cambio de contrato. Me reclamaban la deuda por *mail*, por el móvil y también por el fijo a horas molestas. Por tierra, mar y aire me atacaban. Aquella vocecilla dijo llamar desde un bufete de abogados de Alcobendas, una ciudad dormitorio al norte de Madrid. Como había trabajado codo con codo con quienes se encargaban de tan ingrata tarea años atrás, cuando me dedicaba a la sencilla labor del bastanteo, no conseguía encolerizarme con quienes me perseguían con sus vocecitas de jóvenes recién ingresados en el

mercado laboral, ese mercado de carne barata. Sabía que sus salarios eran nimios, que venían expelidos por Bellas Artes o Historia o Filología y que sus comisiones tampoco aumentarían mucho con los pocos euros que pudieran expoliarme. Sabía que con una buena amenaza la presión se desvanecía o se desintegraba y me guardaba en la manga esa posibilidad, pero tendía a ser paciente con ellos aun si irrumpían en mi sueño apacible. Y aquella mujer me hizo pensar en la ironía del destino, como si hubiera un mecanismo de reloj que une a las personas con casualidades asombrosas.

—Mi nombre es Carla Guarnido… Le llamaba por una deuda.

Guarnido, apellido que enseguida asocié al difunto payaso de mi oficina, aunque no dije nada.

No respondí para ver hasta dónde llegaba la habilidad narrativa de aquella mujer.

—¿Hola? —dijo.

Había guardado silencio durante más de un minuto y por fin ella se rendía.

Nunca me había preguntado qué tipo de técnicas les enseñan a los perseguidores de morosos, ni siquiera cuando trabajaba con ellos en la misma planta décimo tercera de un edificio alto del distrito de Chamartín —desde el que se divisaba el imponente estadio de fútbol del Real Madrid, el Santiago Bernabéu—, porque cuando ejercí de bastanteador el rechazo hacia ese escenario laboral me hacía eludir cualquier indagación, como si la mera curiosidad pudiera contagiarme una enfermedad moral. Había algo de miedo a mí mismo en esa actitud, en realidad, pues veía a compañeros de oficina ir en ascenso dentro del organigrama sin demasiado esfuerzo, los veía telefonear a los morosos, amenazarles un rato, salir a fumar un cigarrillo y bromear junto a la máquina de refrescos o el tanque de agua mineral, y volver a telefonear, y así, día tras día, un esfuerzo intermitente que siempre daba más réditos económicos y laborales que mi rutina jurídica. No quería caer en el lado oscuro, en la tentación de ganar más dinero cobrando deudas; yo siempre sería un *jedi*. Entonces prefería odiar su tarea invasora del patrimonio de los demás antes que aproximarme a ellos, no fuera a ser que me diera por pedir un cambio de sección, como me había sugerido el jefe, y terminar tan perdido como Darth Vader.

Pero ahora estaba en la cama, recién expulsado de un sueño tranquilo, hablando con una tal Carla Guarnido.

—Hola, Carla Guarnido —dije.

Me quedé callado y ella también.

—¿Hola?

—Hola —dije.

—Pensaba que se había cortado la comunicación.

—No, ahora tengo una compañía telefónica fiable.

La chica fue desgranando los males que me afectarían si no abonaba la deuda: males previsibles, similares a los que enumerabas tú, Rebecca, cuando describías el infierno. Y yo poco a poco me iba irritando con su enumeración, porque estaba convencido de que leía un guion igual que tú, Rebecca, recitabas de memoria un prejuicio tras otro. Poco a poco su voz se hizo suave y cuando me quise dar cuenta me despertó mi propio ronquido. Me había vuelto a dormir. El teléfono estaba cerca de mi oreja, sobre la almohada, y la línea cortada.

Durante el entierro de Guarnido, había reparado en sus dos hijas, una era fornida y de rostro agradable, pero nada interesante, de una fogosidad agresiva que recordaba a su padre, la otra más bien lánguida y elegante, con una expresión suave de tristeza, como si todo fuera delicado en ella. Y fue la que leyó el poema de Gamoneda. Marqué el teléfono desde el que me habían llamado para reclamar la deuda odiosa, pero saltó un contestador. Dejé un mensaje:

—Hola, soy un moroso con interés en contactar con la agente de recobros Carla Guarnido… Desearía hablar con ella, por favor. Es importante.

Dos días después recibí una llamada desde ese mismo número de teléfono o uno muy parecido. Durante un rato largo pensé que estaba hablando con Carla Guarnido acatarrada. Hay voces que transitan una frontera difusa, que no se sabe si son de hombre o de mujer, que cuando te enteras de que pertenecen a varón y no a hembra sales definitivamente de la confusión, pero en ese momento, durante un rato largo, tuve la convicción de que hablaba con aquella chica de mirada miope y ademanes melancólicos que se movía entre los congregados al entierro de su padre como un fantasma angelical.

—Estuve en el entierro de tu padre —le dije—. Era una buena persona.

Carla Guarnido guardó silencio.

—Todo el mundo hablaba bien de él —continué—. Sus interpretaciones navideñas nos amenizaban mucho. Ahora que sé a qué se dedicaba las valoro más.

Después de un rato que me angustió —pues pensé que había metido la pata, que había provocado en Carla Guarnido un recuerdo inadecuado, por no decir devastador, y que su mutismo era síntoma de llanto reprimido—, mi interlocutora volvió a hablar:

—Si quiere, le podemos hacer una rebaja del diez por ciento en la deuda, pero tendría que abonarla ahora mismo.

Quizá estaba ante una persona de enorme frialdad, cuya agenda

profesional solapaba la memoria de su padre tras un momento de zozobra.

—Señorita —dije—. Déjelo ya.

—Mejor déjelo usted —me respondió—. Solo intento hacer mi trabajo y le aseguro que no es el primero que se mofa de mi voz... Una mofa un tanto antañona.

Me llamó la atención que empleara ese término, *antañona*, que a mí tanto me gustaba precisamente por antañón, pero no comprendí su reproche.

—¿Cómo decía que se llamaba? —pregunté.

—Luis Fontana.

—Perdón, pensé que hablaba con Carla Guarnido.

—Dije claramente que soy Luis Fontana.

Sin darse cuenta aquel Luis Fontana me estaba quitando un juguete, sin querer me estaba robando la ilusión de una casualidad con visos de narración, para darme una narración menor, chistosa, la del equívoco con su voz. Cada vez que la vida nos da la posibilidad de establecer un nexo entre dos elementos independientes, se produce un relato natural, o sea, magia, se establece una comunión de nuestro espíritu con la vida —por así decir—, que es una forma como cualquier otra de señalar que nos sentimos vivos, parte de un flujo insólito, el cauce mentiroso de la vida. La narración es vida, sin narración no hay nada, todo es sinsentido. Contra la narración de una patria, la narración de otra patria, contra el relato del cristianismo, el del islam; contra el del Madrid, el del Barça; contra el tuyo, el mío, Rebecca. A partir de mi error, el tal Luis Fontana trazaba un hilo narrativo entre mi error y su voz, un hilo que le remitía a sus días de zozobra y miedo, en la adolescencia y primera juventud, cuando debió de sufrir mucho por no tener una voz convencional de varón, una voz más grave. Y así, él no creía en mi error como una mera casualidad, sino que pensaba que yo pretendía burlarme de él, ese relato era la punta del iceberg donde cabía toda su biografía en clave de novela, desde que se hizo un adolescente con voz de niño, y sus compañeros debieron de hacérselo notar, hasta que se convirtió en el adulto que se ganaba la vida telefoneando con su voz de mujer.

Sus cuerdas vocales eran como la mano atrofiada de aquel jefe innoble que tuve, su coartada vital básica, el centro de su personalidad.

Cometí el error de intentar corregir mi metedura de pata.

—Déjame decirte que a mí también me han confundido alguna vez con una mujer...

Y, para colmo, empecé a toser, muy nervioso, muy consciente de lo inadecuado de mi apostilla.

Una vez escuché decir a un charlatán, que se presentó como un *coach* ante nosotros, los empleados de la oficina siniestra, que en la vida todo es relato. Era una teoría innovadora para el mundo empresarial, sin duda, pero no para mí, que ya tenía unas cuantas novelas publicadas y como todo novelista tendía a considerar el relato como un émulo o un sustituto de la divinidad. Sabía que hay gente que es capaz de vivir sin relato, como lombrices, como amebas, como árboles, como yedras. Había conocido a tipos que nunca sabían qué deseaban narrar, que podían empezar una anécdota en un punto y terminar tan lejos de ese punto que olvidaban lo sustancial. Les faltaba el instinto narrativo, la estrategia natural que necesita cualquier autor, sea por escrito o a viva voz.

Siempre me dejaban perplejo esas mentes incapaces de ordenar un relato ni tan siquiera para contar una simpleza. Aquellos que necesitaban justificar el principio del relato con una anécdota anterior, y esta anécdota a su vez con otra previa, y el personaje tal con el personaje cual, y un dato irrelevante con otro aún más irrelevante, y así sucesivamente hasta volvernos locos a todos los oyentes con un paréntesis tras otro sin rumbo ni final. Nada hay más problemático en la vida que un hombre sin relato, que es como un ajedrecista sin estrategia; pero nada hay más peligroso que un hombre con un relato cerrado, pétreo, impenetrable y prestado: suelen ser fanáticos. Mi problema nunca ha sido el relato, sino la fantasía del relato, sin querer miento, sin querer no cuento lo que fue, sino lo que sentí.

—Al grano —solía decir el gran Piera.

Y el grano para él era, amén de la cerveza, el vino tinto o el vodka del bar, dar en el clavo, dejarse de historias para narrar la historia esencial, la de la emoción, aunque esta fuera turbia, ingrata y llena de burbujas.

Mientras mis amigos charlaban, mientras mis familiares comían, mientras mis compañeros de trabajo trabajaban, mientras los vendedores telefónicos guardaban silencio, mientras en el cine se apagaban las luces y mi mano tomaba la de Alessia, mientras el conductor de autobús me devolvía el cambio, mientras el segundo avión se estrellaba contra la torre norte, mientras Alessia paría por primera, por segunda y por tercera vez, yo buscaba un relato. La gente vivía y yo intentaba adaptar todo aquello que pasaba volando a mi alrededor —voces, comidas, manos, escupitajos, llantos, risas— a un cauce narrativo. No era nada nuevo. Ahí estaban las cartas de Flaubert a su amante o de Kafka a su novia o de Fulanito a su madre, escritores que daban la murga a sus parejas con la obsesión de que eran incapaces de escribir tanto como hubieran deseado, que no lograban

darle sentido a la realidad. No lograban una historia, no lograban que la realidad dejara de ser la realidad, no conseguían *el relato*.

—Todo es relato —decía el *coach*—. La vida es relato.

Y al salir del seminario los bastanteadores nos burlábamos de la monserga —aunque yo, secretamente, sí creía en ella—, porque nosotros no teníamos más cometido que revisar unos papeles y darles el visto bueno, nosotros apenas necesitábamos relato para justificar nuestra tarea o satisfacer al cliente, el cliente llamaba convencido —cajeros de las sucursales bancarias que nos mandaban los contratos para revisión—, pero los de la sección de recobros debatían sobre lo que habían escuchado, algunos parecían haber llegado a Jesucristo gracias al *coach*.

Todo era relato. Todo.

Dios no era el protagonista de tu relato, Rebecca: tu relato era el infierno. Sin infierno tú y los tuyos no creeríais en Cristo ni en Dios ni en nada más que la bandera norteamericana. O ni eso.

Los médicos de cabecera, los psiquiatras deberían recetar más relatos y menos pastillas. Deberían imitar a los curas de todas las religiones, que cuando les pides un cigarrillo o la hora te dan un relato, y ese relato llena todos los huecos, todas las fallas, cualquier duda se transforma en certeza gracias al relato.

Algunos médicos lo hacen:

—Doctor, estoy deprimido.

—No lo veas así: te estás convirtiendo en un cisne —me dijo el médico de cabecera poco después de mi miocarditis, un médico cuyos ojos vidriosos y ademanes lentos me hacían pensar en un opiómano.

—¿Usted cree?

—Sí, estás en un proceso de transformación. De transformación a mejor.

—Hacerse mayor es ir a peor, objetivamente.

—No lo veas así… Hacerse mayor es ser más sabio y la sabiduría es belleza… Te convertirás en un cisne de la sabiduría y saldrás volando por esos cielos de Dios.

Estaba metido en su relato, en su microrrelato, dándole vueltas a su verosimilitud, pero la palabra *Dios* me sacó de él, porque siempre que alguien mienta a Dios —al que no pocas veces yo llamo el Altísimo, en querencia protestante— regreso a tu casa, Rebecca.

—Mientras estuve en Pensilvania, con dieciséis años —le conté al médico, a partir de su comentario—, yo intentaba llegar a Dios y no lo conseguía. Me culpaba de ello. Trataba de que entrara en mi corazón y no lo lograba por más que me hincara de rodillas y apretara la mandíbula, por más que orara en silencio pidiendo su llegada…

El médico me miró con esa calma de los que están acostumbrados a escuchar cualquier cosa, de los que han hecho de escuchar su profesión. Pero su perplejidad era evidente, pues creo que había interrumpido su discurso antes de tiempo, en su comienzo, un discurso que en realidad era parte de un guion sanitario eficaz. Cuántas veces no habría dicho él a un paciente que se iba a transformar en cisne. Una vez escuché al actor porno Nacho Vidal decir que prefería follarse a las maquilladoras y a las limpiadoras de los rodajes antes que a las actrices; había en ello una sutil disposición favorable a la ruptura de los guiones, a favor de improvisar la vida. Follarse a la maquilladora y dejar intacta a la actriz (aunque esto, supongo, nunca ocurría) era una aventura narrativa que siempre puede conllevar una recompensa mayor —y también más castigo— que cumplir con el proyecto trazado, con la hoja de ruta, con el plan. Yo, salvando todas las distancias, estaba rompiendo el guion de aquel médico, que hacía bien en recetarme un relato antes que una pastilla, pero lo que él no esperaba —o sí, vete a saber— es que le narrara mi propia, lejana adolescencia.

—No hagas como Nacho Vidal —me dijo.

—¿Perdón?

—Creo que me has escuchado mal.

—Repítamelo, por favor.

—No maldigas tu periplo vital.

No había dicho nada de Nacho Vidal, estaba todo en mi cabeza.

Sócrates también prefería trazar o escribir su periplo vital dejándose llevar por impulsos —en su caso, intelectuales— antes que siguiendo un mapa, y presumía de ir por ahí sacando de sus casillas a todos los fanfarrones con los que se topaba en Atenas, que no eran pocos. De ahí que le obligaran a tomar la cicuta. Un relato es una visión del mundo, de la misma manera que una visión del mundo es un relato. Y de él depende la identidad de quien lo sostiene. Por eso, la mayoría reacciona con ira cuando se le toca su relato, pues se está atacando su identidad.

—Soy pelirrojo.

—Pero si tu pelo es negro…

—¡Soy pelirrojo!

—Vale, no he dicho nada.

Ser pelirrojo es, aquí, la punta del iceberg de un relato íntimo, de extrema importancia, que define la identidad de quien con tanto ardor asegura tener, contra toda prueba, el pelo rojizo.

Y una hora después:

—¿Acaso no ves las pecas?

—No entiendo qué tiene que ver el pelirrojo con su experiencia en

Pensilvania —me dijo el médico.

—Yo tampoco.

Es lo que tiene la tristeza cuando se convierte en patológica: que uno no se entiende a sí mismo ni cuando habla con quien se supone que debe hacer por aclararte las cosas, que uno se vuelve inconexo porque hasta el menor relato le genera enormes dudas y zozobra y se nubla la comprensión de lo esencial. Si todo duele, no puede haber relato. Pues para realizar un relato hay que tomar distancia y separar lo importante de lo superfluo, pero con dolor la distancia es imposible; es imposible narrar que estás al borde del precipicio si te mantienes ahí, falta la perspectiva, que solo se adquiere cuando te rescatan y te alejas y, entonces, lo cuentas.

Tenía un compañero de facultad, Fernandisco (le llamábamos así porque se parecía mucho a un locutor de radio con el mismo apodo), que estaba muy orgulloso de ser pelirrojo. Me preguntaba qué extraño prestigio hallaba en serlo, qué narración identitaria escondía, pues no lo era. Ya entonces intuía que detrás de su insistencia había un relato épico y familiar. En cuanto estabas un momento a su lado, tomando una cerveza o tomando el sol en el césped del campus, decía que él era muy pelirrojo. No pelirrojo a secas, sino *muy pelirrojo*. Nadie se atrevía a llevarle la contraria, porque tenía tendencia a ponerse violento. Corría el rumor de que era adicto a las anfetaminas desde que siendo niño un médico se las recetó para combatir su hiperactividad (por lo visto, las anfetaminas hacen que los niños hiperactivos ganen en concentración y calma), y lo cierto es que su actividad era bastante molesta. Se movía y hablaba demasiado. Era esquivo y celoso con lo suyo y entrometido e irrespetuoso con lo de los demás. Tendía a dar collejas y hacer comentarios inadecuados, casi siempre relativos al físico de quienes le rodeaban. Pero a él no se le podía rozar ni siquiera con una broma ligera, aunque fuera bienintencionada. Presumía de tener una gran capacidad para soportar cualquier crítica, pero, como dice el refrán, «dime de lo que presumes…». Era un indeseable, en el sentido propio del término: nadie deseaba estar con él. Y cuando digo nadie, en realidad estoy hablando de mí. Estoy haciendo un relato en cuyo centro me sitúo yo, el personaje Nadie.

Cualquier cosa, cualquier crítica, cualquier desacuerdo con sus opiniones dejaba temblando a Fernandisco, con una agresividad verbal torpe, porque era poco leído y poco elocuente, pero muy desagradable y temible, pues el falso pelirrojo resultaba ser un tipo fibroso que se pasaba el día practicando boxeo y tenía la mano larga.

Una suerte de vocación de domador de leones me hizo meter la cabeza en las fauces del *pelirrojo*, aquel día de octubre. La hierba

estaba mojada. Pero nos habíamos tumbado en ella unos cuantos compañeros de clase. A un lado, nuestra pereza; al otro, la Facultad de Derecho, de ladrillo visto, en cuyos pasillos los catedráticos cojeaban su soberbia de aquí para allá, daban clases en las que demostraban cuánto les molestaban los alumnos, con un gesto de desdén o desprecio en la boca y en la mirada.

Los catedráticos de Derecho no iban a la facultad a enseñar, sino a mirar con limpia repugnancia a ese molesto obstáculo para su bienestar que éramos los alumnos.

Ellos querían cobrar sus honorarios y salir en tertulias de televisión y radio o publicar tribunas en los periódicos, pero dar clase… ¡Cómo nos atrevíamos a ambicionar que nos dieran clase y que la clase fuera comprensible, razonable o incluso pedagógica!

Uno se preguntaba de qué planeta venían esos tipos, y la respuesta era sencilla: del planeta España, donde la universidad es un cementerio de elefantes muy vivos.

El relato de los profesores de Geografía e Historia era casi peor, un relato mucho más modesto, humilde, de exacerbación de la timidez y de la falta de importancia del profesor ante los alumnos asilvestrados. Mi primer día fue sintomático: entró en el aula un señor bajito, calvo y con gafas, una personificación del Rompetechos de Ibáñez como Melisa lo fue de las mujeres temibles del Paracuellos de Carlos Jiménez, y unos cuantos alumnos que había detrás de mí lo insultaron:

—¡Enano, enano! —decían con una murmuración audible pero imprecisa, rebajada por las manos que tapaban las bocas (el rostro bajo, casi oculto tras los pupitres).

Rompetechos empezó la clase con un tic violento en la ceja izquierda, todo su rostro desde allí hasta la comisura de los labios se contraía con una tensión diagonal que proyectaba en su expresión el dolor que debía de haberle causado tan degradante recibimiento. Con su rostro suavizándose de tics poco a poco, consiguió darnos una explicación introductoria sobre las tribus prerromanas del norte de la península ibérica. Sus disquisiciones, aun balbucientes, me interesaron mucho, porque a mí me fascinaba la España prerromana, los astures y los cántabros, los galaicos, los várdulos y caristios, los vascones, había devorado desde mi primera adolescencia los libros de Julio Caro Baroja sobre etnología ibérica (uno de los españoles más valiosos del siglo XX, Rebecca), pero cuando el profesor subrayaba que los romanos cometieron miles de crucifixiones en el norte de la península, cuando explicaba cómo el geógrafo griego Estrabón dejó escrito que cántabros y astures morían cantando en sus potros de tortura, que las mujeres se suicidaban después de haber matado a sus hijos para que no cayeran en poder del enemigo, de la misma fila de alumnos insultantes se elevó un brazo romano.

—Dígame. —Señaló Rompetechos al alumno.

El chico se puso en pie.

—Los que pensamos que esta clase es una mierda… ¿nos podemos ir?

—¡Sí! ¡Váyase! —gritó el profesor, con un marcado acento galaico que hasta entonces no había notado, como si los ancestros le salieran por la ira—. ¡Váyase adonde le dé la gana!

Y no solo se fue el alumno descarado y faltón, sino que también se incorporaron y salieron sus acompañantes, la fila entera, con comentarios del tipo «no sé cómo lo aguantáis», «menudo coñazo», «vaya gilipollas».

Nunca más volví a ver a esos tipos. Siempre me quedó la duda de cuál era su procedencia. ¿Se trataba de exalumnos resentidos que regresaron para vengarse del profesor? ¿O se trataba, más bien, de alumnos de otras facultades que empleaban el primer día de curso en realizar semejantes bajezas?

Meses más tarde, con parecido tic e idéntico deje gallego, el profesor me expulsó de su clase por dormirme en ella. La soporífera atmósfera universitaria ya había penetrado en mí y todas las guerras de la antigüedad juntas no podrían haberme sacado de la modorra. Quien se sentaba a mi lado, un buen amigo, me dio un codazo. A lo lejos vi moverse la pequeña figura como en sueños.

—¡Largo! —me gritó.

Y poco a poco fui abandonando la clase, arrastrando los pies, mientras a mi espalda quedaba el estrépito de la voz gigantesca de Rompetechos, que parecía salir hasta de las paredes:

—¡A dormir al bar!

En la Facultad de Derecho la situación era tan distinta que, al principio, me alegró el corazón ver la soberbia con que los profesores, los catedráticos y los conserjes entraban en clase. «El engolamiento del ujier refleja el talante del magistrado», decía un amigo parafraseando o reproduciendo un dicho de su padre. Los ujieres de Derecho no eran como los de Historia, y los catedráticos por tanto tampoco. Aquellos tipos podían ser enanos o gigantes, gordos o flacos, cojos o con tres piernas, pero nadie podría decírselo a la cara, porque su presencia imponía un respeto de carácter militar. Nadie entendía casi nada en sus clases, nadie sabía bien de qué iban sus disertaciones, pero el catedrático te hacía sentir que era catedrático desde el momento en que ponía el pie en el aula.

Cada paso, cada parpadeo, cada respiración parecía expeler un mensaje: «Soy catedrático».

Y por encima del catedrático solo mandaba Dios.

Aquel día en que estábamos tumbados en el césped, *el pelirrojo* hinchó mucho el pecho para presumir de que su padre también era catedrático, pero de instituto.

—¿Y es pelirrojo? —le preguntó alguien.

Nadie se rio. Nos habíamos acostumbrado a no reír en su presencia.

—Sí —contestó—. Como yo.

Fue ahí cuando, harto de beber cerveza y mojarme el culo, intervine:

—A mí no me pareces pelirrojo.

El universo guardó silencio.

Me fijé en sus pestañas, que no eran pelirrojas, pero sí rubias, y me fijé en la piel blanca y salpicada de pecas de sus mejillas y sus brazos, y me dije que tal vez estaba siendo injusto y sí era pelirrojo o sí tenía un no sé qué pelirrojo o, cuando menos, una infancia pelirroja.

—¿A qué viene ese comentario? —dijo.

Buena pregunta, tendría que haber respondido yo.

—A que no deja de asombrarme que presumas de pelirrojo.

El silencio del universo ganó consistencia, peso, se podía cortar con un cuchillo.

—Mi familia es pelirroja y yo también. Mi padre es pelirrojo, mi madre también. Las dos familias son pelirrojas. Somos muy pelirrojos.

—Y eso… ¿qué mérito tiene?

—Solo lo constato.

Y estuvo amable, tranquilo, mirándome con los ojos muy abiertos, como si me descubriera por vez primera en tres años de convivencia universitaria. Hay gente que responde mejor si la golpeas, si no le muestras miedo, pero para eso hay que estar dispuesto al riesgo de recibir un disgusto. La elusión del conflicto muchas veces conlleva la peor consecuencia, el ostracismo.

De pronto, el presunto pelirrojo, el tal Fernandisco, cuando yo ya me alejaba hacia el interior de la facultad respirando suave y profundamente, expelió un alarido propio de una bestia de la selva. No me di la vuelta por miedo a que sus palabras —que no quise comprender— fueran dirigidas a mí. Supe después que le había dado una crisis de epilepsia y tuvieron que ir los servicios sanitarios de la facultad a meterle los dedos en la boca para que no se mordiera la lengua. Durante días me sentí culpable del suceso, pues hasta entonces el tipo no había sufrido ataques semejantes. Y una mañana que lo trajeron a la facultad en un Peugeot 505, y le ayudaron a salir del asiento trasero, con una muleta —durante el episodio epiléptico se rompió un tobillo—, pude ver que, en efecto, toda su familia era muy pelirroja, desde el padre, pasando por la madre hasta su hermano

mayor. El progenitor y el hermano mayor eran de ese tipo de pelirrojo de pelo más bien oscuro, esos pelirrojos de ojos marrones que tienen también una voz pelirroja —yo me entiendo—, y la madre era una pelirroja casi rubia, de ojos claros y pestañas blancas. ¿Por qué ese afán de presentarse como pelirrojo? ¿No era ser pelirrojo una molestia, un engorro para la mayoría? Zanahorio, Naranjito, Hombre Fanta, Fosforito, Pelo Cobre, Oxidado…, recordaba tantos motes desagradables, oídos en el colegio, para quienes tenían la suerte o la mala suerte de serlo… A lo mejor, siendo niño, en sus días de escuela, a Fernandisco le habían dicho que era adoptado por no ser tan pelirrojo como sus familiares, a lo mejor por ahí venía su trauma, a lo mejor todo era una sublimación de su complejo, a lo mejor, pobrecillo, el tipo era adoptado, o simplemente, admiraba tanto a su hermano mayor o a su padre que deseaba ser como ellos hasta en lo menos favorable o en lo más intrascendente, las pecas y el color del pelo. Pero no encaraba bien su problema, porque anunciarse como pelirrojo sin serlo y sin relato previo era un sinsentido. Era tan solo un exabrupto, una *boutade*, una burla, una llamada a la guerra: obligaba al interlocutor a comulgar con ruedas de molino.

—Soy pelirrojo.

Y había que callar porque el riesgo de pelea o disputa dialéctica eran patentes si uno manifestaba sus dudas, aunque fuera con tibieza. No había lógica ni esfuerzo narrativo que justificara su aseveración; debías aceptarla salvo que quisieras buscarte un problema.

—Hay muchos morosos que son unos hijos de puta. —Esta era la parte sustancial del relato de quienes perseguían a los morosos en aquella oficina siniestra, por ejemplo.

Lo solía decir el payaso Guarnido cada vez que terminaba una llamada telefónica, sobre todo si esta no era exitosa. (Se recomienda, en narrativa, eludir clichés o lugares comunes, pero nada como el tópico *oficina siniestra* para describir aquella oficina y todas las oficinas que he pisado, incluidas las que tienen pufs y garrafas dispensadoras de agua mineral con *ginseng* y jalea real y dianas con dardos y futbolines para distracción de los empleados, que nadie usa, incluidas las que pretenden atemperar su carácter de oficina con mobiliario *cool*).

—Hay muchos asegurados que son unos canallas —me decía yo en aquel bufete de abogados respetable, cuando tenía delante un nuevo expediente y lo abría, y me topaba con la fría consignación administrativa del caso.

Y, entonces, me enteraba de la existencia de un demandante al que se le había quemado la lengua con lejía y la aseguradora rechazaba hacerse cargo de los gastos médicos, pese a que el bar donde se había

producido el siniestro llevaba lustros pagando su póliza sin protestar ni demorarse en un solo vencimiento.

Pero estaba con el médico de cabecera. Y el doctor había mentado a Dios y Dios era una entelequia que me robaba la atención desde mi experiencia norteamericana. Porque Dios nunca se puso de mi lado mientras conviví con vosotros, Rebecca, lo cual me dejó una huella, una herida, la impresión de ser víctima de una injusticia celestial. Todas mis ganas por entrar en el redil de la divinidad se veían boicoteadas hora tras hora por el creador de todas las cosas, que nunca me decía nada, que no respondía a mis peticiones de auxilio, que jamás se dignó a contestarme, que se mantuvo siempre alto, altísimo, inalcanzable, que le dio igual cuando me puse a rezar con todas mis fuerzas.

Quise ser tan cristiano como me pedías, pero no logré estar a la altura de Dios.

Ante tanto y tan cruel silencio, yo le compraba todo al Altísimo, cualquier cosa. Iba pagando cada vez con más sacrificios personales. Un día no comía. Otro dejaba de leer la novela que tanto me gustaba. Otro me daba una bofetada frente al espejo (las bofetadas, siempre delante del espejo). Y le reprochaba a Dios su silencio no porque callara ante los males mayúsculos del mundo (hambrunas, enfermedades, guerras y demás calamidades), sino por un asunto pedestre, personal, íntimo, de incomprensión ante su tozuda resistencia a modificar mi carácter y llenarme de la fe mágica que vosotros sí teníais y que tanto os hacía reír y que con tanta facilidad llenaba vuestra conversación. Y cuanto más me sacrificaba más notaba su displicencia de buen vendedor, su mutismo de muro impenetrable, así que habría pagado un millón de dólares por que me vendiera su humo de haber dispuesto de tal dinero.

Cuando creía tenerlo ya dentro, a Cristo —a veces ocurría en raptos de euforia o de tristeza o cuando tenía sueño y lo onírico me invadía—, trabajando para convertirme en un Neher más, se me aparecía real o ficticia Amanda Domarasky y me producía una erección, lo que ponía en retirada a Dios con todos sus ángeles invisibles y sus trompetas mudas. La voz suave de la muchacha de ojos grandes y grises y rostro ancho derrotaba la mismísima omnipotencia del creador de todas las cosas. ¿Cómo una muchacha tan pequeña podía derrotar a alguien tan grande? ¿Por qué esa chica que me miraba con una sonrisa, a veces angelical y a veces diabólica, y que decía que le gustaban mis dibujos era más real, más poderosa, y me producía mayor bienestar e inquietud que el Señor que tanto me amaba y tanto deseaba velar por mí? ¿Por qué quería estar más con ella que con Dios? ¿Por qué prefería la hipnosis de su voz al aburrimiento del silencio?

En Amanda Domarasky residía todo cuanto mi cuerpo y mi alma podían desear en este mundo y en el de más allá, y cuando entraba en la clase de latín y la veía charlando con su habitual gracia y luego nuestras miradas se cruzaban… ¿qué era Dios en aquel momento?

La sonrisa de Amanda suponía el fracaso de mis sacrificios diarios para llegar a Cristo, con ella me olvidaba de todas las promesas hechas de rodillas y de todos los disgustos que me llevaría más adelante, cuando sería objeto de tu mirada censora, Rebecca, de tu mirada triste, cuando me sentiría culpable de tu decepción.

Si Amanda Domarasky no era la mejor expresión de Dios, si ella misma no era Dios, entonces Dios no existía. Esto yo lo intuía, pero me daba miedo pensarlo.

Porque el miedo al infierno es contagioso.

Lo cual hacía que me culpara de no ponerme del lado de la divinidad en esa batalla, cuando regresaba a casa y hacía recuento de mis fallos en el camino hacia la salvación de mi alma. Miraba a Bill Cosby mientras deglutía un helado, una *pizza* o unas palomitas —en parte, la cultura norteamericana consiste en comer hidratos de carbono todo el rato, sobre todo delante del televisor, y por eso el bueno de Bill también comía helado, *pizza* o palomitas en su serie— y me preguntaba cómo podía él sonreír tanto cuando probablemente estaba en un tris de pasarse la vida eterna cociéndose en el fuego: un traspié repentino en las escaleras, un atropello inopinado en Manhattan, una maceta que cae desde lo alto en Brooklyn, donde vivía tanto en la serie como en la vida real, un infarto durante un ensayo y, plaf, Bill pasaría de este lado feliz de la existencia, el de su cotidianidad desenvuelta y desenfadada de millonario en Brooklyn, a un sinvivir eterno de fuego y dolor en el sótano del azufre.

Bill Cosby olía a azufre, aunque él no lo supiera, aunque se perfumara mucho. Todos —menos los Neher, el reverendo Pat Robertson y algún privilegiado más— hedíamos a azufre porque la ira de Dios no dejaría lugar para el perdón. «Muchos son los llamados y pocos los elegidos». Dios era norteamericano, rubio y con ojos azules y elegía a estos para su reino. Dios era del Ku Klux Klan, aunque los Neher fuerais antirracistas y no tuvierais prejuicios ni actitudes animosas hacia las minorías étnicas.

Dios nos amaba tanto que estaba en un tris de enviarnos al fuego eterno a todos los católicos, a todos los ateos, a todos los agnósticos, a todos los budistas, a todos los musulmanes, a todos los comunistas, a todos los demócratas, a todos los protestantes que no eran exactamente como vosotros, incluso.

El fuego. Eterno.

Dios era el mejor vendedor del mundo. O quizá Dios era solo el producto inmejorable que vendían los sacerdotes de la tierra.

Era terrible para un adolescente conjugar sus ataques hormonales con la mística de un Dios que nunca terminaba de meterse dentro de su cuerpo. Incluso cuando Bill Cosby y su agradable esposa me hacían reír o sonreír, la buena de Amanda Domarasky era capaz de quitarles protagonismo. ¿A qué poder milagroso obedecía su aptitud para obsesionarme y ponerme la carne de gallina? ¿A qué narices jugaba Dios? ¿Por qué no la apartaba de mi mente de una vez por todas?

«Maldito seas, Dios».

Pero, claro, los reproches al Altísimo duraban poco, y alimentaban más bien los remordimientos, pues no podía culparle a él de lo que con toda seguridad era una debilidad personal, una expresión de mi carencia de fe, de mi falta de genuino deseo por merecer su presencia en mí.

(Los Neher teníais un familiar, un sobrino de Jim, que os visitaba a menudo; era un chaval un año menor que yo, con gafas y pelo rizado, pero alto y grande como un eunuco del Medievo. No recuerdo su nombre ahora. Sí recuerdo que nos acompañó un cálido fin de semana de septiembre a Ocean City, la ciudad de los casinos de la costa este, cuyo largo paseo de madera frente a la playa contenía toda la diversión que puede desear el ciudadano medio norteamericano, puestos de comida rápida y algún *pub* para beber cerveza, y por supuesto, iglesias de madera, protestantes y católicas. Era como el cielo de los norteamericanos y, por tanto, se llenaba de ellos, angelotes gordos, lechosos y con visera de béisbol. Entonces aquel chico iba con bañador estilo bóxer y empalmado, y todos hacíais como que nada ocurría ahí, pero el chico andaba siempre con una tienda de campaña en el centro mismo de su bañador azul, y yo me preguntaba cómo se podía conjugar su priapismo con la religiosidad de sus familiares, que era también la suya propia).

El médico se rio larga y ruidosamente al llegar a esta anécdota. A veces hay elementos de los cuentos que logran captar la atención de los niños, y todos llevamos un niño dentro, el que fuimos.

—¿Qué quieres? —me dijo, finalmente, tras carraspear.

—Que me dé algo para lo que sea que tengo, este malestar difuso, incomprensible, fundamental.

Y me lo dio. Pero me dejó sin el relato completo del cisne que quizá podría haber ahorrado un medicamento al erario público. Una derrota, cualquiera, solo se puede dejar atrás con un buen relato. Por eso es tan bueno el refrán «No hay mal que por bien no venga» o «El que algo quiere algo le cuesta». Son piedras de toque para la elaboración de un relato salvador en mitad de la ruina.

Partiendo de esas premisas efectivas, y seguramente falsas, el

médico podría haberme narrado el cuento de que toda crisis es una oportunidad y como tal hay que afrontarla, y haber enriquecido tal cuento con una anécdota sobre un paciente que fue despedido y luego, gracias a ello, encontró el sentido de su vida y bla, bla, bla. Pero no. Quizá no le dejé hacerlo. Le interrumpí en cuanto mencionó al cisne y prefirió recetarme un antidepresivo, que era una forma de mandarme a paseo, de mandarme a encontrar yo, con pastillas, el relato para salir adelante y hacer pasar al siguiente paciente.

Cuanto más racional es quien recibe el relato mayor empaque literario necesita este para ejercer su influencia, porque los relatos solo funcionan si activan la fibra emocional y suspenden o dejan fuera el análisis del intelecto. Sin emoción el relato no es efectivo. Por eso la política, que es donde el relato opera con mayor contundencia, trata de ser pura emotividad. No hay análisis, no hay más que un juego de golpes al corazón para activarlo y mantener cardiaca a la tropa. Pero así pocas veces se convence al contrario, solo se mantienen prietas las filas.

—Muchos asegurados no son trigo limpio.

Este era mi relato cuando contestaba demandas en favor de aquella compañía de seguros. Yo me había matriculado en la Facultad de Derecho para ser Tom Cruise y defender a los buenos en los tribunales, pero el mercado laboral me había puesto en mi sitio: era el malo de la película, aunque con un relato que me permitía despreciar a mis adversarios. Y a medida que iba mejorando como abogado mi relato agravaba la maldad del demandante para orillar la evidencia de que estaba traicionando mi vocación.

—Muchos asegurados son unos timadores.

Al cabo de seis meses, cuando me preguntaban por mi labor en el bufete, tenía clara la respuesta:

—Perseguir estafadores.

Mi jefe cortó este relato y lo recuerdo con admiración, cuando aún no había cumplido los treinta. Estaba enfrascado en una contestación a una farragosa demanda y logré dar con la clave del error de un asegurado especialmente pertinaz en su reclamación. No había firmado algo, o lo había firmado mal, o su abogado había invocado una cláusula que no era la que tenía que invocar. Entonces la euforia hizo que me adentrara en el despacho de mi jefe para narrarle el hallazgo, pero él, lejos de asentir con alegría, me paró como un policía de tráfico, con la palma de la mano por delante:

—Espérate —me dijo—. Fíjate bien en las circunstancias del asegurado… Es un pobre diablo… Ha pagado durante veinte años la póliza, y cuando le ocurre un siniestro, se rechaza la indemnización

que reclama y a la que tiene derecho, que no es nada del otro mundo, simplemente que se reparen los daños de su pared… Entonces, sí, tienes razón, no debió firmar esa cláusula, pero tú y yo sabemos cómo se presentan estos contratos, tú y yo sabemos la opacidad de los mismos y que no todos nuestros asegurados tienen conocimientos suficientes para saber lo que firman… Así que déjalo estar, no vayas por ahí… Olvídalo… Hemos ganado suficientes juicios este año.

Al volver a mi escritorio, no solo no tenía relato para aquel expediente, sino que todo el relato que me habría permitido labrarme una carrera de abogado exitoso se quebró, se desintegró y salí del bufete con el cielo encapotado. Todo había dejado de tener sentido. Todo cuanto me había permitido estar conforme con la manera en que me ganaba y me iba a ganar la vida se derrumbó, y lo hizo desde el lugar más inesperado e insólito, desde un relato de mi propio jefe.

Fue cuestión de tiempo que, para su sorpresa y disgusto, abandonara su despacho y la profesión. ¿Qué esperaba? Me hizo ver que éramos los malos de la película.

Siempre he tenido una memoria rara para los nombres, caprichosa, por eso recuerdo el nombre de ese asegurado a quien yo tenía entre la espada y la pared antes de que mi jefe lo salvara de fenecer judicialmente. Se apellidaba Fortuny, un apellido que me remitía a Celia, el personaje literario que marcó la infancia de mi madre, y me remitía también a las fábulas de La Fontaine (Fortuny, Fontaine), y sobre todo, me hizo pensar en las casualidades del destino cuando me enteré, muchos años después, de que quien me reclamaba una deuda odiosa (es decir, injusta) al otro lado del teléfono no era Carla Guarnido, sino un tal Luis Fontana. Dos Guarnidos entraban en mi vida, y un Fortuny y un Fontana, de similar sonoridad. Me pregunté si esto tenía algún tipo de significado trascendental; desde la perspectiva del horóscopo occidental o chino, no sé, si en las constelaciones y las estrellas estaba escrito que todos los *cerdos* del año 71 íbamos a toparnos con tales apellidos.

(Porque yo nací el año del cerdo como otros nacieron en el año de la serpiente o del perro).

—Te había confundido con Carla Guarnido… —le dije a Luis Fontana—. Yo quería hablar con ella.

La nueva masculinidad tiene buena prensa sobre el papel, pero no soporta salirse de este, y a ningún varón, aunque se diga feminista, le gusta que confundan su voz con la de una mujer. Sin embargo, mi interlocutor debía de estar acostumbrado al error y se irritó solo por un periodo breve. Enseguida se tranquilizó y recuperó la compostura.

—No sé quién es Carla Guarnido…

—¿Trabajas en Madrid?

—No, le estoy llamando desde un despacho de Valencia.

—Entonces debe de haber varios bufetes de abogados persiguiéndome por esta deuda odiosa. ¿Sabes lo que es una deuda odiosa?

Guardó silencio.

—Una deuda odiosa es una deuda execrable, injusta, que no debe pagarse…

—Usted debe 253 euros con 22 céntimos a la compañía eléctrica.

Y colgué. Tres días después me llamó la verdadera Carla Guarnido, en quien empecé a depositar ensoñaciones de amor clandestino.

Le expliqué que yo había trabajado codo con codo con su padre, le dije que compartimos oficina siniestra y cenas de Navidad y que admiraba cómo se encargaba de dar consuelo a los niños enfermos y pobres de nuestra ciudad. Ella no dijo nada. Pero quise creer que su silencio tenía que ver con un asentimiento implícito, incluso con la emoción que le producían mis palabras.

—Si quiere —me dijo, tras carraspear—, puede hacer el ingreso en dos plazos.

Y, perplejo, colgué.

La noche siguiente, cerca de las doce, recibí una llamada telefónica que me hizo cerrar el libro que estaba leyendo en la cama, uno de Gari Kaspárov sobre el ajedrez y sus aplicaciones vitales. Desde que gané aquel premio literario tengo por costumbre contestar a todas las llamadas con número de teléfono desconocido, pues me remiten a un momento muy feliz de mi vida. Todavía, pese a todas las evidencias en contra, sigo creyendo que se repetirá la experiencia, que volveré a reptar en la alfombra para dejarla perdida de euforia. Siempre o casi siempre son malas noticias o, si no malas noticias, noticias aburridas, comentarios intrascendentes, ligeramente molestos en el contraste con lo que espero. Pequeñas malas noticias de la cotidianidad. Impagos, facturas, impuestos, personas conocidas y desconocidas que quieren que lea su novela o su poemario, voces de ultratumba que desean que acuda a una reunión de exalumnos, amigos que desean comentarme su inminente divorcio o lo listos y buenos deportistas que son sus hijos.

—Hola —me dijo una voz que me pareció la de Luis Fontana—. Soy yo. Le llamo por lo que dijo de mi padre.

Entonces caí en la cuenta de que no estaba hablando con Luis Fontana, sino con Carla Guarnido, y se me aceleró el corazón.

—¿Quién es? —me preguntó Alessia.

Salí de la cama para poder hablar tranquilo, con una ilusión culpable.

—*Chi è*? —volvió a preguntarme Alessia.

Le hice el gesto de que nadie especial y me adentré en el pasillo en busca del salón.

—Perdona, sí, te había confundido con otro cobrador.

Las luces de la ciudad, a lo lejos, me hicieron pensar en ella metida en alguna de aquellas ventanas.

—Llamaba porque esta mañana no podía hablar de mi padre… Todo se graba.

—Okey.

—Es hermoso lo que me dijiste sobre él… A mi padre apenas lo conocí y me gustaría saber más de su vida… Tanto mi hermana como yo hemos sentido que nos faltaba desde muy niñas.

Me contó una larga y farragosa historia que se resume en que ella y su hermana, tras un abrupto y traumático divorcio, fueron raptadas por su madre y alejadas del padre, a quien volvieron a ver ya mayores, pero sin conseguir otra vez la comunión que de niñas tuvieron con él.

—Mi madre nos quería mucho, demasiado, pero se dejó llevar por el rencor y nos separó de mi padre sin derecho… Él nunca supo que nos criamos en Guadalajara… Yo he pensado que todo ese afán de mi padre por estar cerca de los niños estaba relacionado con el tiempo perdido con nosotras… Quería, deseaba saber qué había sido de sus hijas y hacernos reír en las risas de esos niños…

Era hermoso su relato. Un hombre decide presenciar la infancia de sus hijas, a las que no pudo ver crecer, acudiendo a la infancia de otros niños.

Se hizo un silencio incómodo.

—El poema es de Gamoneda —dije.

—Fue su poeta favorito… —confirmó Carla—. Decía que nadie como él lograba insuflarle optimismo.

Era llamativo que un poeta tan lúgubre como Gamoneda pudiera insuflar optimismo a nadie o la demostración de que su poesía era buena, muy buena, y llegaba al corazón de sus lectores, que es tanto como decir que proporcionaba optimismo a quienes la leían. A mí también me había provocado euforia Van Gogh cuando entré en su sala del Museo de Orsay, en París, y aquellos cuadros, pese a que me estaban gritando, me proporcionaron una sensación que solo puede transmitir el arte cuando es bello y temible, atroz y genial, cuando nos saca de lo racional y nos rapta.

Pero ella volvía a su relato, al relato de la infancia sin padre, un padre al que nunca se deja de añorar porque no está cuando más se le necesita (y se le necesita siempre), como si una vez muerto cualquier testimonio sobre él pudiera rescatar para la memoria lo que nunca fue, y ganarle batallas al pasado una vez cerrado y condicionarlo como el propio futuro. No fue fácil responder a cuantas preguntas me hizo

sobre su progenitor, no fue nada fácil sobre todo porque yo apenas lo conocí. Me comporté como un impostor, un mentiroso, un charlatán, un sacerdote. Todo cuanto le decía era un invento, no surgía de mi experiencia personal, sino de cuantas cosas escuché decir sobre Guarnido en la oficina los días posteriores a su fallecimiento.

—Nadie me había dado esa perspectiva de mi padre… Debisteis de ser buenos amigos —me dijo ella.

Así que tuve que meter un elemento de vivencia personal para sentirme mejor conmigo mismo:

—Debo decir que a mí, en ocasiones, tu padre me parecía un payaso difícil de soportar…

—¿Por qué?

—Bueno, solía dar la murga con sus interpretaciones cómicas en las cenas de Navidad…

—¿Y te quitaba el protagonismo?

—No, digo, sí. No sé.

Me vi forzado a recular para no resultar ofensivo, en respuesta a su ligera belicosidad, y para no boicotear mi propia actuación hasta ese momento. Quedé con ella una semana después. Tenía algo de clandestino nuestro encuentro, algo de oscuro y traicionero, como si ambos estuviéramos citados para cometer una falta o un delito. En su caso, conculcar la orden expresa de no tratar con clientes más allá del horario laboral; en mi caso, la oscura premonición o deseo de una infidelidad conyugal y, así, le dije a Alessia que había quedado con mi amigo Gonzalo. Durante largo rato estuve esperando a Carla en la terraza del Café Comercial. La telefoneaba y su teléfono no daba señal. Hasta que empezó a sonar muy cerca de mí una musiquilla oscura y penetrante, algo siniestra, desde el interior del local, y cuando me levanté para mirar vi venir hacia mí a una mujer chata y robusta, que no se parecía en nada a Carla Guarnido. Pensé que era una amiga que la iba a excusar por un catarro sobrevenido o por escrúpulos laborales de última hora, pero me estaba engañando. Era su hermana, o quien yo creía su hermana, porque en realidad se trataba de la propia Carla Guarnido. La tal Carla no era quien yo había tomado por Carla, sino su hermana. En el cementerio me había fijado sobre todo en quien leyó el poema, y por tanto en la hermana más fina y atractiva y no en la otra, fornida, musculosa, que parecía una jugadora de fútbol americano o *rugby* (y lo era, en un club de Hortaleza).

El relato que me había hecho de la muchacha se desvaneció, pues la protagonista era otra. La triste presencia de un físico que no era el que yo me había figurado me hizo lamentar aquella cita, y también me provocó un remordimiento súbito. Me terminé la cerveza y pedí un *white label* al camarero antes de darle dos besos a Carla Guarnido. Nos

sentamos en el interior del local, de espaldas a los espejos de las paredes, y estuve hablando del payaso Guarnido con desgana, con desagrado casi, dejando que las bebidas —la suya, un mosto— fueran desapareciendo en nuestras bocas. Me fui a casa y, cuando llegué, Alessia me preguntó:

—¿Qué tal con Gonzalo?

—No estuve con Gonzalo.

—¿Y con quién has estado?

—Con Carla Guarnido.

Entonces me di cuenta de que había quebrado la línea argumental de mi coartada, pero ya me dio igual, porque Carla Guarnido no representaba ningún peligro para mi relación sentimental, no era una vía de escape ilusoria ni real. Nada quería con ella. Todo cuanto me había resultado interesante de su carácter, esa languidez poética y esa narración sentimental sobre su padre ausente, se había desvanecido por mor de una presencia decepcionante. Es dolorosa la perspectiva de que el aspecto físico nos condicione tanto, es temible pensar que nuestros seres queridos pueden dejar de ser queridos si un cambio grande destruye la apariencia de lo que fueron. Así había leído yo siempre *La transformación* de Franz Kafka (conocida también como *La metamorfosis*), como una fábula sobre los límites del amor cuando un ser querido se convierte en un enfermo atroz, en un ser deforme, en una cucaracha. Al principio, los familiares de Samsa se aferran al recuerdo, sobre todo Greta, su querida hermana, pero a medida que la realidad de la nueva e insólita naturaleza de Gregor se impone en sus vidas, los familiares pierden el afecto por él como si soltaran lastre, van deshaciéndose de su cariño como de una carga. Y solo recuperan el amor por el ser querido cuando fallece y entonces pueden rememorar una visión idealizada del familiar muerto. La novela trata de la transformación de Gregor Samsa, sí, pero también de la que opera en su hermana Greta, el familiar que más le quiere y a quien más quiere él, y quien termina por dar la espalda y despreciar al pobre Gregor (y, entonces, el desdichado enfermo se deja morir en un rincón de su habitación para no seguir molestando); es la transformación de Greta otro cambio, otra metamorfosis, otra transformación a la que también alude el título (quizá la verdadera transformación), y se consuma justo al final del libro, casi en la última línea, en esa especie de epílogo breve con el que se cierra: «Mientras conversaban así, el señor y la señora Samsa repararon casi al mismo tiempo, al ver a su hija cada vez más animada, en que últimamente, y pese a todas las desgracias que habían hecho palidecer sus mejillas, Grete había florecido hasta transformarse en una muchacha hermosa y llena de vida...».

En *Si esto es un hombre*, de Primo Levi, se narra cómo los judíos de

Auschwitz, que formaban el estrato más bajo de la colonia penitenciaria, eran despreciados también por los demás presos, pues su aspecto desastrado generaba el mismo desprecio que generan los mendigos en nuestras ciudades. Hay algo en nosotros que nos empuja al desprecio cuando estamos delante de quien por su aspecto parece un fracasado, un *loser*, un pobre, un judío de Auschwitz, un enfermo terminal, un mendigo, un insecto… La desgracia nos repele, no queremos que nos toque y se nos contagie. Preferimos pensar que es debida a algo concreto y nada azaroso, a un comportamiento inadecuado, a un pecado esencial, a una falla de carácter, preferimos pensar que quien la padece es merecedor de su presencia. En Estados Unidos ser un *loser* (que suele traducirse como «perdedor», pero debería traducirse como «fracasado») es un estigma del que el propio *loser* es culpable. No hay excusa ni coartada posibles para el *loser*, lo cual es una injusticia que tiende a valorar el sistema como limpio y puro, como un tablero de ajedrez idéntico para todos, capaz de dar a cada uno lo suyo, a cada cual lo que se merece. Por eso, los jugadores de fútbol americano del instituto, los que tienen éxito, van por los pasillos golpeando con los codos y hablando con voz alta y despectiva, se saben ganadores y merecedores de respeto, frente a los friquis incapaces de hacer deporte, que son los *losers*, a los que no se les deja más puerta que la del ostracismo o la de agarrar una pistola o un revólver o una metralleta o una bazuca de sus padres y desquitarse con una buena ráfaga cualquier mañana de noviembre. Es una forma de ser un *winner* durante unos minutos de televisión.

En Europa, al menos, tenemos una coartada para nuestras derrotas cotidianas. Cabe alegar: el sistema es imperfecto, me margina, mis editores no me quieren, mi jefe es mezquino, las leyes son injustas, los lectores lerdos, los libreros carecen de criterio, pero en los Estados Unidos pensar así ya te señala como *loser*. ¿Y quién quiere ser un *loser* de antemano? Los *losers* en los Estados Unidos no tienen ni siquiera de su lado a Jesucristo, que siempre entra en el corazón de los más ricos, según pude descubrir en vuestra iglesia. Vosotros, los Neher, estabais lejos de ser ricos, erais más bien clase media tirando a baja, pero qué manera de admirar a los abogados, a los médicos y a los empresarios que acudían a las misas. Se sucedían homilías largas, torrenciales, verborreicas, en las que un tipo guapo, alto y seductor nos contaba por qué Dios es tan maravilloso y por qué le habíamos traicionado con nuestras inmundicias, y yo volaba lejos de allí, yo me situaba cerca de Amanda Domarasky, que se convirtió en mi salvación de aquellos meses, me preguntaba cómo podría salir con ella cuando no podía salir de vuestra casa, me atormentaba pensar que se echara un novio, había un tal Skip que la miraba más de la cuenta y le hablaba demasiado y demasiado cerca. Y, sobre todo, yo no tenía coche para

moverme. En los Estados Unidos las casas de los suburbios están tan lejos unas de otras que no se puede ir caminando a ningún sitio, todo debe hacerse con dos o cuatro ruedas. Por eso los chavales de mi edad poseían coches largos y destartalados, Chevrolets primitivos comprados a precios asequibles, vehículos salvados del desguace pero útiles para recoger a la novia y llevársela a un descampado o a un cine de verano (como en *Grease*).

En Estados Unidos el conocido adagio de Karl Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* se cumple a rajatabla. La historia, allí, se produce dos veces. Primero como película dramática de Hollywood y luego como farsa en la realidad pobre, discontinua, limitada y elemental del hombre de a pie, del pobre hombre de a pie. Las películas son el espejo en el que pueden y deben mirarse los vencedores, los *winners*, pero en realidad solo sirven para hacer la brecha más difícil a los *losers*, que son el noventa por ciento de la población (como en cualquier país del mundo), porque las películas y sus protagonistas ganadores son el modelo al que jamás podrán acercarse, el faro luminoso que gira en la tormenta, pero no como señal hacia la salvación, sino como señal oprobiosa de lo inalcanzable.

Aunque, para ser justos, dentro de ese sistema de valores duro como una selva, hay códigos benéficos que se cumplen, señales de alerta que se activan: estaba en clase de Latín, con Amanda Domarasky a mi lado, y dibujaba como tantas veces hacía cuando me aburrían las declinaciones latinas y quizá también para despertar la admiración de la chica. Sentí que la profesora se acercaba a nosotros y tuve la reacción natural del alumno acostumbrado al sistema educativo español, ese que dicta que lo principal es pasar por el aro. Oculté mi dibujo tarde y mal debajo del pupitre. La profesora me lo quitó de las manos. Lo miró acercándose a la ventana y, en vez de fruncir el ceño, arrugar el papel y expulsarme de clase con algún tipo de amenaza (como, sin duda, me habría pasado en mi bachillerato español), sonrió:

—Pero esto está muy bien.

Cuando terminó la clase iba por los pasillos del instituto, sorteando cuerpos, sorteando olores, disparando quejas en mi cerebro, o sea, trastornado por el disgusto que me había dejado la clase —pues no había conseguido explicar qué hacía dibujando en vez de traducir las frases del latín— cuando la voz de megafonía mencionó mi nombre.

Me pedían que acudiera inmediatamente a clase de pintura, en la planta segunda. Allí el profesor me esperaba con mis dibujos en su mano izquierda, que era una mano gigantesca, grande y pecosa, verdaderamente pelirroja. Me mostró sus pecas, cuando en realidad quería mostrarme mis dibujos. Me preguntó si los había realizado yo.

Dije que sí, aún con el recelo en la voz. Yo traía una mentalidad española, católica, que valora el trabajo académico puramente memorístico, frente a esa mentalidad competitiva pero fresca, elástica, de los norteamericanos, que son duros pero creativos, capaces de trascender la mera letra de las lecciones por lecciones libres de rigidez.

Así que empecé a pintar bodegones hasta que me harté. Fui invitado a acudir a clases de pintura y de dibujo, pero la pintura y el dibujo se olvidaron de mí. Porque dibujar era divertido en clase de latín, en la clandestinidad, pero no en clase de dibujo. Solo deseaba dibujar donde no debía. En clase de pintura lo que me apetecía era pensar en latín, donde estaba ella, donde se había quedado mirando el diccionario la bella Amanda con su bella voz y sus bellos labios. Quién pudiera besarla, abrazar y apretar su cuerpo, me decía yo frente a un tiesto con dos geranios oscuros y retorcidos. Ah, maldita sea, ¿por qué no le habré dicho que vayamos al cine el sábado? Pero ¿cómo voy a invitarla al cine si no tengo coche ni forma de salir de casa? ¿Si solo tengo a Cristo dentro de mí, tratando de encontrar una portezuela de acceso en este corazón impenetrable como una piedra? ¿Acaso se ha extraviado? ¿Acaso ha confundido el intestino grueso con el miocardio? No, por favor, no pienses esas cosas, no peques, no seas sacrílego. ¡Dios santo, entra de una vez y líbrame de este deseo agobiante!

Y no lograba concentrarme en los pétalos ni tenía paciencia para sostener la paleta con los colores que iban colocándose en el lienzo sin ganas ni soltura, sin que yo hiciera demasiado caso de las instrucciones del cada vez más impaciente profesor.

—Cuanto más dinero tienes, más quieres ganarte el cielo, porque la tierra ya la tienes ganada —le dije yo a Amanda un buen día, nada más llegar a Latín, pensando que era un comentario brillante.

—¿Eres comunista? —me preguntó ella.

En los Estados Unidos, por aquel entonces, todos los extranjeros podíamos ser comunistas salvo que demostráramos lo contrario, y eso que la perestroika estaba en su apogeo, pero si uno decía cosas contra los *winners* o contra su religión rápidamente debía recular y reír, desdecirse, asegurar que todo había sido una broma, porque la guerra fría, aunque moribunda, seguía viva y había dejado una huella de desconfianza hacia quienes señalaran defectos grandes o pequeños en la sociedad perfecta, utópica o distópica, de *winners* y *losers*.

Pero yo no era comunista, sino que había memorizado la frase de algún cuento de Jack London y creía que tenía el empaque suficiente para merecer su repetición delante de una muchacha cuya presencia me producía sudores. Volví a casa repasando una y otra vez el error de una frase que me había dejado sin protección, en el punto de mira de

los prejuicios de Amanda, y, al abrir la puerta, me esperabas tú con la biblia abierta, como si cuando ya creía estar a salvo, me topara con una emboscada en mi propio campamento. No estaba de humor para hablar de la divinidad. Así que bromeé, primero, y me atreví a repetir la frase de Jack London, después.

—Jack London era comunista —me advertiste.

Uno de los mejores escritores norteamericanos despachado con tan insólito desdén.

Y, por lo visto, era cierto. Había sido comunista. Me lo hiciste ver con la enciclopedia.

Cenamos sin hablar apenas. Era evidente tu disgusto. No solo no penetraba Cristo en mí, sino que lo hacía Karl Marx, el mismísimo demonio, a través de Jack London.

Cuando estaba viendo *El show de Bill Cosby* bajaste al sótano y, con los ojos húmedos, me hiciste una pregunta que nunca olvidaré:

—¿Tú crees que estoy loca?

—No —te dije.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

No dijiste nada, así que me vi obligado a dar una explicación.

—Pero debes respetar mis creencias… Creo más en Amanda Domarasky que en Dios.

—¿Qué quieres decir?

—Que soy católico.

Rebajé con este requiebro el grosor de mi impertinencia.

Invoqué una supuesta fe católica. Y me fui a la cama, a rumiar mi rabia y mi congoja en el conticinio de la noche. Y a pensar en Amanda.

(Cuánto te quise, Amanda Domarasky).

La guerra fría terminaba en el mundo y empezaba en el hogar de los Neher, ambos bandos nos provocábamos, los Neher contigo, Rebecca, como punta de lanza y yo como enemigo al que batir, acorralado, inseguro. Los Estados Unidos contra la URSS en la Tierra. La cristiandad protestante contra mi ateísmo frágil y católico en tu casa. Seguíamos una estrategia de la tensión que volvía la atmósfera incandescente en el desayuno y en las cenas, y hasta cuando salíamos a cortar el césped o apartar la nieve del garaje (aquel invierno nevó demasiado en Pensilvania), yo debía temer tu expresión de tristeza. Una tarde de sábado se entabló una suerte de reunión en pos de la paz, en la que yo quise tensar o destensar la cuerda un poco más, en realidad no sabía lo que quería, pues no dejaba de ser un adolescente atolondrado en busca de cierta tranquilidad, pero también de cierta

consolidación personal:

—Puedo vivir sin Dios y te lo voy a demostrar.

Escuchaste mi provocación sin guasa, muy seria. Aquella tontería se transformó en un reto de adultos, en un duelo de mayores, en la culminación de la guerra fría, una suerte de crisis doméstica de los misiles que podía acabar muy bien, si yo perdía el envite (y es lo que en realidad pretendía), o muy mal, si vencía. Agarré una goma y la encajé en el brazo izquierdo de la butaca en la que estaba sentado.

—Sin ayuda de Dios —declaré solemnemente—, llevaré esta goma hasta el otro extremo de la silla, la encajaré en el brazo derecho y no se romperá.

—No puedes hacer nada sin ayuda de Dios.

—¡Claro que puedo! ¡Verás!

Miré hacia el techo, teatralmente, como si estuviera mirando el rostro del Altísimo:

—¡Dios! —grité y con ello quería demostrar lo paródico de mi bravata, por lo que pudiera pasar—, yo desde aquí te pido que no me ayudes a llevar esta goma de un brazo al otro de la silla… ¡No quiero tu ayuda! ¡No la necesito! ¡Soy autosuficiente! ¡Soy independiente! ¡La goma la encajaré yo solito!

Poco a poco la goma se iba estirando, pero era tan corta que en mitad del trayecto ya estaba al borde de su rotura. Era obvio que pronto se partiría en dos por su mismo centro. Me molestó mucho que mantuvieras la atención en mi reto como si no fuera evidente que la apuesta la tenías ganada de antemano, que era una concesión mía, un acto de generosidad, puesto que mi bravuconada solo pretendía un acercamiento, una tregua, un armisticio, como mucho aguar con humor la solemnidad de tu decepción diaria. Pero tú no te la tomabas a broma, depositabas en esa goma tu esperanza en el poder de Dios. Tu actitud fue intolerable para mi corazón púber, sometido a dos presiones, la del orgullo infantil y la del orgullo adulto. Estiré la goma con mucho cuidado, como si fuera posible alcanzar con ella el objetivo, pero solo logré dotar de verosimilitud la farsa, por cuanto equiparé mi seriedad a la tuya, lo que aún me enfadó más por dentro. Llegado un poco más allá de la mitad de su recorrido, la goma se rompió y golpeó mi puño derecho.

—¡Ay!

—¡Alabado sea el Señor! —exclamaste.

Nada bueno podía ocurrir en mí al presenciar tu reacción, llegó la ira, así que me dispuse a boicotear mi propia labor en pos de la paz, y derrotarte, demostrarte que tu Dios era mentira. Ahora sí. Ya no iba en broma; ya no quería perder la apuesta.

—¡Alto ahí! —te dije, agarrando una naranja del frutero.

Me contemplaste incluso con más solemnidad que antes, con más solemnidad que nunca.

Seguramente mi expresión era similar, grave, de verdadero afán rompedor, el gesto de un fanático antes de lanzar la bomba.

—Voy a pelar esta naranja sin que se rompa la cáscara, dejándola intacta —declaré—. Y sin tu ayuda, Dios… ¡No la necesito!

Señalé hacia el techo con un ademán enérgico, quizá amenazante.

Tu familia y tú me habíais visto pelar así la fruta a diario: yo era muy capaz de agarrar una naranja y mondarla desde su pedúnculo hasta el final sin que la cáscara se quebrara, dejando una escalera de caracol perfecta. Agarré el mejor cuchillo de la cocina y me dispuse a ponerme del lado de Satanás. Poco a poco —y ahora sí, Rebecca, tenías motivos para la preocupación, para la locura— iba pelando el cítrico con parsimonia y pericia, regodeándome en mi segura victoria, en la tensión de tu postura, en el miedo de tu vibración. La rabia me alentaba en mi labor. El afán de revancha. Percibí que movías los labios, habías cerrado los ojos como si opusieras a mi labor la oración más efectiva que conocías. Ya había llegado al centro mismo de la naranja, ya bajaba suave, paulatinamente hacia mi triunfo, ya estaba disfrutando de él, cuando la cáscara se rompió.

—¡Alabado sea el Señor! —gritaste.

Aprendí ese día que conviene encomendarse al Altísimo si vas a pelar una naranja. Y también que a veces es preferible que el destino se sobreponga a tus deseos. Porque si hubiera extirpado la cáscara con mi habitual pericia quizá nuestra relación se hubiera vuelto aún más problemática. Verdaderamente el azar —Dios, según tú— hizo la labor que convenía, derrotarme para mejorar la convivencia —que, en realidad, mejoró solo unos días—, así que cuando se me pasó el disgusto tuve la madurez suficiente para respirar aliviado y reconocer que había ocurrido lo mejor.

Me pregunto si mi inconsciente no se rebeló contra mi consciente e hizo todo cuanto pudo por quebrar la cáscara.

Un día después, en el instituto, le conté la anécdota a Amanda y se rio mucho. Se la conté más adelante a otras mujeres y a otros hombres, y a todos les hizo gracia. Todos consideraban una extravagancia aquel duelo entre el adolescente y la mujer madura —que por entonces tendría la misma edad que tengo yo ahora, mientras te rememoro—, todos pensaron que era una anécdota para la sonrisa o la carcajada, pero para ti siempre fue algo muy serio. A quien quiera que se pusiera delante —a cualquiera que tuviera tus creencias religiosas— le contabas que yo había retado al Señor y el Señor me había puesto en mi sitio.

—Nunca pongas a prueba al Señor —me dijo una amiga tuya,

sonriente, dulce y alegre, durante una cena en tu casa, la misma mujer que rezaba en lenguas bíblicas.

Aquella fue tu gran victoria contra mi descreimiento, aquel fue el resultado de tratar de contravenir y hasta reventar tu fe con una humilde naranja. Qué contenta estuviste los días siguientes. Qué feliz. Luego, más adelante, me recordaste el episodio por carta, desde la cárcel, pues te encerraron por encadenarte a una clínica sanitaria donde se realizaban abortos. Y desde allí nos enviaste a Martin, a Jim y a mí una larga y emotiva misiva en la que asegurabas estar muy bien y haber convertido al cristianismo a varias presas, asegurabas rezar todos los días y a todas horas por nosotros y terminabas recordándome que no olvidara aquella lección que me había dado el Señor.

Pero tú no sabías, o no querías saber, querida Rebecca, que mi problema no era Dios, sino Amanda; el problema no era Dios, sino el mundo. Querías que me pasara el día pensando en Dios, pero Dios me había puesto en la vida a Amanda. Y con Amanda delante, yo no podía pensar. Y cuando digo Amanda, digo también Bill Cosby, el helado de dulce de leche, un combate de lucha libre, un partido de fútbol, una buena novela, una noche de nieve, una luna brillante, una canción en la radio, un chapuzón en la playa, una conversación con amigos, un folio en blanco, una siesta de cuarto de hora… Lo digo todo. Digo la vida. La creación.

Muchos norteamericanos tenían problemas para ubicar a España en el mapa y tendían a pensar que estaba enclavada en algún rincón tropical y selvático de Centroamérica. Y creo que vosotros pensabais que ibais a acoger a un chaval mestizo, marcado por la desnutrición, un desgraciado al que alimentar física y espiritualmente, y no al muchacho rubiejo de clase media y europeo que había leído al comunista Jack London.

Pero es que el planeta norteamericano estaba marcado por un error garrafal de perspectiva. Todo cuanto se salía de vuestras fronteras se comprendía con un prisma pintoresco, y así, los españoles éramos unos mexicanos o unos puertorriqueños raros, pues España, pese a Hemingway (o por su culpa, vete a saber), nunca había existido como territorio europeo ni siquiera como el país de Cristóbal Colón, considerado italiano. Por la noche lidiaba con Cristo y por el día lidiaba con los prejuicios y la ignorancia de los alumnos y los profesores. Les costaba entender que no viajábamos en burro, les decepcionaba que no nos pasáramos el día bailando flamenco, les sorprendía que no viviéramos añorantes de la inquisición y que no lleváramos sombreros mexicanos ni poncho, les asombraba que uno fuera español, pese a ser rubio, y la profesora de Naturales mostraba

particular impaciencia al respecto:

—Pero tu madre o tu padre no son españoles…

—Que sí, de verdad. Ambos lo son. Y mis abuelos, también.

La mujer insistía tanto, y con tan desvelado interés, con tanta inquietud en sus ojos, que pensé que sospechaba que yo había sido raptado de un país del norte de Europa para llevarme a la subdesarrollada España, en mitad de una selva caribeña, quién sabe si para servir de consuelo a una pareja mulata de guerrilleros comunistas y pedófilos. Naturalmente aproveché esta ignorancia sobre mi país para salir airoso de algunos problemas, relacionados con la querencia que tienen los norteamericanos a hablar en público:

—Ahora quiero que, de uno en uno, me digáis por qué amáis tanto a Dios.

El charlatán nos había puesto en círculo a los treinta chicos y chicas del grupo de misa dominical, para que pasáramos el rato, o sea, para que pasáramos el domingo en loor de divinidad después de haber escuchado ya al charlatán de mayor rango en la ceremonia principal. El charlatán, el joven predicador, iba señalando con su dedo índice a cada uno de nosotros y yo calculaba con horror cuánto tiempo me quedaba para tener que explayarme sobre mi amor a Dios. Pero todos los que intervenían me robaban las ideas, decían lo que yo tenía planeado decir para salir del trance. La chica que iba antes que yo habló durante casi veinte minutos sobre su amor a Dios. Dios le hacía trastadas. Dios le pellizcaba el trasero cuando menos lo esperaba. Y cuando ella se daba la vuelta para reprochárselo —pero reprochárselo con una broma amable, pues que Dios te pellizque una nalga es un honor—, Él había desaparecido.

—Él es así —decía la moza, de rostro huesudo, pelo corto rojizo y rasgados ojos pardos—. Es una presencia constante. Él me escucha y me habla. Me aconseja y también juega conmigo y me gasta esas bromas… A veces pienso que me está soplando en el oído, que es lo que hacía mi madre antes de fallecer.

Y aquí todos nos quedamos callados, tristes, pues estaba rememorando a alguien real. Su madre le soplaba en el oído y ahora se lo hacía Dios, qué bueno era. Dios podía haber evitado la muerte de su madre, pero eso era lo de menos. Lo importante era que le soplaba en el oído como hacía su madre, a la que Él había llevado al otro barrio (a lo mejor, al fuego eterno).

—Mi madre se consideraba cristiana, pero no era nacida de nuevo cristiana… Y yo espero que esté ahora junto al Señor y no ahí abajo… —Y se le escapó un sollozo.

—Bueno —dijo el charlatán, incómodo—. Eso está en manos de Dios… Y ya sabes lo que dice la Biblia.

—Muchos son los llamados y pocos los elegidos —asintió ella mientras una lágrima le cortaba la mejilla.

—Seguro que está entre los elegidos —se apresuró a decir el charlatán.

—Yo creo que sí —repuso la chica, limpiándose la lágrima.

Fue curioso notar que solo se había emocionado cuando habló de su madre y, sin embargo, cuando lo hizo del todopoderoso no expresó más alteración que la de una risilla grácil y forzada, que nos levantó a todos un poco de la silla.

No era más que un chaval adolescente, pero en lo esencial ya era quien soy ahora, porque ya conseguía entender la enorme desesperación que subyacía en el teatro de tener que hablar de Dios como si fuera un ser vivo, y no cualquier ser vivo, sino el líder de la manada, el más grande y querido de todos, el más compasivo y el más temible, el más amoroso y el más canalla, el alfa y el omega. Y un ser vivo al que, para colmo, no había manera de ver ni oír, salvo en la voz y en los gestos de los predicadores, los que se aparecían en televisión (como Pat Robertson) y los que se nos aparecían en el púlpito o en el círculo de adolescentes (como aquel charlatán rubio de pelo corto por delante y largo por detrás, una moda de entonces entre algunos jóvenes norteamericanos).

Cuando la chica terminó de sonarse hizo un último elogio al Señor (a pesar de que, probablemente, había mandado a su madre al infierno) y me pasó el micrófono.

Carraspeé. Carraspeé casi un minuto y todos esperaron con paciencia, pues como buen centroamericano de España acababa de salir de la selva y era comprensible mi nerviosismo.

Los españoles no tenemos la formación ni la costumbre de hablar en público como sí tienen en los países de habla inglesa. En la boda de mi hermana, en Irlanda, tuve que dar un breve *speech* antes de la cena dublinesa: era el *best man*, el padrino, que allí tiene particular importancia. Alguien me hizo una foto desde la nuca, y se pueden ver los gestos inquisitoriales, duros, expectantes —en espera de una derrota, un temblor, un fallo— de los comensales españoles frente a las expresiones risueñas, amables y favorables de los invitados irlandeses. Así que tenía delante de mí, en los Estados Unidos, a un grupo grande de adolescentes norteamericanos con facciones amables, dispuestos a escuchar y aplaudir el testimonio de amor a Dios de un centroamericano, lo cual me ponía las cosas fáciles. Pensé en el silencio. Y fui elogiando el silencio. Fui desplegando el primer poema en prosa de mi vida, y como todos los poemas que he pergeñado, era malo, malísimo, pero me sirvió para salir del trance:

—Lo que más me gusta de Dios —dije— es que me quita el dolor de cabeza. Estoy en casa, agobiado por el ruido, por la lucha diaria y alborotada de los pasillos y las dudas, y llega él para rescatarme. Ni siquiera la música puede hacerme tanto bien, ni siquiera una aspirina. A veces, sin embargo, puede resultar agobiante. Porque, si me quedo mucho tiempo con él, me aburro —qué sincero, exclamó alguien—. Pero siempre vuelvo a él. Gracias a él me duermo por las noches y gracias a él las mañanas nevadas son hermosas y apacibles… Gracias a él puedo imaginarme el paraíso y soñar con un mar en calma… Gracias a él puedo figurarme que beso a la mujer que amo.

Me callé, me di cuenta de que quizá había llevado demasiado lejos mi poesía en prosa, pero olvidaba que estaba rodeado de norteamericanos, así que no debía temer el ataque de la vergüenza ajena, pues nadie les enseña a tenerla y desconocen el significado de las palabras *grima* o *tirria*, que carecen de traducción exacta al inglés.

Aplaudieron mucho. Y cuando terminó el aplauso, el líder espiritual calificó mi discurso a su manera:

—Un testimonio tan jugoso como un burrito con guacamole.

Pero ya todo me daba igual después de haber salido bien del apuro. Le pasé el testigo —el micrófono— al chico con gafas que tenía a mi lado, que balbuceó unas palabras incomprensibles sobre su amor a Dios —era, conmigo, el único extranjero de la sala; él de Hong Kong —. Cuando terminó de dar su incomprensible discurso, todo el mundo aplaudió, incluso más que con el mío, lo que me hizo entender que no tenía mérito el aplauso que yo había recibido.

—¿Y qué opinas del kung-fu? —le preguntó el líder espiritual.

El chico se levantó de la silla, y dio varias patadas y saltos acrobáticos asombrosos, es decir, el tipo fue lo que el reverendo quería que fuera, un chino de película (luego me dijo que, en realidad, practicaba *capoeira* brasileña en el instituto norteamericano). Yo no fui un español de película, no pedí una guitarra ni un trapo que pudiera servirme de muleta ni tampoco preparé un guacamole con nachos.

Les decepcioné, con seguridad.

Pero desde aquella vez me queda la idea de que Dios no tiene mejor traducción a lo racional que el silencio. Si me preguntan por Dios no digo nada o hablo del silencio, que al fin y al cabo es el dios de los vendedores y de los buenos periodistas y el dios de la calma y la paz. Y enumero sus virtudes y sus defectos. Mi suegro, que era un hombre bondadoso y creyente, solía decir que lo que más le perturbaba de su fe era el silencio de Dios.

—El hambre de los niños —decía él, compungido, con su italiano de Calabria—. ¿Cómo puede Él guardar silencio ante el hambre de los

niños?

Y yo me encogía de hombros y no decía nada, qué podía decir.

En boca cerrada no entran moscas y Dios es infinito, así que terminaría con todas las moscas del planeta y del universo si abriera la boca. A Dios es mejor tenerlo callado, vendiéndonos la moto que deseemos comprar o la moto que quieran vendernos desde tal o cual religión. El silencio de Dios es una redundancia, porque Dios es el silencio.

Pero el silencio no es fácil de interpretar, y provoca discusiones. Las provocaba también en el seno de tu familia, Rebecca. La única manera de ganar la controversia era acudir a la Biblia, donde sí estaba la palabra de Dios, en negro sobre blanco.

Todos manteníais una relación personal con Jesucristo, pero ninguno lograba una respuesta directa de él, o si la obtenía, ninguno se atrevía a reproducirla en voz alta y clara.

Recuerdo que una tía mía me contó que de niña creyó divisar a la Virgen durante una excursión campestre junto con dos o tres amigas. El franquismo y su exaltación religiosa produjeron alguna aparición mariana, como en Garabandal, al norte de España, pero mi familiar, hija de persona ilustrada, tuvo la suerte de estar bien aconsejada y guardarse el secreto. Las apariciones de la Virgen eran el ascensor social de los pobres, igual que ahora hacer el ridículo en un *reality* de televisión, pero si tu padre era oculista no necesitabas ese ascensor. Solo deben existir las apariciones marianas si eres hija de pastor de ovejas, de igual manera que solo te metes a *Gran Hermano* si eres hijo de albañil menesteroso (o tienes un afán enfermizo de notoriedad).

—¡Hemos visto a la Virgen!

Cuando llegó a casa, mi abuelo le hizo prometer a mi tía que no diría nada a nadie, ni ella ni sus amigas, que guardarían un largo y escrupuloso silencio, y así lo hicieron. Y con el silencio llegó la verdad: quizá no habían visto a la Virgen, sino un reflejo del sol en una hoja de un árbol, quizá había sido todo pura sugestión, y muchos años después ya se podía hablar del suceso sin que se saliera de un cauce razonable y se montara un circo mediático.

Pero estábamos en una discusión entre vosotros, los Neher, que no encontrabais un intermediario en Dios, pues Dios permanecía mudo, mirándoos desde las alturas celestiales con su infinito desdén. No era una discusión menor, discutíais sobre la pertinencia de la pena de muerte, y además la discusión ponía en peligro la natural jerarquía familiar: quien se mostraba más ferviente en la defensa de la silla eléctrica era tu hijo Martin, frente a tu marido Jim, que consideraba que los hombres no tenían potestad ni derecho a segar la vida del

prójimo, por muchas fechorías que hubiera cometido. Tú permanecías como Dios, pero con tu mirada eras elocuente: estabas de parte de tu hijo. Se te notaba. Teníamos la biblia delante, abierta por el párrafo exacto que daba la victoria a Martin:

—El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada, porque a imagen de Dios es hecho el hombre —leyó Martin—. Génesis nueve seis.

En respuesta, un lento, suave pero enrabietado Jim abrió su biblia, después de ponerse las gafas de leer, y recitó lo siguiente:

—El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella…

—¿Y qué tiene eso que ver con la pena de muerte, papá?

—Todo, Junior, todo.

—Eso habla de la hipocresía, no de la pena de muerte. La pena de muerte no solo está permitida, sino que está bendecida por el Señor…

Aunque lo reprimías, se te notaba el regocijo con que contemplabas la exaltación de tu vástago. Su comportamiento era para ti una señal de triunfo, de cumplimiento de Martin con el Señor. Aquel chaval tan cristiano quizá se pasara de cristiano, sin embargo, y con su pertinaz defensa de la pena de muerte estaba deshonrando a su padre, incumpliendo el cuarto mandamiento, pues a medida que sacaba versículos y citas bíblicas Jim se desinflaba; pero es que Martin prefería honrar al padre de más arriba, al mudo creador del universo, antes que al de abajo, el pecador de carne y hueso que le daba cariño, sustento y casa.

—A ver, Junior —insistió Jim, con los colores subidos a los carrillos—. Eso es el Antiguo Testamento, y Cristo dijo muchas cosas en el Nuevo… Deberías saberlo.

Cuando Jim llamaba Junior a vuestro hijo es que se había enfadado de verdad, pero aquel día Martin no tenía miedo.

—Claro que lo sé, papá —repuso con serenidad—. Mira lo que decía San Pablo en Romanos trece: «Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas».

—¿Qué tiene que ver eso con la pena de muerte?

—«De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten acarrean condenación para sí mismos».

—¡Ahí no se habla de pena de muerte, Junior!

—«Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella».

—¡Pues claro!

—«Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo».

—¿Y dónde se habla ahí de la pena capital?

—¡La espada!

Lo que me llamó la atención de todo aquel recital de Martin no fue la espada, que él consideraba metáfora de la silla eléctrica o de la horca o de la inyección letal, sino el mensaje esencial: Dios ampara con su poder el mandato de sátrapas, tiranos y ladrones, pero no quise meter en la conversación un inciso que provocara que vuestra atención se dirigiera contra mí. El Gobierno de Cuba, el Gobierno de la URSS (a quien tanto detestabais, pese a que ya entonces lo comandaba Gorbachov), el Gobierno de Corea del Norte y el Gobierno de, no sé, Mongolia estaban ahí por decisión divina. Ojo con rebelarse contra ninguna autoridad, todas eran justas y benditas, pero yo había aprendido muy pronto, en la cárcel del colegio, que la autoridad es casi siempre de raíz inicua o por lo menos imperfecta. Pocas veces había sentido que los profesores premiaran la imaginación o la creatividad o el talento. Más bien premiaban la memoria y la obediencia roma, al menos en España (y lo mismo, más tarde, en las oficinas carcelarias). El silencio era un bien, el silencio obediente: el silencio con suficiente habilidad para halagar la vanidad del profesor o del jefe. Esa forma de premiar el silencio sumiso era una manera de fomentar el país de comerciales conformes, de vendedores de turismo en que hemos devenido: el chiste, el gracejo no estaban mal vistos, siempre y cuando no rompieran nada, no supusieran una quiebra en el sistema de valores educativos. Nos pasamos el día, los españoles, vendiendo nuestro país a individuos que vienen a él a pasar unos días de *balconing* y vomitar en nuestras playas. Esa gente maravillosa, que no sabe señalar nuestro país en el mapa —ni falta que les hace—, es la destinataria de nuestro sistema educativo. Y, claro, para convencerles a ellos de que vengan a beber sangría —o lo que sea— no hace falta saber quiénes fueron Séneca y Averroes, de ahí que se haya suprimido la filosofía del currículo escolar durante no pocos años de la vieja y de la novísima normalidad.

Yo siempre he sido callado pero hablador, tímido pero verborreico, jamás he tenido término medio. Si no conozco a alguien tiendo a estar callado, aunque no necesite vender ni una sola de mis aptitudes; si lo conozco y me cae bien, tiendo a hablar más de la cuenta. Este comportamiento empezaba a ser contraproducente con Amanda, porque con ella lo mejor era no competir en locuacidad. Hablaba tanto aquella chica… Me decía cómo se sentía cuando le pasaba esto o aquello. Me decía cuánto echaba de menos a su abuela, que había fallecido cuando ella tenía cinco años —llevaba más de dos lustros

echándola de menos—, me contaba con qué ganas había abrazado a su gatito blanco al llegar a casa, me enumeraba las virtudes de comer alimentos crudos, pretendía hacerse crudivegana cuando cumpliera la mayoría de edad, y daba besos a las hojas de los robles y se abrazaba a sus troncos. Luego se producía el cambio de clase y no volvía a saber de ella hasta el día siguiente y contaba las horas para volver a verla, para volver a saber de sus desvelos, para besar con ella algún árbol, para besarla a ella.

Y también aprovechaba para contarle mis cosas, no tanto mis cosas de España como sí las vuestras, Rebecca.

Fue por aquella época cuando supe que la chica que estaba en mi hogar español no había logrado adaptarse y pidió regresar a Norteamérica. Sus problemas de comportamiento fueron diversos, todos más o menos secretos (la bulimia, las autolesiones). Había adelgazado quince kilos en solo dos meses. Aquello fue un golpe anímico para mis padres, que hicieron cuanto pudieron por acogerla, pero también supuso un alivio para sus nervios. Al parecer, a la niña le gustaba arrojar vasos de plástico repletos de agua desde nuestra casa, un quinto con balcones, y se hacía pis en la cama los días impares.

Era un pelín problemática.

Sus progenitores la mandaron al extranjero para que se curara en otros mundos, en otros ámbitos, en otras dimensiones. Pero mandarla al extranjero fue un dislate descomunal, así que mis padres la dejaron en el aeropuerto más huraña de lo que llegó y la niña regresó a Connecticut tan mal como estaba o peor.

Con ella, sin embargo, todavía hoy se escriben cartas, aún reciben mis padres parrafadas de amor en las que Julie les llama mamá y papá y asegura que los tres meses que estuvo en España fueron los más difíciles pero provechosos de su vida, y que gracias a esa estancia surgió su vocación por la comida maya.

Hoy regenta un restaurante guatemalteco en Boston.

Misterios norteamericanos, porque en casa de mis padres jamás se ha cocinado picante.

Julie forma parte de una vida en la que yo no estuve, y en la que ella solo me conoció mediante foto, como la referencia del ausente que se había ido al otro lado del charco para dejarle un hueco. Esa brecha entre su vivencia y la mía, ese conocimiento de mis padres como yo tengo de ti y de tu familia, Rebecca, me ha generado siempre un extraño desconcierto. Hubo una impostora en mi habitación, en mi cama. A veces, cuando regresé de los Estados Unidos, mi hermano pequeño la mentaba para zaherirme.

—¡Era mejor Julie!

Y entonces veía a Julie en la estantería, mirándome desde el portarretratos con un ojo guiñado por el sol, y tenía la impresión de que corroboraba las palabras de mi hermano.

Incluso, a veces, la cama me olía a pis. A su pis, maldita sea.

Reunión de padres y madres con la tutora de nuestros hijos de tercero de primaria, reunión *online*. Todo mujeres, menos yo. Hablan. Cuentan su experiencia. Cuentan cómo se han sentido. Me imagino que Amanda Domarasky también podría estar aquí, entre ellas. Hablan de su hijo y de su hija. Dicen cosas con las que a veces estoy de acuerdo y otras no. Se van al caso concreto, personal, íntimo, doméstico, dominan el arte de hacer de la reunión una tutoría sobre sus niños. Se explayan, se desahogan. Discuten un poco. Hablan por los codos, y dejan ver los codos en la pantalla. Me fascina su capacidad dialéctica; pienso en lo distintos que somos hombres y mujeres. ¿Será la educación, será la genética? ¡Eterno dilema! El lenguaje es de las mujeres. Hablan mucho. Elogian a la tutora. Yo también quiero elogiarla, porque es muy buena. Porque es excelente.

Pero no lo hago. Permanezco en silencio, abrumado por mi falta de coraje, respirando hondo para intervenir.

Cuando por fin consigo desprenderme de la timidez, toca despedirse.

—Adiós —digo.

Y lo digo bien, sin que me tiemble la voz.

Con la misma valentía que tuve para cortar el discurso de la bella Amanda, e irrumpir en su boca con un beso.

Qué maravilla, tú.

—Eres el primer comunista al que beso en mi vida —me dijo sonriente, con la cara encendida.

Acto seguido tengo otra reunión *online* programada contigo, Rebecca, pero cuando ya me estoy preparando para la conexión, cuando espero ver tu rostro un poco aprensivo, aparece tu nuera, Michelle, y me dice que no puedes ponerte porque estás en el hospital por culpa de la enfermedad de Crohn. ¿La enfermedad de Crohn? No la conocía, no sabía que la padecieras. Miro en internet: «Afección por la cual resultan inflamadas partes del tubo digestivo».

Tenía miedo de volver a ver tu cara, tantos años después, y ahora tengo miedo de la cara de tu nuera, ojos claros e inquietantes, que se expresa como lo hacías tú, pero me la creo menos; me habla de la necesidad de rezar, de pedir al Señor que por favor te cure pronto. Su fanatismo me parece romo, burdo, impostado (será la edad, que me hace ser receloso). La situación es extraña, para empezar porque la

veo a ella, Michelle, a quien no conozco de nada, y no a Jim o a Martin.

—Martin está con Rebecca, en el hospital, y Jim está muy malito desde hace tiempo… Ahora lo traigo.

Entonces me inquieta mucho la inminente llegada de Jim con su alzhéimer, mientras al otro lado de la pantalla se produce una revolución de niños y niñas, porque, como buenos cristianos, Martin y Michelle tienen ocho hijos que llevan su alboroto de un lado para otro y llenan mi espera de confusión. No es fácil pasar de un recuerdo a una realidad tan dolorosa como el deterioro de una demencia senil que imagino terrible, no es fácil saber que pronto perderé la imagen que tenía de Jim, no es fácil enfrentarse a verlo reducido a una silla de ruedas, a una mirada lacrimosa y a una expresión de angustia o desinterés. Pero cuando ya creo ver a Jim, cuando me parece que la manga de su camisa a cuadros, de leñador, asoma en la pantalla, aparece ante mí la sonrisa de un niño.

—Hola —me dice—. Yo soy Joshua.

—Hola, Joshua. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve, pero todo el mundo cree que tengo once.

—Sí, es verdad, pareces mayor.

—Venga ya —dice otro niño por detrás—. Te lo acabas de inventar, mentiroso.

—¡Por favor, Peter! No vuelvas a llamar mentiroso a tu hermano. ¡Es un pecado muy feo!

—Tengo una reunión de trabajo —miento yo también—. ¿Va a venir pronto Jim?

—Jim no puede venir, lo siento —me dice Michelle—. Está durmiendo.

—Vaya, no lo molestes.

—Es terrible, desde hace meses se olvida de rezar… Somos nosotros, la familia, los que rezamos por él… Le pedimos al Señor que le devuelva la memoria… Si te parece, podemos decir una oración ahora entre todos para que tanto Rebecca como Jim se recuperen de sus enfermedades… Mis hijos están preparados.

Martin se ha casado con un epígono tuyo, pero un epígono deteriorado, imperfecto: se parece a Oriol Junqueras, un político catalán un tanto melifluo. Y ahí estoy yo con ella, querida Rebecca, lo revivo como si fuera hoy. Estoy a punto de inventar cualquier excusa y desconectar e irme, pero ella se encarga de hacerme la situación imposible de eludir, como hacías tú —pero tú eras mi madre—, porque me muestra con la cámara de su *tablet* el panorama de sus hijos con gesto reconcentrado y arrodillados sobre la moqueta. Por detrás de ellos, puedo ver ventanas asediadas por una arboleda

frondosa y casi oler el desorden selvático del lugar, el aroma bestial de aquella zona de Pensilvania.

Pienso en Martin y en su extraño rencor hacia mí. Tendemos a creer que la simpatía o antipatía de los demás es recíproca, pero la experiencia me dice que no tiene por qué ser así. Recuerdo, por ejemplo, a un compañero del grupo de teatro, un tipo fuerte —en el sentido con que se emplea en los pueblos—, que hablaba con cierto tartamudeo, que tenía el tic de estirarse la camiseta negra para encajar su voluminoso cuerpo en el algodón, a quien yo, más que nadie, consideraba un actor muy bueno (y, de hecho, es actor profesional hoy día). Me topé con él por la calle diez años después de habernos despedido del grupo de teatro y quise invitarle a tomar una caña o dos en Lavapiés —un barrio de Madrid, donde estábamos—, pero él rechazó mi invitación con antipatía, como si con ello me estuviera reprochando toda una suerte de oscuras afrentas de las que no fui consciente durante la etapa teatral.

Pasa también que quien no te cae nada bien, y te resulta un pelma impenitente, te tiene en alta estima, por razones igualmente impenetrables. Había un tipo, también en la facultad, alto, flaco y encorvado como un semáforo, que solía invitarme a cervezas con un afecto que nunca fue mutuo. ¿Por qué le caía bien?

Nunca lo supe.

Cosa distinta es la simpatía de quienes se acercan a ti porque eres novelista o escritor, pues esa simpatía puede ser espuria y estar marcada por una expectativa de tipo editorial; quieren ser escritores y están buscando un *contacto*. Esos amigos son engañosos, porque no son amigos de los que uno pueda esperar amistad, sino un intercambio de favores. Algunos, incluso, se apresuran a hacerte favores absurdos, no pedidos ni necesarios —¿por qué querría yo ir a un concierto de Amaral?—, y muy pronto se muestran dolidos si no devuelves la deuda que no eras consciente de haber contraído. Un día, de repente, dejan de comportarse como amigos y se presentan como acreedores. Conocen al dedillo la ley de la reciprocidad y se encargan de invocarla para obtener recompensas. También es verdad que a veces uno es un deudor real de afecto y no lo sabe o no quiere saberlo; a veces, uno debería ser más atento o más generoso o más receptivo a los parabienes de los demás, igual que pasa en la vida en pareja: si la balanza de favores se inclina demasiado hacia la derecha o hacia la izquierda probablemente hay un problema, y la amistad, como toda relación matrimonial, es un equilibrio frágil que conviene cuidar y mantener.

Cuando el desequilibrio se hace muy grande, la relación se rompe.

Prefiero a la gente pasional como tú, Rebecca, aunque seáis gente dañina y peligrosa.

Como mi amigo Gonzalo, por ejemplo, a quien he debido de desplantar alguna que otra vez sin ser consciente de ello.

—El otro día —recuerdo que me dijo una tarde—, me interrumpiste todas las veces que quise intervenir en la conversación.

Se trataba de una reunión de muchas personas. Había un grupo de cuatro individuos, donde estaba Gonzalo, y otro de cinco, donde estaba yo. Pensé que quizá le molestaba que yo me hallara en el grupo de las mujeres y él en el de los hombres, pues siempre es molesto tener oyentes masculinos cuando existe la posibilidad de tenerlos femeninos y él se estaba divorciando.

—¿Estás diciendo que no te metiste en el grupo de las mujeres por mi culpa? —le pregunté.

—Estoy diciendo lo que estoy diciendo.

Y, por más que intenté que me aclarara el asunto, no lo logré.

Pero luego me telefoneó su expareja para decirme que, por favor, no tuviera en cuenta la actitud de Gonzalo, que estaba pasando un momento muy difícil, que se encontraba deprimido, vaya, y que hacía por deprimir a los demás. Su exmujer, psicóloga, parecía haber programado la depresión de Gonzalo, porque me describió las etapas de su enfermedad como una batalla planeada por ella misma, como si hablara de sí misma en tercera persona.

—En muchas ocasiones —me dijo—, la merma de autoestima comienza por una actividad fría y planificada de la pareja del depresivo… Hay mujeres y hombres que buscan minuciosamente con qué punto débil mortificar a su pareja y lo resaltan, lo reseñan, lo subrayan para que poco a poco su pareja se vaya sintiendo acongojada por un defecto del que hasta entonces tenía poca noticia… Es como una estrategia, en la que la táctica se establece en función de su progreso. Y siempre progresa, te lo aseguro.

No sé por qué yo me la imaginaba a ella moviendo piezas sobre un tablero de ajedrez, al ataque de las debilidades de Gonzalo como el ajedrecista ataca los peones colgados o las casillas vacías e indefensas.

Gonzalo me había contado que se sentía incapaz de mantener una conversación coherente con nadie, que estaba preocupado por su inhabilidad para intervenir en las reuniones de amigos. Su forma de hablar resultaba desconcertante y en los últimos tiempos se había vuelto fastidiosa, porque trataba de narrarlo todo, hasta los detalles de nula importancia. Era incapaz de ir al grano, de encontrar el hilo conductor de su narración, ya no digamos de emplear la elipsis, tan necesaria en cualquier relato.

—Es verdad —le dije a su exmujer—. Empieza contando su último problema en el supermercado y termina en el útero materno… Señal clara de depresión. Sin relato, uno muere por dentro.

Al otro lado de la línea telefónica, escuché una risa de una alegría imprevista, asombrosa, tremendamente atractiva por desconcertante.

—Así que es cierto todo lo que me ha contado de ti.

—¿Qué?

—Que eres muy exagerado.

—A veces.

—Mira —me dijo—. Es posible que Gonzalo y yo no hayamos terminado bien, pero te aseguro que lo sigo queriendo…

—Lógico —dije.

—Tengo cosas suyas que él no quiere recibir de mí… A lo mejor tú podrías hacérselas llegar.

—Vale.

—¿Quieres que te las dé?

—Claro.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras.

Luego hablamos de libros, de mis libros, asunto que ella sacó sin venir a cuento. Me comunicó lo mucho que le gustaban mis viñetas. Y poco a poco la vanidad fue horadando mis defensas, y dejándome cada vez más expuesto a la atracción sensual.

Descubrí, sobre todo, lo mucho y bien que reía la exmujer de Gonzalo, lo que me hizo pensar en la risa de las mujeres esquimales, que yo asociaba con el sexo tras ver una película protagonizada por Anthony Quinn, *Los dientes del diablo*, en la que él, esquimal, ofrecía su mujer a los visitantes con la pregunta:

—¿Quiere reír con mi mujer?

Quedé con ella, con Eva, un jueves por la tarde, pero no le dije a Alessia que había quedado con ella, sino con Gonzalo. Había dentro de mí una sensación de culpa igual a la que me invadió con Carla Guarnido, solo por el deseo espurio que me guiaba, y mentir me pareció una buena costumbre: me ahorraba explicaciones. Me sentí atraído por aquella mujer desde el momento en que oí sus carcajadas. Creo que nada nos halaga tanto a los hombres como hacer reír a las mujeres y ellas lo saben, algunas tienden a forzar la risa y el truco funciona. Vino muy arreglada, muy guapa, muy exuberante, muy de rojo también (no sé si en los labios o en el vestido o en ambos). Nos sentamos en una terraza del pueblo donde ella vivía, muy cerca de mi propio pueblo, y pedimos sendas cervezas con un cuenco de frutos secos (esto más bien nos lo puso delante el camarero). Realmente era una mujer elegante, no solo por la grácil disposición de su esqueleto, con tanta finura estirado en la silla, sino por cómo sonreía. Lo único que rompía esa elegancia eran sus risotadas, pero no le restaban atractivo, sino que lo aderezaban con misterio; el misterio de la

locura, de una cierta locura. Cuando me quise dar cuenta estaba hablando con ella de literatura, otra vez, y de mi penúltima novela —que, me dijo, le había encantado—; me parecía estar adentrándome peligrosamente en una deslealtad doble: por un lado traicionaba a mi pareja, porque coqueteaba con aquella mujer, y por otro, traicionaba a Gonzalo, que era mi amigo y estaba en trance de divorcio con ella.

La vanidad me envalentonaba y yo peroraba sobre mis convicciones narrativas, sabedor de que ese discurso estaba contrastado por años de profesor de escritura creativa, y ella me escuchaba con un interés democristiano. Así se refería el gran Piera, no sé por qué, a las expresiones de atención intensa. Pero llegó una amiga de la psicóloga democristiana y tuve que recapitular toda mi narración mental y admitir que quizá no se había arreglado para mí, sino para su amiga, que resultó ser una paciente de su consulta.

—Bueno, yo ya me voy —me incorporé.

—No hace falta —dijo Eva y me refrenó agarrándome del brazo—. La sesión no empieza hasta dentro de media hora… A Laura también le gusta la literatura…

—Sí —dijo Laura—. ¡Viva *Moby Dick*!

Así que estuvimos hablando un buen rato de psiquiatría. Eva, al parecer, era una psiquiatra frustrada y aseguraba que no había superado el trauma de no lograr serlo, pues ejercía de psicoanalista sin mucha convicción; para ella, Freud ya no tenía futuro.

—Muchos piensan que el psicoanálisis es tan fiable como el horóscopo chino —me dijo—. Yo sí creo en él, pero me molesta su escasa reputación.

La charla, entonces, se dirigió hacia un asunto interesante. Dividimos el mundo entre los seres materiales (o mercantiles) y los espirituales (o literarios). Entre ricos y pobres de *espíritu* (que habrías dicho tú). De hecho, Eva vivía no tanto de su profesión de psicóloga como del alquiler de tres habitaciones de su casa en la sierra (herencia de sus padres fallecidos). Con el tiempo se hicieron costumbre nuestras citas para hablar de literatura, psiquiatría, cine o política en la misma terraza al aire libre, o para vanagloriarnos ritualmente por haber optado por salidas profesionales que tenían poco de salida o que al menos no eran salidas con un camino fácil. Se unió al grupo Diego Montes, que había hecho teatro conmigo en la Universidad Complutense y también escribía. De ahí, poco a poco nos fuimos adentrando en el peligroso territorio de los textos que se leen en voz alta, o peor aún, que se envían por correo electrónico para que los demás los lean en la intimidad. Y resultó que Eva tenía quince novelas en el cajón y amenazó con pasarme una por mes, lo que me hizo pensar que ese año no podría leer otra cosa que su obra. Leí una de sus novelas, que no me pareció mal, la protagonizaba una loca más

cuerda o más verosímil que ella, le di mi veredicto y, a cambio, una tarde, me invitó a una sesión de psicoanálisis con una cerveza en la mano, en el mismísimo jardín de su chalé serrano. A lo lejos, por encima de la valla corta, las nubes se confundían con los picos blancos de las montañas y llegaba una brisa fresca y salvaje como la de tu hogar.

—Háblame de ti, de dónde vienes.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio: háblame de tus padres, a qué se dedican.

—Mi madre era una cigüeña de París…

—¡En serio!

—Mi madre era bibliotecaria y mi padre no sé —dije, recostado en la tumbona, que hacía las veces de diván.

—¿Cómo es eso?

—Nunca supe a ciencia cierta la profesión de mi padre… Él nunca le puso nombre, por más que yo le preguntara… Sé que vendía concentrado de tomate por el mundo. Viajaba mucho: a Nigeria, a Sudáfrica, al Canadá…

—¿Tenía su propio negocio?

—No, trabajaba para el Instituto Nacional de Industria, que luego privatizaron los socialistas.

—¿Viajante de comercio?

—No creo.

—¿Funcionario?

—Menos.

—¿Entonces?

—Estaba siempre en la oficina y viajaba mucho, ¿cómo se llama a eso?

—Um… No sé.

—Una vez, en el colegio dije que era oficinista, porque se lo había oído decir a un compañero, y en casa se rieron mucho al escucharlo, aunque mi padre se pasara el día en la oficina (viajes al margen).

—Suena demasiado abierto.

—Pero mi padre no era solo comerciante u oficinista o vendedor…, mi padre era también, y sobre todo, escritor.

Guardó silencio, y yo también.

—Háblame de lo que supone tener un padre escritor, un padre artista, ¿eso qué suponía para ti?

—Nada.

El silencio se fue tensando como la goma de tu casa, Rebecca, de manera que me vi obligado a decir algo más. En algún lugar leí a Javier Marías explicar que su progenitor, el filósofo, solía preguntarle

«¿y qué más?» tras sus discusiones o charlas, que era una manera de obligarle a reflexionar sobre lo que ya creía reflexionado, de volver a abrir lo que ya tomaba por cerrado. El silencio funciona así también. La incomodidad que produce te obliga a añadir algo, a rebuscar en tu interior para llenar ese hueco. Ella, con su silencio de buena psicóloga, me estaba diciendo «¿y qué más?». Y yo muchas veces había pensado que la obra de Javier Marías, encomiable obra, se basa en parte en esa fórmula, le debe mucho a esta pregunta, ¿y qué más?, siempre hay un ¿y qué más? en sus novelas. Cuando crees que estás en el final se produce ese algo más, cuando la reflexión ya no parece tener más alcance aún dura un poco más, la goma se estira sin romperse, abriéndose a nuevas e inesperadas fórmulas de lo elástico y lo narrativo.

—¿Y qué más? —repitió ella.

—Venían niños a jugar a casa y al pasar cerca del despacho de mi padre se le oía leer en voz alta lo que acababa de escribir en la máquina, y mis amigos se reían, ¿qué hace?, me preguntaban y yo subía los hombros… Así que cuando era pequeño, él era un comerciante que escribía en sus ratos libres, yo no sabía para qué, y cuando se hizo mayor se convirtió en un escritor que se ganaba la vida vendiendo tomate por el mundo…

—¿Y qué más?

—Mi madre era bibliotecaria. Recuerdo cuando cumplió cuarenta años. La recuerdo decir sonriente que ella seguía diciendo que tenía treinta y nueve. Cuando veía un anuncio en televisión pensaba que reflejaba bien a mi madre, porque aquellas modelos de anuncio me recordaban a ella. Y era un privilegio tener una madre bibliotecaria, cualquier libro lo tenía al alcance de mi capricho. Se lo pedía y al día siguiente lo tenía.

—¿Y qué más?

—Bien es cierto que la biblioteca de mi casa estaba bien surtida, sobre todo de novelas; o sea, que apenas necesitaba pedirle libros. Además teníamos un vecino genioide, algo pirado, inspector de Trabajo, que se obsesionaba con temas variopintos del saber humano y los agotaba y me regalaba libros: de psicología, de historia, hasta de medicina.

—¿Y qué más?

—Que luego llegó mi vida en los Estados Unidos: once meses que fueron como once años: cada día era el descubrimiento de una forma de cotidianidad insólita, marcada por la superstición y el fanatismo, pero con individuos que me trataban bien, que me querían bien. Creo que allí me convertí en escritor, padecí un conflicto interior que me hizo ganar distancia con la realidad y aprendí a tener una mirada dura, fría, a veces irónica o sarcástica sobre lo que me sucede; creo

que ahí empecé a imaginar otros mundos, otros ámbitos, a desbarrar en la soledad de aquella casa de madera asesinada todas las noches por el viento.

—¿Asesinada?

—Todas las noches el viento soplaba como un huracán, y la casa crujía; a veces daba la impresión de que el techo se nos iba a caer encima, como si la estuvieran bombardeando. En las noches ventosas el diablo se hacía más verosímil que nunca, aunque todo el mundo estuviera rezando.

—¿Y qué más?

—Sansirolé.

—¿Cómo?

—Hay un poemario de Agustín Delgado que intercala continuamente este palabro, como un verso más o como remate de algún verso. Sansirolé. Creo que es buena manera de cerrar la cosa. Sansirolé. No hay más que decir.

—¿Y qué más?

—Si uno abre el diccionario descubre que *sansirolé* viene de *sancirole*, que a su vez surge de san Ciruelo, que a la postre significa ciruelo, bobalicón, papanatas.

Pero esa tarde llegué a casa y busqué en mi biblioteca el poemario de Agustín Delgado, titulado *Sansirolés*, y no encontré ni un solo verso que contuviera la palabra *sansirolé*. Yo estaba convencido de que en cada uno de los poemas de ese libro había un sansirolé, y no, me engañaba la memoria. ¿Dónde estaban los *sansirolés*? Solo en el título. Los había fantaseado, pero yo los consideraba un recuerdo tan seguro como tú. ¿Eres real tú, Rebecca? ¿Has existido como yo te recuerdo, como te rememoro, como te cuento aquí mismo? ¿Qué estoy haciendo contigo? ¿Es todo una fantasía? ¿Eras tan fanática y amorosa o eras en realidad fría y odiosa? ¿Padecí un síndrome de Estocolmo y te tomé afecto para sobrevivir? ¿Exagero mucho, más de la cuenta?

Es curioso cómo he llegado a contraponer la frialdad al fanatismo, como dos características o dos rasgos que se excluyen, es curioso que pueda uno preferir el fanatismo a la frialdad afectiva. Quizá porque uno cree que en la persona fanática hay emotividad y puede desarrollarse cariño y afecto; y en la persona fría uno tiende a imaginar más bien la posibilidad de lo psicopático.

—¿Y qué más? —me preguntó dos semanas después la psicóloga, no ya con su voz, sino con su elocuente, colosal silencio.

—Y qué menos.

—Explícate.

—«No es verdad el amor. Son los sueños que pasan. Es mentira el olvido. Es la noche que. Nada»[1].

Pero Eva insistía en pasarme sus textos y relatos, y no tenía otra forma de pagarme que con tardes de tumbona y cerveza en las que yo me veía inmerso en interrogatorios a los que ella llamaba «sesiones de psicoanálisis». Poco a poco, sin darme cuenta, iba contándole mi vida (¿y qué más?), una vida quizá falsa, más llena de mentiras que de verdades, o solo amparada por la verdad de lo emotivo, pero ella no quería hablar de ti, querida Rebecca, sino de mi infancia. Y yo solo quería hablar de ti. De tu mundo. De tu muerte. De tu vida cuando estuve contigo. De tu mirada. De ti llorosa porque me resistía a que Dios me transformara. De ti feliz cuando la cáscara de la naranja se rompió y cayó a mis pies desnudos. De ti hablándome del infierno. ¿Estarás en el infierno ahora, Dios santo?

Y la psicóloga solo quería interrogarme sobre mi matrimonio y sobre la relación con mis padres carnales, los españoles, lo demás le importaba una higa, acaso dos. Era una psicóloga poco imaginativa, que se decantaba por Freud una y otra vez, que buscaba el trauma anal, el complejo de Edipo, la transferencia, el inconsciente dinámico, el superyó y demás. Pero yo no podía darle nada de eso, maldita sea, qué fracaso tan grande: me gustaba más el horóscopo chino que Freud, ciertamente, prefería comportarme como un cerdo que como un histérico. Sus interrogatorios terminaban siempre en los sansirolés, pues recurría a ellos cuando el asunto me resultaba molesto, turbio o inconveniente, con ellos les daba carpetazo. Me comportaba, yo mismo, como un sansirolé. Como un cebollo. Como don Cebollo.

—¿Pero tener una madre bibliotecaria, que te daba todos los libros que deseabas, no era como tener los Reyes Magos en casa? ¿No suponía de alguna manera coartar tu crecimiento intelectual, tu pulsión lectora, porque no necesitabas hacer ningún esfuerzo para conseguir el oscuro objeto del deseo?

—¡Sansirolé!

—¡Te lo pregunto en serio!

—Hay un cuento de Clarice Lispector, «Felicidad clandestina», en el que ella, o su *alter ego*, es una adolescente bella y lánguida que ansía un libro de una compañera de colegio poco agraciada y envidiosa, hija de librero, pero la compañera le hace creer que le va a dejar el libro y nunca se lo deja… Poco a poco, el deseo de Clarice Lispector se vuelve tan enfermizo que cuando por fin la niña envidiosa, tras una regañina de su madre, le presta el libro, Clarice pospone su lectura para mantener ese deseo, se oculta el libro a sí misma, lo aleja de sí… Siente por ese objeto una pulsión amorosa que solo disfruta cuando no lo tiene del todo, como si ella ya no fuera una adolescente con un libro, sino una mujer con su amante esquivo.

—Oh.

—Bueno, pues a mí nunca me ha pasado eso. Yo tenía un harén. Y

no me dejó trauma.

—Vaya.

—Quizá por eso creo más en la poligamia que en la monogamia. La culpa es de la profesión de mi madre… ¡Claro! ¿Cómo he podido vivir ciego a esa realidad durante tantos, tantísimos años? El mundo se abre ante mis ojos: todo cuadra gracias al psicoanálisis. Mis dificultades para convivir en el matrimonio están relacionadas con la enorme cantidad de libros que pude leer cuando era niño y adolescente. Solo alguien con un libro en su casa, uno nada más, puede aceptar una institución tan atroz, tan rígida y carcelaria como el matrimonio. Alguien no solo con poca imaginación, sino con poca capacidad para trabajarla.

Pero la presión de la psicóloga hizo que me sintiera forzado a darle lo que pedía, conflictos que no fueran burlescos ni irónicos, conflictos más o menos relacionados con lo que era o había sido mi infancia española; que probaran la calidad de mi capacidad narrativa, que le hicieran detectar traumas íntimos, vivirlos, disfrutarlos, interpretación de los sueños, mentiras para congraciarse con su profesión de psicóloga. Le di lo que quería porque empecé a quererla a ella; me vi forzado a pagarle con historias nacidas de mi memoria, inventadas por mi memoria, falsos recuerdos. Me sentía un poco como Sherezade peleando por su vida, pero en mi caso peleaba por mi amor, por volver otro día, por entablar una relación más allá de lo profesional. Uno siente que se ha enamorado o que se ha enamoriscado cuando no sabe parar de hablar, cuando se abre en canal ante la desconocida a la que ama, que puede ser taimada y poco fiable, dura como una piedra, astuta como una serpiente, pero a la que uno le da su corazón para que se lo coma. Y uno comete errores, y desvela su verdadera cara, porque se expresa con torpeza y demasiada rapidez.

—Mi verdadero trauma está en la divinidad, Eva —le dije, tras una larguísima sesión divagatoria—. Tengo un problema con Dios, con el Dios protestante, no con el Dios ateo de mis padres. Con dieciséis años conviví con una familia que me metió a Dios en vena y ya no he podido expulsarlo de mis glóbulos rojos ni de los blancos. Esta es mi única verdad y te la estoy contando, Eva, te la estoy tratando de contar. El silencio de Dios. El maldito silencio de Dios es mi conflicto.

Entonces, la psicóloga se incorporó, se puso delante de mí y me aplaudió.

—¡Bravo! ¡Por fin te abres! ¡Por fin llegas al cogollo! ¡Ese es tu trauma! ¡Ahora puedes empezar a crecer como persona! ¡A curarte! ¡A quererte!

Sonreí. Bajé del escritorio, al que me había subido en el éxtasis de mi declamación.

Y nos besamos.

—Mis padres son testigos de Jehová —me dijo ella, a modo de confesión compensatoria.

Esa tarde-noche, al llegar a casa, Alessia me preguntó dónde había estado:

—Con Gonzalo.

—¿Y qué colonia usa?

—La de su exmujer.

Desde entonces seguí agrandando la mentira, siempre que quedaba con Eva quedaba con Gonzalo, lo que le daba a Gonzalo una aureola de amigo íntimo cada vez más turbio. Fui construyendo una novela oral por capítulos en torno a Gonzalo. Todo cuanto escuchaba o de cuanto hablaba en mis reuniones no solo con Eva, sino con cualquier otra persona, se lo atribuía a Gonzalo, que iba convirtiéndose a oídos de Alessia en un individuo prodigioso, lleno de aristas, de contradicciones, de claroscuros, pero muy inteligente, pues sabía de todo cuanto sabían las personas con que me topaba en el camino de la vida.

Un día en que Gonzalo, el verdadero Gonzalo, me visitó en casa, percibí que Alessia le trataba con mayor interés que nunca. Lo que no sabía entonces es que aquello daría pie a otra relación clandestina, la de ella con Gonzalo, y que cuando mi pareja quedaba con sus «amigas italianas» en realidad estaba quedando con él, y cuando yo quedaba con Gonzalo era evidente para ella que yo no quedaba con él.

Jamás una mentira salió tan cara a ningún individuo, menudo *loser* estaba hecho, un *loser* de verdad, no como esos que salen en las novelas y las películas de los *winners* de la sociedad. Así que estaba yo convaleciente de una miocarditis cuando me di cuenta de que Alessia me engañaba con mi amigo Gonzalo, o si no me engañaba, me estaba gastando una broma muy pesada. De hecho, aquel día en que me subieron a planta, y abandoné la pesadilla de las Urgencias, me dijo que iba a venir Gonzalo a visitarme, lo cual me produjo palpitaciones que pusieron en alerta al personal sanitario. Pero quienes aparecieron por allí fueron sus tres amigas italianas, las de verdad. Cuando por fin se fueron, nos entró la risa a Alessia y a mí, una risa nerviosa, una risa que no supimos ni quisimos explicarnos. Y duró mucho rato, tanto que sorprendió a la propia enfermera cuando entró con las pastillas y con la cena.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, nada —dijimos.

Luego me quedé dormido. Desperté. La tenía delante otra vez, a la enfermera, con los ojos muy abiertos como cuando me trajo la cena, como si esa fuera la actitud que juzgaba normal cada vez que entraba

en la habitación; debía de considerarnos una pareja de chiflados.

—Mañana por la mañana te van a hacer la resonancia magnética —dijo.

Después de que se fuera, me atacó la tos.

—¿Dónde estabas? —le pregunté a Alessia cuando entró en la habitación.

—Hablando con mis amigas italianas.

—O sea, con Gonzalo.

—No, con mis amigas italianas.

—Mañana me hacen la resonancia magnética.

—Qué bien.

—¿Por qué?

—Significa que te darán el alta pronto.

—Si todo va bien.

—Irá bien.

—Yo no puedo con la claustrofobia, lo sabes.

—¿Has visto lo que ha dicho Donald Trump?

Seguíamos en ese momento de desencuentro feroz en que si yo decía blanco ella no decía negro, sino árbol; y si ella decía árbol, yo tonsura, en un periodo de deterioro de la relación que imposibilitaba cualquier comunicación.

—Les he dicho que pongan la televisión.

—Me moriré en ese agujero.

—Hay algunas series interesantes.

—Necesito cancelar la cosa.

—Hay cosas que no me gustan de *The Crown*, pero creo que a ti sí te gustaría.

—Moriré asfixiado.

—Cuesta dos euros al día y tú debes de ser la única persona que conozco que no la ha visto.

—A las ocho de la mañana vienen a por mí.

Entonces me levanté de la cama y, mientras Alessia peroraba sobre los pros y contras de *The Crown* desde el cuarto de baño, miré a mi alrededor en busca de un nicho donde practicar la claustrofobia, pero no cupe debajo del sofá. Tampoco poniéndome la cortina apretada contra el rostro conseguí una sensación de agobio similar a la que, imaginé, padecería al día siguiente dentro del ataúd.

—¿Qué haces? —dijo Alessia al salir del baño.

—¡Estaba practicando para el agujero en que me van a meter mañana, pero tú no haces más que hablar de la maldita televisión!

—¡No te oía!

Sabía que ella padecía un zumbido en el oído izquierdo que la

estaba volviendo sorda, y me sentí mal por no haber tenido empatía con su carencia auditiva; la vi con su mirada perpleja y encantadora, con ese rostro bello y romano, de ojos clarísimos y nariz recta, inocente, ingenuo, lleno de amor por el mundo y por la vida, y la ira fue diluyéndose como se diluía cuando llegaba tarde a nuestras primeras citas amorosas. Volvimos a reír y estar conformes, colocados en el mismo cauce de comunicación, y se ofreció y salió para avisar a la enfermera de mis temores, pero cuando regresó me dijo que el pasillo estaba vacío.

—Pues yo necesito entrenarme para la claustrofobia…

Me tiré debajo de la cama, profundicé bajo los hierros con la respiración agitada, pero vi los pies de Alessia moviéndose como si quisieran patearme una vez dentro de la cueva. No era eso. Estaba avisándome de que la enfermera había entrado en la habitación. Salí del agujero con la torpeza que me permitió tan ajustado encaje y la enfermera reaccionó como si nos hubiera descubierto en un oscuro y perverso episodio amatorio.

—¡No he visto nada! —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

Y, entonces, Alessia y yo rompimos a reír como dos locos.

Como dos locos de atar.

No he visto nada. Quien pronuncia tal frase quiere decir que el pecado o la falta o el delito están a salvo, quiere decir también que no deseaba ser testigo del suceso y lo ha hecho contra su voluntad, y también expresa una queja o una protesta contra el destino (o contra Dios), quiere regresar al pasado, al momento justo antes de que se produjera la visión perturbadora.

—¡No he visto nada!

—Estaba entrenándome para la resonancia magnética: tengo claustrofobia —quise explicarme.

La enfermera se fue con el estupor detenido en la sonrisa, como si mi explicación agravara lo que había visto, y yo la seguí por el pasillo sin hacerme comprender. Por la mañana, me informaron de que la resonancia magnética no era tal, sino un cateterismo, lo cual no conllevaba entrar en ningún tubo, sino permitir que un tubo, entrara en mis arterias para deslizarse hasta el corazón y analizarlo. La resonancia fue al día siguiente, y me pude someter a ella gracias a un ansiolítico. Con los ojos cerrados, para no ver mi entierro, para no asustarme al descubrir lo que ya sabía: que si intentaba incorporarme golpearía mi frente con el sarcófago.

Lo contrario de «¡No he visto nada!» es «¡Te he visto!», frase acusadora de quien sí está cómodo y feliz en su situación de testigo.

Esta frase, esta acusación, define muy bien a quien la pronuncia. Suele ser gente que pretende aprovecharse de lo que ha presenciado, consolidar o fundar una relación de poder, que se cree con la fuerza moral para señalar un comportamiento inapropiado. En aquel baile de fin de curso, yo había invitado a Amanda Domarasky a acompañarme, pero en el último momento enfermó con una gripe devastadora, o eso me hizo creer por teléfono (aunque su voz sonaba clara, diáfana, mentirosa). Así que tuve que ir solo al baile, lo cual resultaba humillante incluso para mí, que no era yanqui, y cuando estaba lamentándome de mi mala fortuna delante de una chica que también había sido plantada por su pareja sentí que ella me estaba besando, mucho, mal o bien, pero introducía su lengua en mi boca, hasta que llegó su hermana melliza y dijo:

—¡No he visto nada!

Horas después decía:

—¡Lo he visto todo!

Y decía «lo he visto todo», porque yo rechazaba bailar con la chica que me había besado, porque no deseaba ir al cine con ella al día siguiente ni tener una cita en una pizzería, porque no me gustaba y, entonces, la hermana melliza me acusaba de haber roto el pacto implícito que habría sellado con aquel beso intempestivo y borracho. De aquella situación desagradable tuvo la culpa Amanda Domarasky, que volvió a España muchos años después, convertida en una americana con sobrepeso y de vestimenta monjil, pero con la misma voz asombrosa, suave, susurrante y seductora. Y a su lado venía un amigo común, Richard Freed, que se había convertido en su marido. Él también había engordado, sobre todo, en músculo; gracias a las pesas, sus brazos se habían vuelto voluminosos, lo que equilibraba su figura, mejoraba su tipo de pera, pues esos brazos nuevos, esos hombros robustos ayudaban a contrarrestar el enorme trasero con que cargaba en la adolescencia y mantenía en su vida adulta. Con ellos, Amanda y Richard, solía burlarme de vuestro discurso fanático, Rebecca, era un desahogo sustancial para mí, y ahora resulta que ellos se habían transformado en una especie de familia Neher, no escolarizaban a sus hijos —por miedo al adoctrinamiento estatal—, no les ponían vacunas —por miedo a oscuras tramas farmacéuticas—, no creían en la evolución tecnológica ni en la evolución social, y hablaban continuamente de George Soros como del demonio en persona, George Soros, a quien aprendí a conocer a partir de la visita de mis amigos. Dos chavales muy maduros y muy inteligentes cuando tenían dieciséis años se habían transformado en dos cuarentones pueriles, que habían adoptado un sistema de creencias muy similar a aquel del que se habían burlado tanto cuando eran adolescentes. Él, que trabajaba para la Reserva Federal norteamericana, estaba en una

reunión en el Ritz cuando Amanda y yo caminábamos por la plaza de España. Y yo iba deprimiéndome a medida que ella desgranaba su vida triste de adulta ultracatólica en el *degenerado* Washington. Me iba deprimiendo porque estaba convencido de que mi terrible aburrimiento, mi angustia mientras ella hablaba, estaba relacionado con la comprobación de un cambio que se me antojaba una injusticia colosal: su deterioro mental, peor que el físico. Reflexionaba sobre sus palabras y me parecían burdas, torpes, irritantes. El destino se había burlado de mí. Yo no esperaba ver aparecer en el aeropuerto a esa mujer extraña, gruesa y adusta, sino a la misma Amanda que había conocido en los Estados Unidos, pero mejor, más esbelta, más madura, más elegante, y me había topado con una mujer cuya voz, pese a ser la de entonces, ya no alegraba a nadie, sino que asustaba a los gorriones. Cada vez que soltaba un suspiro hacía volar a unos cuantos pájaros, que escapaban de los árboles hacia el sol como si lo hicieran hacia un pasado mejor. Cada vez que soltaba una risa estaba soltando un grito de socorro. Aguardaba el momento de la confesión, de que me dijera que había venido a España para huir de su vida norteamericana, sabía que ese era el terreno al que pretendía llevarme, lo intuía, pese a todo su discurso ultramontano, pese a toda su pose de felicidad. Hay un cauce de comunicación involuntario siempre con quien una vez se amó, ese hilo de empatía nunca se corta, está hecho de un sexto sentido que aboca a conocer lo que la otra persona quiere decir aunque no lo diga, así que en todas esas carcajadas ruidosas, en todos esos suspiros sorprendentes, en toda esa narración de una vida, a ratos idílica y a ratos deprimente, con perro y dos hijos, con el cura cerca para la confesión, yo leía su angustia. Pero yo no facilitaba la tarea del auxilio, la rehuía, me hacía el ingenuo y me concentraba en la literalidad de su discurso y no en su carácter simbólico. Igual que Jacinto se había cruzado de acera al divisarme, yo cambiaba de conversación en cuanto la cosa se ponía íntima. Hasta que me atrapó o no supe eludir la trampa.

—¿Sabes? —me dijo—. He estado comiendo menos todos estos meses para estar más guapa cuando nos viéramos… Creo que no lo he conseguido.

—Claro que lo has conseguido —le dije yo.

—Por tu lenguaje corporal —replicó—, pienso que no.

Comenzamos el duelo de silencios, en el que ella deseaba venderme su desesperación y yo trataba de comprar mi tranquilidad, que significaba terminar cuanto antes con aquella charla y devolver a Amanda al hotel. Hablé yo primero:

—Esto fue un regalo del Gobierno de Egipto a Francisco Franco.

Estábamos en el Templo de Debod.

—Tienes menos pelo —dijo ella.

—Sí, claro.

Volvió a callarse, respiré hondo, porque se estaba poniendo agresiva. Así que me preparé para ganar no ya la siguiente batalla, sino la guerra entera. Nos sentamos en un banco frente al templo. Ella cerró los ojos, enlazó las manos en el regazo —los muslos apretados bajo la falda gris— y dio la impresión de que estaba rezando. Mientras movía los labios, yo la miraba con asombro, compuse muecas extravagantes, me arriesgaba a que abriera los ojos y me descubriera haciendo el payaso igual que Guarnido.

Ella eras tú y yo era Guarnido, Rebecca.

La beata y el payaso, podría haberse titulado la escena.

¿Qué hacía yo con esa norteamericana en el Templo de Debod? Treinta años después, la adolescente Amanda aparecía con todo cambiado salvo su voz, pero su voz tampoco era la misma, no llevaba el mismo mensaje. Ella y yo éramos dos personas distintas. Probablemente no teníamos nada en común, no ya entre nosotros, sino entre nosotros y los chicos que fuimos. Nuestras células, tantos lustros después, habían sufrido tal mutación y reforma que no quedaba un solo átomo de quienes fuimos. La memoria nos engañaba por más que nos llamáramos igual que aquellos jóvenes felices e infelices.

Entonces, ¿por qué estaba yo allí jugando a ser quien no era? ¿Por qué no cogía sin más y me iba a mi casa? ¿Por qué no mandaba a paseo a aquella extraña con la que no tenía nada que ver?

Me levanté y, poco a poco, me fui alejando de ella con el sigilo con que camino por el pasillo cuando mis hijos duermen. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba bajando las escaleras del alto donde se sitúa el templo, pero el remordimiento me frenó. Me pregunté a qué venía tanta acritud con quien tanto me había dado en aquella etapa difícil de mi vida adolescente. Debía dejarme de bobadas, aquella mujer era Amanda Domarasky, la maravillosa Amanda, mi amor de la adolescencia norteamericana, el primer amor de mi vida. ¿Acaso estaba reaccionando así porque aún le guardaba rencor después de que me plantara en el baile de fin de curso? ¿Acaso me había molestado que se hubiera casado con Richard Freed, el culón? ¿Acaso la culpaba a ella, simple mortal, de los estragos que el tiempo causa en las personas, de que no se hubiera transformado en la mujer atractiva y estilosa que yo soñaba, sino en una beata malencarada y tosca?

Agarré una margarita del césped y desanduve el camino recorrido con la flor a la espalda. Amanda estaba en el banco, buscándome con la mirada, llamándome sin llamarme, asustada en medio de un país que no era el suyo, con el templo egipcio como extraño testigo de su terror. Cuando me vio, el miedo desapareció de su rostro, como si fuera una niña que acabara de encontrar a su padre.

—Pensaba que me habías abandonado.

Había ganado la guerra del silencio, gracias a su puntual orfandad; ahora podía vender mi producto. Pero también me sentía culpable y la culpa es mala compañera para un vendedor, que debe mostrarse convencido de la bondad de su mercancía.

—Toma.

Contempló la margarita como si le hubiera dado un cardo.

—Qué mono —dijo.

Qué mono, en referencia a mi gesto, o qué mona la margarita, no sé, porque en inglés no es fácil distinguir el masculino del femenino.

—Es un signo de buena suerte en España —inventé—. Dicen que si te llevas una a tu hogar este será para siempre feliz, pero lo tienes que hacer de inmediato.

—El problema es que yo no sé cuál es mi hogar… Por eso me asusté tanto cuando te fuiste *otra vez*.

Otra vez.

Insistía en que la había abandonado en el pasado. «¿De qué habla esta tía?», me decía yo. Y acto seguido me daba cuenta de la injusticia con que la trataba, pero por más que la mirara no lograba ver a la Amanda de la que me había enamorado, sino una caricatura grotesca de aquella chavala.

—Como en el baile de fin de curso.

—En ese baile fuiste tú quien me abandonó.

—Te fuiste al baile y me quedé sola en casa.

—¡Tenías gripe!

—Sí, y estaba sola, completamente sola. ¿Por qué no viniste a hacerme compañía?

¿Qué quería decir con ello? ¿Que tenía gripe y pretendía que la acompañara en su convalecencia? ¿Y por qué no me lo dijo? ¿Que se inventó la gripe para que estuviéramos solos en su casa? ¿Cuál era el mensaje?

Parte de las desavenencias entre hombres y mujeres está en las subtramas, eso que los guionistas emplean para narrar por debajo de la superficie. Las mujeres, pese a su gran capacidad lingüística, confían mucho en ellas: en cómo uno debe adivinar la narración no expresa, la elipsis de los comportamientos.

Pero aquella subtrama nunca existió, sino que era una reconstrucción de su memoria, acaso un deseo subyacente que con el tiempo se consolidó como una verdad inventada. Ella nunca esperó que acudiera a su casa, ella me dio plantón. Nunca hay desencuentros graves entre dos personas que se atraen, si el deseo es intenso los cuerpos se mueven solos para juntarse donde sea. Fantasiosa, pensé, como si serlo fuera un insulto.

—¿Sabes?

—No —dije.

—Me gustaría bailar contigo.

—¿Aquí?

—Sí.

Y bailamos, como si estuviéramos en aquel baile fallido de fin de curso, juntos, cuerpo contra cuerpo, durante cerca de cinco minutos, una suerte de chotis silencioso. Los vientos del Parque del Oeste despeinaban y rejuvenecían a Amanda y algunos curiosos contemplaban nuestro lento vaivén. Por un momento, por un instante, hubo un giro milagroso en nuestro reencuentro y pude percibir en aquella Amanda a *la verdadera Amanda*; por un momento, fui generoso con el mundo y me olvidé del egoísmo personal de las impresiones y los afectos trastocados por el deterioro del tiempo.

—Creo que no ha sido una buena idea este reencuentro… —dijo ella—. Estás muy cambiado, y seguramente yo también… No digo más viejo, sino distinto… Muy distinto.

—Lo siento.

—Pero sigues pareciéndome interesante…

Ahí dejamos la conversación, porque Richard Freed la telefoneó y entonces su voz cambió, y se hizo normal, es decir, falsa, dicharachera y alegre. Fuimos a cenar a un restaurante andaluz de Chamberí y los Freed se quejaron de que la comida fueran frituras. Ellos, cargados de kilos, me acusaban de llevarles a cenar mal. A lo mejor se creían que España era el paraíso del crudiveganismo, no lo sé, o habrían preferido una paella congelada o de corcho en la Plaza Mayor. El caso es que seguí un buen rato tratando de encontrar en los Freed a mis buenos amigos de la adolescencia, pero fue imposible. Casi todo en ellos me molestaba, hasta lo más inocente y pacífico: la visera de él, por ejemplo, de los New York Yankees (¿por qué no de los Philadelphia Phillies?); sus bermudas en un otoño más bien frío, la blusa de ella, abotonada hasta arriba, el anillo de casados… Al terminar la cena fuimos a tomar una copa, pero los Freed pidieron un par de zumos de melocotón. Mientras yo me tomaba mi *whisky* él iba contándome cómo terminó convertido en el asombroso beato que era:

—Una noche fui con mis padres y hermanos a ver unos fuegos artificiales cerca de la playa. Entonces, en el momento en que los fuegos desplegaban todo su colorido, yo cerré los ojos para entregar mi sacrificio a Dios…

Amanda no sonreía burlonamente, como habría hecho con 16 años ante semejante testimonio, sino que escuchó con seriedad. Mas que la ironía, su actitud representaba el fraude del destino. Mucha gente necesita relatos salvadores, mágicos; son el refugio al que recurren cuando la soledad o el miedo de vivir les agobia y los Freed habían

tomado el camino narrativo de un catolicismo infantil, bobalicón, de sacrificios ridículos.

En los Estados Unidos no es lo mismo el cristianismo de los católicos que el de los protestantes, y eso aprendí a valorarlo y no lo he olvidado. Los católicos son siempre más bondadosos, mejores, han sufrido históricamente el desprecio de los WASP (los *white, anglo-saxon and protestant*) y esta realidad queda impresa en su comportamiento y en su voto. El fervor religioso de los Freed tan solo me producía pena, un poco de vergüenza ajena o bochorno, quizá estupor, pero sabía que, pese a todo, su comportamiento político siempre sería más tolerante y cívico. Pero vuestro fervor, el de los Neher, era sueco, parecía creado por Lars von Trier (que en realidad es danés) o por Ingmar Bergman; es decir, era un fanatismo amoroso, profundo, lleno de misterio y dolor y urgido por el atroz afán de hacer el bien provocando el mal; no admitía colores intermedios, matices ni fallas, tenía que ser limpio, puro y omnipotente como el mismo Silencio. Por eso, Rebecca, vosotros no os andabais con la Virgen de aquí para allá, ni con absurdos sacrificios personales para satisfacer una supuesta pulsión sádica del Silencio, sino que estabais para algo mucho más poderoso y rotundo, la salvación de las almas, la transmisión de vuestra propia sabiduría, de vuestro terrible terror, mediante la descripción de la ira divina o del antro infernal a quien se pusiera a tiro, y por eso insistíais en el mensaje: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2, 5).

Amanda agarró la mano de Richard, al lado de las croquetas. Fue el gesto de una esposa que apoya a su marido en un momento trascendental. Fue el gesto definitivo que me hizo sentirme con dos extraños. Lamenté haber vuelto a verlos, y haber roto mi recuerdo, donde ella era alegre, lista y guapa, y él, a su manera, también, y Dios estaba muy lejos de ser protagonista de sus obsesiones. Escuché como si estuviera ante dos extraterrestres, sonreí con la sonrisa más falsa del mundo (podía verla en uno de los espejos laterales de la taberna) y llegó hasta mis oídos el colofón de la irritante historia del extraño, desconocido Richard:

—Entonces, después de haberme negado a ver los fuegos artificiales, volví a casa… Toda mi familia hablaba de lo maravillosos que habían sido. Cuando me hallaba en mi habitación, con los ojos bañados en lágrimas, abrí la persiana y pude ver en el horizonte una lluvia de estrellas… Dios me estaba recompensando.

La mano de Amanda apretó la mano de Richard y me miraron ambos para corroborar el efecto deslumbrante del relato. Pensé que

iba a romper a reír de tanta tensión.

—¿Otro zumo de melocotón? —dije.

Pronto recurrí a una anécdota personal para liberar la risa, la de mi babi de niña, pero fue una risa inadecuada, y ellos me escucharon en un silencio nada cómplice. El subconsciente me traicionaba y liberaba unas carcajadas demasiado estridentes, como un imán que perdiera su poder de atracción y soltara todo el metal de golpe. Pero Richard estaba en clave salvadora y me agarró la mano, como acababa de hacer Amanda con él. Éramos un círculo que no se cerró porque yo quise tomar la mano de Amanda, solo por conformar la figura geométrica, pero ella la retiró para alzar el vaso y beber más zumo.

—¿No tienes una parroquia cerca de casa? —me preguntó Richard.

—Sí. España está llena de iglesias.

—A lo mejor puedes ir un día a hablar con el párroco.

—Podría.

—¿Hace cuánto que no te confiesas?

—Me confesé la última vez con doce años.

Les conté el episodio, que se resume en que el cura era turbio, sonriente, indeseable, les hablé del párroco del colegio. Me obligó a confesar que veía «revistas guarras», cuando no era cierto, me obligó a describir las fotos con ayuda de sus palabras suaves pero grasientas —su mano blanda sobre mi muslo, como la de Richard en el dorso de mi mano—, me obligó a salir humillado del oscuro confesionario, con una intensa vergüenza personal.

No dijeron nada.

Caminamos hasta su hotel, casi sin hablar.

Pensé que ya me había librado de ellos, pero cuando fui a recogerles para llevarlos al aeropuerto, cuatro días después, solo me esperaba Amanda.

—¿No has leído el wasap?

Al parecer Richard había tenido que posponer el vuelo por un imprevisto laboral de última hora, así que me vi en el trance de acompañar a Amanda otra mañana más. En la plaza de Oriente me dijo que había pensado durante muchos años en aquella noche del baile de fin de curso; creí que iba a proponerme otro baile, pero volvió a preguntarme por qué no fui a su casa mientras se llevaba a los labios el zumo de tomate.

—Quise darle ese sacrificio a Dios.

Me miró con su nueva, insólita solemnidad.

—Pero luego me pasó lo mismo que a Richard, que Dios me recompensó con tres matrimonios fallidos.

—No sabía que hubieras estado casado tantas veces.

—Es broma.

¿Dónde había quedado su ironía, su sentido del humor? Nos despedimos cuatro días después con un frío apretón de manos y vi cómo se alejaba la pareja con sus maletas de ruedines por la terminal cuatro del aeropuerto de Barajas. Ella se dio la vuelta y movió la mano para volver a decirme adiós, antes de franquear el detector de metales y desaparecer, antes de volver a ser durante un instante, como en un fotograma, la Amanda que fue. Luego entré en el cuarto de baño y me apoyé sobre el lavabo con enormes ganas de llorar, con ganas de hacerlo tanto como cuando Melisa me robó el juguete: no se iba con ellos mi pasado, sino que mi amor de la adolescencia ya nunca volvería a ser el mismo, no existiría más que como un sueño falso.

Una mujer, la mujer de la limpieza, me dijo:

—¿Le pasa algo?

—Se han ido.

—Lo siento.

Y, de pronto, no sabía si quería llorar de pena o de felicidad o de ambas cosas. Pena por el pasado que se había roto con aquella visita, igual que se rompe un jarrón, y felicidad por haberme librado de tan incómodos invitados. Volví al coche y me fui a casa, donde le conté al espejo toda mi desazón, toda mi perplejidad y toda mi historia. No era fácil comprender la inconsistencia de un pasado que prometió un panorama apetecible, y me había traído a Amanda solemne y absurda; delante de mi imagen desolada, delante de un rostro que sollozaba como si estuviera interpretando el papelón de su vida frente a un público inexistente, me atacó un vértigo existencial angustioso y concluí que es mejor no remover el pasado, no hurgar en él, no averiguar ni querer saber qué fue de quienes una vez formaron parte de nuestra vida, porque la sorpresa tiende a ser decepcionante. El pasado es como agua estancada, un espejo en el que puedes mirarte, pero se rompe si lo tocas.

Algunos meses después, cuando volví a encontrarme contigo, Rebecca, y me serviste aquellos *macarrones perrunos*, cuando ya Jim no era capaz de hablar e iba en silla de ruedas, tuve una sensación similar a la que viví con Amanda, pero estaba más preparado, más concienciado de que me iba a enfrentar con una situación difícil, así que me tomé un *lexatin* antes de salir del hotel y me comporté con prudencia. La cena fue tranquila. Tú me preguntabas acerca de mi familia y de mi trabajo, acerca de mi vida cotidiana, y yo respondía. Y viceversa. No hubo controversia. No hubo discusiones. Fuimos respetuosos, diplomáticos, algo fríos. Y en el exterior de tu casa, por la que parecía no haber transcurrido el tiempo, no silbaba el viento, cosa rara, sino que se oía el ladrido lejano de unos perros nerviosos. Pero tu mirada se volvió acuosa al final y me despidió con una suerte de

ruego visceral callado pero invencible, que yo sabía que estaba relacionado con lo de siempre: tu temor a Dios. Lo confirmé cuando, ya de vuelta en España, unas semanas después, te pedí por *mail* que te cuidaras de la covid y tú me contestaste que no le tenías miedo a ninguna pandemia porque, según la Biblia, nuestro destino estaba escrito por el Altísimo.

Te dije que, siguiendo esa lógica, tampoco le debías tener miedo a cruzar en rojo los semáforos y no por eso te comportabas como una peatona irresponsable, pero no replicaste nada —quizá mi argumento te recordó a los peores episodios de nuestra convivencia, cuando discutíamos tanto, cuando tus razonamientos, súplicas o reclamaciones se topaban con el muro de mi incredulidad—, sino que volviste a expresar que si Dios me había puesto en tu casa fue por una encomienda que, quizá, no habías sabido cumplir. Me dijiste que llevabas eso clavado en el corazón como una puñalada, no haber sabido transformarme como el Señor deseaba.

Te dije que sí, que habías cumplido tu tarea a la perfección, que gracias a ti, gracias a tu insistencia, no había dejado de pensar en Dios ni un solo día de mi vida.

Y es verdad.

Gracias, Juan, me dijiste.

Gracias.

Supongo que no tuvo nada que ver, pero a la semana te fuiste de este mundo para siempre.

Martin me dijo que lo hiciste alegre y serena.

Y en mí quedó tu amoroso silencio.

(Sonreías mucho, reías con facilidad. Elogiabas mis dibujos y mis avances con el inglés. Te gustaba charlar y pasear; muchas veces lo hacíamos juntos. Te gustaba leer la Biblia, hablar con los niños y acariciar a los perros. Me solías preparar la tarta de zanahoria que tanto disfrutaba —con poco azúcar, subrayabas—. Bendecías la mesa con pasión. Me pedías que no tirara bastoncillos para los oídos al váter. Llegabas del trabajo vestida de blanco enfermera y te ponías un chándal. Madrugabas siempre. Veías en televisión el *Club 700*, del reverendo Pat Robertson, cuando caía la noche. Adorabas a tu hijo Martin; lo defendías frente a su padre. Aplaudías mis buenas notas y mis progresos deportivos. Me aplaudías a mí. Reías las gracias de Jim. Eras generosa. Eras delgada. Eras optimista. Tenías la nariz ligeramente torcida y una mirada luminosa. Nunca habías estado en Nueva York, ni querías. Estabas en contra del divorcio, del aborto y de las vacunas. Estuviste presa en la cárcel. Temías a Dios más que a nada en el mundo. Fuiste mi madre).

FIN

NOTAS

1 Poema de Agustín Delgado, «Flor nueva de sansirolés, XVI».